



Ciencia Ficción Selección 22

Comentario [LT1]:

Comentario [LT2]:

CONTENIDO

Presentación: SF «actual»	
<i>El Oráculo</i> , por Edward Wellen	
<i>Jugadores a cero-G</i> , por Algis Budrys, Theodore R. Cogswell y Ted Thomas	
<i>Cobra el chico de la flor</i> , por George Malko	
<i>La inquilina</i> , por Avram Davidson	
<i>Correr</i> , por George R. R. Martin	
<i>El ligue</i> , por B. L. Keller	

PRESENTACIÓN SF "actual"

Está muy difundida la idea de que la SF (1) es una narrativa «futurista», básicamente encaminada a anticipar literariamente el porvenir.

Cierto que, por tratarse de un género eminentemente especulativo, preocupado por las posibilidades y riesgos implícitos en determinados procesos actuales, sus relatos se sitúan preferentemente en el futuro, que es el marco lógico de la extrapolación, tanto tecnológica como social.

Pero el futuro está cada día más cerca, en el sentido de que cada vez es mayor la velocidad del llamado «progreso» (aunque en pocos sentidos se pueda considerar un avance); en todos los campos, los acontecimientos se precipitan, y los «riesgos implícitos» a los que antes aludía ya no aparecen siempre como remotas posibilidades, sino, a menudo, como algo potencialmente cercano, doblemente alarmante por su proximidad.

Por eso la SF más reciente abandona con frecuencia el marco del porvenir para situarse en un futuro inmediato o en el mismísimo presente. De ahí las comillas del título: SF «actual» en el doble sentido de que la SF que se escribe actualmente a menudo se sitúa de lleno en la época actual, ya que nuestro propio presente, contradictorio e inestable, es marco adecuado y verosímil para las especulaciones más osadas.

No es, pues, extraño que ninguna de las seis narraciones que componen la presente antología se desarrolle en el porvenir. Lo cual, como comprobará el lector inmediatamente, no sólo no supone la menor traba para la imaginación, sino que confiere a los relatos una «proximidad» que los hace doblemente inquietantes.

CARLO FRABETTI

(1) Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona Science-Fiction, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

EL ORÁCULO

Edward Wellen

Un recurso típico de la SF, muy de acuerdo con su naturaleza eminentemente especulativa, consiste en tomar viejos mitos o leyendas y suministrarles una hipotética explicación racional. En la excelente narración de Ed Wellen que abre esta antología, le toca el turno a uno de los más inquietantes enigmas de la antigüedad clásica: el Oráculo de Delfos.

PRÓLOGO

En su propio planeta tenía su propia forma. De vez en cuando alteraba su forma para romper la monotonía del largo tiempo de soledad. Pero siempre volvía a su propia forma. A menudo pensaba (soñaba) en dividirse en dos o más, a fin de hacerse compañía, para establecer una mutua admiración, o simplemente para que el hablar consigo mismo no sonara tan raro a sus propios oídos. Pero no había sido así como empezó su clase única.

Después, por fin, llegó el momento del nacimiento-muerte, pues así sucedía en su clase única. No sabía por qué, pero tenía que ser así, y lo hizo porque así tenía que hacerse. Tras enterrar su semilla y volver a brotar, se convirtió en gas y tomó la forma del navío espacial que llenaba. No necesitaba un latido para vivir, pero el calor y la atracción de las estrellas por las que pasaba en su largo viaje a ninguna parte le imponía un seudopulso versátil e irregularmente espaciado que hubiera podido confundirse con los crujidos fantasmales de un huevo sin polluelo.

A unos ochenta y dos años-luz de su hogar cedió a la atracción de una estrella sin importancia, y aterrizó en un planeta de la misma. En él aguardaría el destello de su propio sol, Alpha Phoenicis. Cuando llegase el momento de regresar, abandonaría el hospitalario planeta y volvería a sus lares.

¿Le estaría esperando un planeta renovado de un sistema solar purificado? ¿Le esperaría en el planeta renovado su recién nacido hijo-cónyuge, la semilla que habría brotado a través del fuego, surgiendo como una flor carnosa de entre las cenizas de la conflagración? De lo contrario, todo aquello sólo habría sido un poco más de desgaste en un universo desgastado. Mientras tanto...

Mientras tanto, su vida continuaba en el planeta Tierra.

Dicha existencia empezó cuando Héctor era un cachorro... antes de que el latido del tiempo, persiguiéndole, le atrapara en torno a las murallas de la infatuada Troya. En el mes de Gamellón, del que sería el año 1221 a.C, la nave espacial de Alpha Phoenicis IV apareció ante la tierra blanca y azul. Después de cruzar la atmósfera, la nave espacial se sostuvo sobre su fiero morro, luego cayó y siseó en el mar color de vino. Y rodó hacia los lentos oleajes del golfo Pagas aean.

Un delfín husmeó la nave, intentando jugar con ella. Chamuscado, el delfín se alejó. Luego volvió y empezó a trazar círculos, sumamente intrigado. Presintiendo materia mental en el mar, el gas que llenaba la nave hizo saltar los cerrojos. Y antes de que el delfín pudiera huir, el gas surgió por la portilla y penetró en el cerebro del delfín.

A medida que surgía el gas, la nave perdía flotación, hasta que se hundió en el fondo arenoso.

El delfín brincó. El delfín resopló. Pero no pudo escapar a aquella penetración. Cansado al fin, cedió bajo el embate del gas.

Era un mundo estrecho el que divisó el gas a través de los ojos del delfín. Pero el gas estaba contento por haberse liberado, y loco de curiosidad. Se quedó con el delfín y aprendió muchas cosas.

Se enteró de la existencia de los seres humanos. Más de una vez, el delfín salvó a un marinero náufrago.

Más de una vez, los marineros trataron de pescar al delfín con redes, garfios o arpones. En esos encuentros, el gas proyectaba unos tentáculos invisibles de humo sensible para proteger al delfín contra la malicia humana. El gas pronto se cansó de estar en el delfín, pero ninguna mente humana le prometía más que aquel mamífero acuático.

Pero en aquellos encuentros el gas se dio cuenta de que los humanos se consideraban dioses.

Y condujo al delfín desde el golfo Pagas a ean hacia el golfo de Mali, y a través del mar Euboean, rodeó el banco de las Cíclades, el Peloponeso (en aquellos tiempos no existía el canal de Corinto), y penetró en el mar Jónico, pasó el golfo de Corinto, y llegó a tierra cerca de la población de Itea. Ambos, el gas contento y el delfín exhausto a causa de la esforzada natación, contemplaron las hogueras y las lámparas que ahuyentaban la noche.

Al romper el día, una doncella de dedos enrojecidos, que se llamaba Phemonoe, bajó al sitio donde el río se unía al golfo con una carga de ropa. Cuando la joven se arrodilló y empezó a golpear las ropas sobre una roca blanca, el gas obligó al delfín a encallar en tierra. Mientras la joven se quedaba tan inmóvil como almidonada, el gas abandonó el delfín a los gases de la muerte y se introdujo en el cerebro de la muchacha. La obligó a levantarse y la condujo a su casa. Hizo que Phemonoe se detuviese un instante para contemplar los colores del moribundo delfín, un juego de colores semejantes al efecto de una delgada película. Phemonoe regresó a su casa con una visión que la salvó de una zurra por abandonar las ropas.

Para la gente de Itea siempre había estado la doncella un poco loca. Y ahora veían que Apolo hablaba por su boca. Cuando se esparció la noticia, la llevaron a Delfos, donde todo el mundo sabía que Apolo hacía brotar visiones a través de las grietas de la tierra. Phemonoe se transformó en la primera Pythia, o Pitonisa, el oráculo de Apolo, la voz del Oráculo.

Con el tiempo, en tanto Apolo continuaba hablando a través de cada pitonisa, la gente edificó un templo en honor de Apolo, con una capilla para el Oráculo.

El Oráculo habló a los hombres durante mil años. Durante mil años, los hombres peregrinaron a Delfos para escuchar al Oráculo. Como el gas era un gas de la risa, el Oráculo hablaba en enigmas. Y como el hombre era el hombre, los enigmas resultaban ridículos, aunque todos se los tomaban en serio.

CITA: Después de morir su último rey, los megarianos enviaron mensajeros a Delfos para preguntar qué forma de gobierno les otorgaría la felicidad. La pitonisa habló:

«Que aquellos que se sienten con autoridad se aconsejen de la mayoría.»

Los peces gordos de Megara, no deseando compartir con nadie su poder, decidieron que la «mayoría» significaba la muerte. Y esto les hizo

concebir la estratagema de edificar la cámara del consejo en torno a la tumba de varios héroes, los cuales, por ser una mayoría silenciosa, no discutirían jamás sus decretos y leyes.

CITA: Los sibaritas enviaron delegados a Delfos para preguntar cuánto tiempo podrían seguir viviendo en medio del lujo. La pitonisa habló:

«Gente alegre de Sibaris, sí, toda alegre / vuestros placeres durarán hasta el día / en que reverenciareis, no a los dioses, sino a un mortal; / entonces la guerra y la lucha derribarán vuestro portal.»

Como los sibaritas no comprendían que pudiera situarse a un hombre por encima de los dioses, decidieron que el significado del Oráculo era que sus venturas durarían siempre. Un día, un sibarita azotó a un esclavo, aun cuando el desdichado buscó refugio en el templo de Hera; pero cuando el esclavo huyó a la tumba del padre de su amo, éste, por respeto a su progenitor, dejó de flagelar al esclavo. Ningún sibarita halló nada extraño en esto... ninguno, excepto Amiris, el cual había formado parte de la misión a Delfos, y comprendió que aquel suceso encajaba con la predicción del Oráculo. Al momento convirtió todos sus bienes en dinero y abandonó Sibaris. Los sibaritas le consideraron loco por haber renunciado a la buena vida. Poco después, la contigua ciudad de Crotón arrasaba Sibaris hasta los cimientos.

CITA: La pitonisa le dijo a un riquísimo magnate que Apolo tenía en gran estima al pobre de Hermione que acababa de derramar un puñado de cebada de su escarcela. Al oír esto, el pobre derramó sobre el altar el resto de su cebada. A lo cual la pitonisa dijo que ahora el pobre cosecharía dos veces tanto odió como amor había obtenido antes.

CITA: Un día llegó un hombre que pensó poder engañar al Oráculo. Presentó en su mano un gorrión vivo y le preguntó a la pitonisa si lo que sostenía en la mano estaba vivo o muerto. Si la pitonisa decía «muerto», él sólo tendría que abrir la mano y soltar al pájaro vivo. Si ella decía «vivo», sólo tenía que dar un apretón y enseñaría al gorrión muerto. La pitonisa habló:

«Hombre, tú puedes presentarlo vivo o muerto. / En tu mano está cortarle el hilo.»

CITA: Tres jóvenes de la misma ciudad se dirigieron a Belfos, y tropezaron con una banda de ladrones. Uno sacó la espada, otro huyó, y el tercero también desenvainó para luchar junto a su amigo; pero al propinarle un cintarazo a uno de los ladrones, falló el golpe y mató a su amigo. La pitonisa díjole al que había huido:

«Tú traicionaste a tu amigo cuando te pareció que podía morir. / Yo no te hablaré. Abandona este sagrado recinto.»

Al otro superviviente le dijo:

«Tú mataste a tu amigo, pero no hay manchas en tu conciencia./ Tus manos están tan limpias como antes.»

CITA: Anacarsis, el filósofo escita, le preguntó al Oráculo si había alguien más sabio que él. La pitonisa habló:

«Misón de Xen en Oeta; éste es el / que te supera en sabiduría.»

Humillado, Anacarsis quiso verlo por sí mismo. Era verano y su arrugada frente se alisó cuando vio que Misón trabajaba con un arado. Anacarsis dijo:

«Misón, ésta no es estación de labranza.»

«Pero es el momento oportuno para arreglar un arado», replicó Misón.

(Hablando de arados, Ergino, viejo y solo en el mundo, fue a Delfos para preguntarle al Oráculo si la vida ya le estaba abandonando. La pitonisa habló:

«Nunca es tarde mientras hay el Ahora./ Fija una nueva reja a tu arado.» Y se casó con una joven y tuvo un hijo.)

CITA: Edipo, buscando consuelo a sus pesares, cojeó hasta Delfos para indagar respecto a su paternidad. La pitonisa le profetizó que mataría a su padre y se casaría con su madre. Para impedir que, se cumpliera la profecía, no regresó a Corinto, sino que se marchó a Tebas. Al llegar a un recodo del camino, discutió por el derecho de paso. Así mató al viejo que iba en una carreta que no quiso cederle el paso. Catarsis. Pero aquél era el verdadero padre de Edipo, el cual, en respuesta a un oráculo anterior, había enviado a Edipo, de niño; a la muerte, y entonces regresaba a Delfos para volver a indagar respecto a su futuro.

CITA: La pitonisa le dijo a Filipo II de Macedonia:

«Si fueses realmente el rey de reyes, / pelearías con lanzas de plata y lo dominarías todo.»

Y así quedó demostrado, una vez Filipo comprendió que el Oráculo se refería a las pequeñas monedas de plata, pues al usarlas para sobornar consiguió dominar al mundo.

CITA: Alejandro el Magno encontró que la pitonisa no estaba de humor para profetizar. Entonces la cogió y la arrastró hasta el trípode sagrado, donde ella jadeó:

«¡Hijo mío, eres invencible!»

Alejandro asintió y continuó sus conquistas.

CITA: Diógenes llegó a Delfos y preguntó adonde debía dirigirse toda vez que su ciudad natal de Sínope le había desterrado. El Oráculo respondió:

«¡Desfigura el dinero!»

Diógenes estaba desterrado por haber hecho esto precisamente: su padre era el Amo de la Casa de la Moneda, y los dos habían estafado a todo el mundo cogiendo monedas falsas y desfigurándolas con un cincel. Sin embargo, Diógenes pesó las

palabras de Apolo de acuerdo con su propia balanza, y comprendió la intención del dios. ¡Desfigura la moneda! Apolo se refería a borrar los valores de las monedas y dejar al descubierto la aleación existente debajo de la capa de plata. Diógenes empezó por despojarse de todas sus pertenencias, rompiendo incluso su cuenco de madera cuando vio que un muchacho labrador ahuecaba las manos para beber. Después empezó a alumbrar el mundo con su linterna, en busca de un hombre que pareciera honrado. Su fama se extendió tanto, que Alejandro Magno, al pasar por Corinto, fue a visitarle. Alejandro detuvo su corcel delante del barril de Diógenes, al que el filósofo llamaba su hogar, y le preguntó qué podía hacer en su favor. Diógenes, por escrito, replicó que lo mejor que podía hacer era retirarse para no interponerse entre él y el sol. Alejandro, pensando en la posteridad, exclamó: «De no ser yo Alejandro, sería Diógenes.» Y continuó cabalgando, dejando a Diógenes más rico en frases.

CITA: El rey Creso de Lydia fue a Delfos portador de obsequios, y le preguntó al Oráculo si le sería propicia la invasión de Persia. El Oráculo le respondió que si marchaba contra Persia destruiría un poderoso imperio. Creso se dirigió contra Persia y contempló la destrucción de un poderoso imperio: el suyo.

CITA: Los atenienses apremiaron al Oráculo de Delfos para que les dijese qué debían hacer contra los invasores persas mandados por Jerjes. La pitonisa habló:

«Las murallas de madera / no caen como la cera...»

Los arqueros de Jerjes insertaron antorchas a sus flechas e incendiaron las barricadas de madera de la Acrópolis de Atenas. Tras haber caído las murallas de madera, Temístocles no tardó mucho en convencer a sus compatriotas griegos de que «murallas de madera» significaba la flota griega. Los atenienses se dirigieron con sus naves a Salamina. Y allí, en número inferior, pero no acobardados, las «murallas de madera» griegas destruyeron a los persas.

CITA: Una misión de Délos le suplicó a Apolo su ayuda con el fin de poner término a un largo período de mala fortuna. La pitonisa les dijo a los componentes de la misión que regresaran a su patria y duplicasen el tamaño del altar de Apolo. El altar era un cubo, y los albañiles de Délos construyeron otro con una arista doble del antiguo. Los delios lo dedicaron al dios y allí le ofrecieron sacrificios. Pero continuó la mala suerte. Habiendo perdido su fe en el Oráculo de Delfos, los isleños enviaron una segunda misión, ahora a una nueva iglesia, la Academia de Platón en Atenas. Platón escuchó a los delios, y les respondió que no habían duplicado el cubo sino que lo habían hecho ocho veces más grande. Su mala suerte era culpa suya exclusivamente, ya que no habían estado a la altura de la ciencia matemática. De haber estudiado geometría, habrían sabido que sólo tenían que multiplicar la arista del cubo por la raíz cúbica de 2.

CITA: Los ojos de Nerón se encandilaron cuando el Oráculo de Delfos le dijo: «Ten cuidado con el año setenta y tres.» Como a la sazón sólo contaba treinta años, pensó que podía continuar su vida de orgías hasta los setenta. Pero al año siguiente tuvo que suicidarse para no caer en manos de su general rebelde Galba... que tenía precisamente setenta y tres años.

Le estuvo bien empleado a Nerón. Este había despojado al templo de quinientas estatuas de bronce, haciéndolas fundir para fabricar espadas y acuñar monedas (¡sombras descaradas de las lanzas de plata de Filipo!). Pero el gas estaba ya harto de la humanidad y de sus desvergüenzas. De este modo, cada vez se concentró más y más en sí mismo, y el Oráculo cayó en el descrédito y el templo en ruinas.

Unos 300 años después de reinar el emperador Nerón, el emperador Juliano habría restaurado el templo a su antigua gloria. Pero el gas se lo impidió.

«Decidle al Emperador que la brillante ciudadela está postrada en el suelo; Apolo ya no tiene ningún refugio, ningún laurel profético ni ninguna fontana murmuradora. Incluso el flujo de su oratoria ha cesado de brotar.»

Estas palabras, pronunciadas, no a través de la pitonisa, sino por el único sacerdote de Apolo que conservaba el templo, fueron las últimas. Los últimos pensamientos que el sacerdote de Apolo tradujo en palabras. El cerebro posee puntos receptores que atraen los sueños, como el mundo tiene lugares que atraen a los peregrinos. Estos puntos receptores son más densos en el corpus striatum, la zona cerebral que ayuda a integrar la actividad motora y la información perceptiva. El gas de Alpha Phoenicis IV se había difundido de manera invisible en el tejido cerebral de un delfín, y después de un ser humano, y, en lugar de utilizar el lenguaje, había leído y escrito imágenes en la mente del delfín y en la mente humana.

Había llegado su hora. Su hora de retirarse de las mentes limitadas y limitantes. Su hora de desposarse consigo mismo, de ser ambos cónyuges a la vez; la hora de ir y tomar, el largo día de su vuelta a casa, a su propio renacimiento.

Y estaba enterado de un peligro mortal no excesivamente apremiante. La aleación de su nave espacial, hundida en el Egeo, poseía la propiedad de que absorbía radiación, preparándose para el viaje de vuelta. Pero este lado bueno también tenía otro malo. A menos que la nave utilizara la energía y despegara antes de llegar ésta al punto crítico, la aleación explotaría, resquebrajando la corteza terrestre.

Pero, con una vida media invertida que situaba el punto Crítico a mediados de 1990, existía aún un considerable margen de seguridad. El gas se esponjó en el acueducto existente debajo del templo, selló herméticamente la roca, y se dedicó a aguardar su momento, hacia mediados de 1980. Tenía tiempo. Mucho tiempo.

Por desgracia, no había previsto la existencia de un Einstein, ni había previsto tampoco las pruebas de las armas nucleares y el enorme aumento de radiación consiguiente, y de repente estuvimos ya a finales de los años 1970.

1

**«CONÓCETE A TI MISMO»
Solón.**

–Cuatro a tr...

John DeFoe ahogó el susurro erótico casi tan pronto como pasó por su garganta. En la cama, sobre el vientre, se había incorporado y arrastrado para llegar hasta el botón vocinglero de su reloj de viaje. Bostezó hasta casi llorar. Una hora infernal aunque aún tranquilizadora. Había salido del limbo y se había vuelto a asir al hilo que seguía. Estaba vivo. Lo estaba ahora.

¿Qué le había despertado?

Lo que le había despertado se repetía: tanques que pasaban por las calles, órdenes militares. Dejando el cuarto a oscuras, se acercó a la ventana y apartó ligeramente la persiana. Al resplandor de las luces callejeras, los tanques corrían por la avenida. La calle hervía de soldados, y también los había en los portales.

John se encogió de hombros, y ya estaba a punto de volver a la cama, cuando un coche negro se detuvo delante de su hotel. Varios soldados se apresuraron a abrir las portezuelas posteriores y saludaron a dos hombres de paisano que salieron del vehículo, encaminándose al hotel.

Por un momento, el estremecimiento no tuvo nada que ver con el aire acondicionado. Después, el escalofrío se transformó en un encogimiento de hombros. La policía secreta, sí; pero lo que los agentes del KYP tuvieran que hacer a aquella hora en el Atenas Hilton no le incumbía en modo alguno.

Unos leves golpes en su puerta le hicieron detenerse al lado de la cama. Otra vez el escalofrío. Pero era pronto para que los agentes del KYP hubieran llegado a aquel piso y a su apartamento. Nuevos golpes, más fuertes, más urgentes. –¿Sí?

–Telegrafema. Una voz ronca y juvenil.

Aquella palabra fue un directo a la mandíbula. Preguntándose qué malas nuevas podía traerle el mensajero para añadirlas al anticlímax de los últimos días, buscó unas monedas, en sus bolsillos y abrió la puerta. Pero la puerta casi le hizo perder el equilibrio. –Afeste mu en.

La voz era clara ahora; la ronquera había sido fingida. Era una chica.

Entró, sin hacer caso de la desnudez del hombre, y le encañonó con una pequeña automática. Cañón de cinco centímetros. Una 25. Retrocedió lentamente.

Conocía el griego desde su infancia, pero mantuvo el rostro inexpresivo y habló en inglés. –¿Qué pasa? ¿Qué desea?

–Ah, un americano –era una afirmación exenta de alegría–. ¿Por qué ha traído la maldita junta con su Sexta Flota? –de pronto, como recordando que hay un tiempo para las palabras y otro para el laconismo, miró a la pared de enfrente–. ¿Está solo? –Ahora no.

La joven lanzó un bufido y levantó la barbilla. John agrandó los ojos, admirando la rubia cabellera, como si su encanto quedara realizado por la luz del pasillo. La joven se recostó contra la puerta. La cerró.

La habitación se ensombreció, quedando solamente iluminada por el resplandor que se filtraba por la persiana. Ella alargó la mano libre hacia el cerrojo y lo corrió. Volvió a alargar la mano y dio la luz. Su rostro se inundó de color rojo. Ensanchó los ojos, con reflejos dorados.

–Vuélvase.

El se volvió. Tenía aún las monedas en la mano. A punto, si estaba a punto de cruzar la Estigia. Su costado desnudo le ocultó mientras insertaba una moneda en la uña del pulgar, para expulsarla con fuerza con la uña del índice de la misma mano. La moneda chocó contra la puerta entreabierta del cuarto de baño y saltó por las losas y el cromo. Oyó el crujido de la minifalda cuando la muchacha dio media vuelta para ver qué pasaba. John dio un salto.

La pistola ya no le apuntaba, no del todo, pero lo bastante para justificar el salto. La cogió, junto con la mano que la empuñaba y retorció esta última. No fue fácil, ya que ella le sorprendió por su fuerza. Resistió mientras forcejeaba. Pero lo malo para la joven fue que, al parecer, había tomado algunas lecciones de karate y estaba dispuesta a ponerlas en práctica. Debía de ser la primera lucha real de su vida. John trató de esquivar las patadas y rodillazos, se apoderó de la pistola, y retrocedió hasta situarse fuera del alcance de aquellos brazos y piernas.

La muchacha, de pronto, fue todo terror y súplica.

–Necesitaba un sitio donde esconderme. Me persiguen por haber violado el toque de queda. Me azotarán y me torturarán. Son unas bestias.

John empezaba a darse cuenta también de la bestia que había en su interior. Corrió a apagar la luz.

Hubo un grito en la calle. Retrocedió y apartó un poco la persiana. Un soldado desde la calle señalaba la ventana, aparentemente a una cabeza que se asomaba por la ventana de un corredor, dos o tres pisos más abajo del suyo.

–Demasiado tarde. Han visto la luz. Pronto estarán aquí.

–¿Dónde puedo ir? ¿Dónde me meto?

–Quédese aquí. Métase en la cama conmigo.

En la penumbra la vio inmovilizarse. Por millonésima vez, se dijo que aquél no era asunto suyo, que no debía ruborizarse tampoco. Sin embargo, se alegró de estar a oscuras.

Tenía que ser algo más grave que haber quebrantado sólo el toque de queda. La pistola pertenecía a la Resistencia. Seguramente, la muchacha iba o venía de una reunión dedicada a promover algún complot contra la Junta, cuando no verdadero sabotaje. No le debía nada a aquella chica. Pero había oído contar lo que ocurría a veces dentro de los muros del KYP, y además, tampoco le gustaba la Junta.

–Mire, Bonnie Parker (1), sólo trato de ayudarla. Si nos encuentran a los dos en la ca-

(1) Referencia a la célebre pareja de gánsters Clyde y Bonnie. (N. del T.)
ma, tal vez se traguen el cuento de que usted estaba aquí desde antes del toque de queda. ¿Cuáles son las horas? ¿De una a cinco de la madrugada?

Ella asintió y, pensando que él no había visto el gesto, murmuró:

–Sí.

–De modo que yo la traje aquí antes de la una. No se preocupe. He llegado esta misma tarde, y con el cansancio del avión y todo eso, no estoy para nada. De modo que ¿qué dice: ochi o sí?

–Sí.

Ya se estaba desnudando. John metió la pistola debajo de la almohada y subió a un lado de la cama. La muchacha se metió al otro y atrajo las ropas hacia sí.

Permaneció quieta, pero él intuyó que estaba temblando por dentro. ¿Ella o él? ¿O ambos?

Oyó unos pasos quedos en el pasillo.

–¡Rápido! ¿Cómo se llama?

Ella sólo vaciló un segundo.

–Xenia Leandros.

–Yo John DeFoe. Encantado de conocerte, Xenia. ¿Dónde nos conocimos? ¿Pudo ser en el autocar del aeropuerto a las siete?

Otro segundo.

–Sí.

Una sonrisa en la obscuridad.

–Encantada de conocerte, Yanni.

Las pisadas se detuvieron. Pero nadie llamó a la puerta. Los del KYP querían cogerles por sorpresa. La llave forcejeó un poco en la cerradura, y luego, evidentemente, la cogió uno del KYP de manos del tembloroso director del hotel. Susurros, se abrió la puerta y se encendió la luz.

John se incorporó, llevándose una mano a los ojos para no quedar deslumbrado. Otra mano se la golpeó. Contempló estupefacto al agente del KYP. Aquel rostro mostraba el color gris de las cadenas. Era el mismo rostro de todo el mundo: de la derecha o de la izquierda, del Este o el Oeste, del Norte o del Sur. El rostro de un inquisidor que no tenía que dar cuentas de sus actos, el custodio impertérrito, el servidor de la ley que se sitúa por encima de ésta.

–¿Qué es esto? ¿Qué quieren? –fijó la vista en el director del hotel que se movía angustiadamente sobre sus pies–. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Por qué han entrado de este modo?

Los dos agentes volvieron la cabeza brevemente y el director se eclipsó. Uno de los agentes se acercó a la cama, con las manos en los bolsillos de la guerrera, mientras el otro cerraba la puerta y entraba y salía del cuarto de baño. Luego, ambos contemplaron a Xenia y a John. Sus expresiones no cambiaron, pero el rostro del primero empezó a hacer una mueca, mueca que el otro pareció captar.

«Tranquilo –se dijo John–. Esto ya hace la millonésima y una vez.»

Mantuvo el rostro sereno y la Voz pausada.

–Supongo que son de la policía. Yo soy ciudadano americano, y mi amiga es ciudadana griega. No hemos hecho nada. ¿Les molestaría explicar de qué se trata?

–Sus documentos, por favor.

John señaló el montoncito de la mesita de noche. Un agente cogió el pasaporte de John. Lo abrió, lo revisó y enarcó las cejas. Levantó el teléfono, llamó a un número exterior, y leyó en griego las señas del pasaporte.

–Está con una chica –escuchó, enrojeció y pidió un momento de espera. Volvióse hacia Xenia–. Sus documentos.

Xenia señaló su bolso de correas en la butaca. El otro agente registró el contenido del bolso y le entregó el DI al del teléfono, el cual lo leyó en voz alta. John asintió para sí. De modo que Xenia Leandros era estudiante de actriz. Sacudió levemente la cabeza en un gesto invisible. La forma en que el agente lo había leído demostraba que para el puritanismo de la dictadura griega, ser actriz equivalía a ser prostituta.

El agente escuchó, saludó y colgó. Dejó el pasaporte en la mesilla y le devolvió el DI a su compañero, quien lo metió en el bolso.

–Bien, nos vamos. Buscamos a alguien. Pero usted, Kyrios Yanni, tendrá que pasar por nuestra Central a las diez de la mañana. Cualquier taxista le llevará allá.

Al volverse para salir, uno le pegó un codazo al otro. Los dos estudiaron la serie de monedas que había en el suelo. Sólo entonces se dio cuenta John de que le habían caído mientras forcejeaba con Xenia por la pistola.

La expresión de ambos hombres se despejó un poco.

Contemplaron el cuerpo de Xenia debajo de las sábanas, luego miraron a John sonriendo y se marcharon.

John se sintió aliviado y un poco molesto por no haber tenido que demostrar, junto con Xenia, su mentira. Era agradable saber que les habían engañado, pero le parecía que lo habían logrado con demasiada facilidad. Tal vez no. Todavía tenía que ir a la Central del KYP. Tenía la sensación de que su nombre había detenido la búsqueda de una chica que sólo había violado el toque de queda. Pensó saber el motivo.

Xenia se estremeció. Se incorporó y le miró acusadoramente.

–¿Por qué desean verle mañana?

–¿Qué? –estaba ensimismado estudiando la topografía de la muchacha–. Lo siento. No escuchaba.

La joven se llevó el cabello atrás con impaciencia, con lo que se ensanchó la topografía.

–A la Central del KYP. A las diez de la mañana. ¿Por qué? ¿Quién es usted realmente?

John reprimió una sonrisa. No quería hablar de ello, aunque tendría que hacerlo más pronto o más tarde. Tal vez fuese mejor aclararlo todo antes de pasar por el KYP.

–Supongo que soy el producto del cruce de un marinero negro que saltó de un transporte aéreo JFK con una chica griega. Lo único que sé con certeza es que

alguien me llevó a un asilo infantil del Pireo inmediatamente después de hacer el nudo; bueno, me refiero al ombligo. A los cuatro años de edad, me adoptó un matrimonio americano, Andrew y Cora DeFoe. El volvió aquí y vivió en Grecia varios años. Es... Era... jefe de una empresa de computadores, y estaban realizando una tarea para la DBC...

—¿La Delphi Bionomic Corporation? ¿El proyecto del Oráculo de Delfos?

—Precisamente. Su obra más larga, su última obra, aunque yo no lo supe hasta ahora. No estaba en contacto con ellos. Habíamos dejado de vernos últimamente.

—¿Se pelearon?

—Acordamos que no estábamos de acuerdo» así es más exacto. El no quería que yo abandonara la universidad. Bien, he intentado valerme por mí mismo. O perderme por mí mismo. O tal vez sólo he querido matar el tiempo.

—¿Qué hacía?

—Reconozco que muy poco para ganarme el pan. Traté de unirme a un grupo de rock, pero no era muy bueno.

—¿Obsceno?

—No dije eso. Bien, acepté varios empleos, trabajando sólo lo suficiente para poder comprar mi equipo submarinista SCUBA, y todo el complemento. En realidad, esto no importa. Lo que ahora me ha traído aquí es que mis padres adoptivos murieron en Grecia hace unos días.

—¡Oh, no!

—Para empezar, no me gustan las coincidencias, y fallecieron por separado de una forma que no concuerda con lo que sé de ellos. Tal vez el KYP interviniera en eso. Por lo visto, saben que yo soy el hijo. Tal vez desean comunicarme algo, o piensen que soy yo quien tengo algo que comunicarles.

Xenia posó una mano sobre el brazo de John, dejando resbalar un poco más las ropas de la cama.

—Lo... lo siento.

El asintió. La mano de la muchacha continuó en su brazo en tanto apartaba la vista. El cerebro de John se había disparado. Sabía que la chica estaba reflexionando. ¿Tratando de utilizarle? Intentó comprender sus propios sentimientos. Sabía que su cuerpo deseaba utilizarla a ella. Si aquello no era amor a primera vista, había cierta afinidad; como hombre, en aquel mundo lleno de números que ejecutan sus propios números, era lo mejor. —¿Y tú qué?

La mano se apartó de su brazo como si le quemase. —¿Yo... qué?

—No puedo dejarte salir hasta las cinco. De modo que lo mejor será pasarlo lo mejor posible.

Le puso una mano en el brazo. Ella se la sacudió de encima, dejando su cuerpo más al descubierto. Contempló las sombras platónicas de la costa plutoniana. La muchacha no trató de cubrirse de nuevo. Saltó de la cama, buscó bajo la almohada y retrocedió con la pistola en la mano. John saltó lentamente de la cama. Ella retrocedió más. Su dedo índice se engaritó en torno al gatillo.

—No se acerque.

John siguió avanzando. El dedo se tensó. El continuó andando. Ella dejó caer la pistola.

–¿Está loco? Pude haberle matado.

El la tomó entre sus brazos y susurró en su oído:

–Puse el seguro cuando la metí debajo de la almohada.

Ella susurró en su oído:

–Y yo lo quité cuando la saqué de debajo de la almohada.

Ambos alargaron los brazos. Sus dedos se encontraron en el interruptor de la luz.

Despertaron al alba. John murmuró adormiladamente mientras Xenia le sacudía el hombro:

–Estoy despierto, estoy despierto...

Pero continuó con los párpados cerrados.

Sin desear abrir los ojos a la realidad, pasó un brazo sobre Xenia y tocó el botón vocinglero del despertador.

–Las nueve y diez.

–¿Lo ves?

Pero el susurro erótico contenía una nota alegre.

–¿Ver qué?

Ella se incorporó, bamboleante su sombra a través de la luz matutina.

–La hora. ¿No tienes que ir al KYP?

John la miró gravemente, con los ojos aún cerrados.

–Para que me ayude a soportar el día, voy a hacer algo muy simple: comer. Deseo mi ración de pan cotidiana.

–Tonto. No tomes a la ligera una requisitoria del KYP.

La dejó apartarse de él con furor contra su estoicismo, su "flema, su apatía, o lo que fuese. Siguió un estatismo rítmico. John abrió los ojos. La vio cepillarse el cabello. Aquel movimiento disminuía su furor, tornándola soñadora.

Cuando hicieron el amor, ella había empezado de una manera preocupada, después se había concentrado en ello ferozmente. Pensando en ello, John deseó sonreír. Había sido algo estupendo, eufórico, sentir una pasión después de tanto tiempo, tanto, que hasta creía haberse olvidado de tal cosa.

Ni siquiera la noticia de las muertes de Andrew y Cora había logrado romper su máscara helada. Era más que una máscara; era algo enterrado en la piel. Era, paradójicamente, un sentimiento de falta de sentimiento. Y aquella pizca de autodescubrimiento le complacía enormemente. Pero la máscara, aunque agrietada, aún seguía en su sitio. Cuando uno fabrica una máscara muy ajustada del rostro de Monna Lisa, y se la pone, ¿sabe uno qué significa aquella sonrisa enigmática? Pero John ignoraba qué significaba su máscara.

Soñadoramente, contempló cómo Xenia se cepillaba el cabello también soñadoramente. Había cogido su cepillo. El tiempo del macho-cerdo había pasado, y ahora estaban en la época de la diosa-madre. Como si le hubiera oído estremecerse, el cuerpo de Xenia pareció proyectarse al frente y el cepillado adoptó

un ritmo más sensual. Pero lo que más le maravillaba era su naturalidad. Le cogió el cepillo de la mano y posó las manos en sus senos. Ella se volvió a mirarle.

–No, llegarás tarde.

–Sí.

Presionó la boca sobre otra silenciosa, pero que le correspondió. Luego, la otra boca sonrió bajo la suya. Xenia la apartó lo suficiente para poder hablar.

–Permíteme, no obstante, recordarte que en este desdichado mundo exterior hay cosas tan desagradables como el KYP.

La muchacha maniobró en el control remoto junto a la cama, y la pantalla de la televisión presentó una canción y un baile, con un coro viviente de botellas, anunciando el agua mineral Loutraki. Xenia rió al observar la expresión ceñuda de John.

–Está bien, Yanni. No perdamos tiempo.

Se dejaron caer en la cama.

Se incorporaron. Realmente, es algo muy serio cuando un canal de televisión da los anuncios.

Y el rostro grave que llenó la pantalla en lugar del coro de botellas les dijo que en vista de los falsos y maliciosos rumores que circulaban, según los cuales el gobierno había pospuesto las ceremonias de la inauguración a causa de dificultades técnicas, o peor aún, a causa de las manifestaciones estudiantiles, y también que el gobierno había demorado la inauguración por respeto a la trágica muerte del constructor, el Oráculo de Delfos se inauguraría de acuerdo con lo previsto. El Premier Nikos Papadakis inauguraría el restaurado templo, con cuya ocasión pronunciaría un discurso.

John comprendió lo que Xenia estaba pensando. Luego, le miró fijamente.

–¿Has entendido lo que ha dicho el locutor?

–Nai.

–Está bien. Si Papadakis asiste, ello significa que sólo asistirán personas invitadas. Me gustaría verlo.

–Puedes verlo por la televisión.

–No quiero verlo por televisión. Quiero verlo en Delfos. Tú eres el hijo del hombre que diseñó el nuevo Oráculo. Tienes el derecho y el deber de asistir a la inauguración, en representación de tu padre. Y yo iré contigo.

–Aunque yo pase por la criba... ¿pasarías tú?

–Mi familia es respetabilísima. Tiene mucho *philotimo*, ¿sabes? Tenemos una mansión en Psychico, no muy lejos de la casa de Papadakis, aunque yo he estado viviendo cerca de la universidad. Pasaré la criba, no temas. Los agentes del KYP leyeron mi nombre por teléfono y no me apresaron; por lo que ignoran quién soy... aparte de ser el garbanzo negro de una familia respetable.

–Bien, supongamos que asistimos al acto. Dejaremos la pistola, claro.

Xenia abrió los ojos ingenuamente.

–Claro.

–Si te abres paso hasta Papadakis y le apuñalas con tu lima de uñas, sus hombres te atraparán en el acto. Tal vez pienses que vale la pena. Pero también me

atraparían a mí. Y no sé nada de los Leandros, pero ya han muerto demasiados DeFoe últimamente.

Xenia estaba impaciente, o fingía estarlo.

–Prometo no apuñalar a Papadakis con mi lima de uñas. Y ahora, si no te apresuras, llegarás tarde a la cita con el KYP.

–Me apresuraré. Pero primero tocaré tierra como Anteo, y pasaré por la Embajada americana para anunciarles que estoy citado con los del KYP. Aunque esto no signifique mucho. Pero me gustaría dejar esto registrado, aunque después ellos pierdan el registro.

Se vistieron rápidamente, y mientras tanto comieron tostadas y café que les sirvieron en una bandeja. La falda de Xenia resultó una maxi.

–No, no se ha alargado de la noche a la mañana –frunció el ceño mientras la alisaba–. ¿Queda bien ahora? Las leyes de los Coroneles se oponen a las minifaldas. Pero cuando vi que estaba en la calle después del toque de queda, me levanté la falda, esperando que me tomaran por una turista que ignoraba lo del toque. De todos modos, me persiguieron –se echó a reír–. De todas formas me ayudó. Con la falda corta corrí como Atalanta.

A pesar de su asentimiento, el griego de John era imperfecto. Xenia tradujo el griego de John al griego, y el taxista les condujo a la Embajada americana, aguardando mientras ellos entraban en el edificio. Xenia se quedó en el vestíbulo, y John buscó a alguien que le atendiera.

El laberinto terminó en el despacho de un tal F. Harry Stowe, que tenía unos ojos inquietantes y se reía con facilidad.

–No crea todo lo que dicen por ahí. Lamento mucho lo de sus padres, DeFoe. Claro que haré cuanto pueda para que asista usted al acto, a pesar de la falta de tiempo. Buena publicidad, claro. De este modo usted demostrará que no acusa al gobierno griego de lo que les sucedió a sus padres.

John encontró a Xenia hojeando furiosamente un ejemplar del Newsweek. Antes de poder contarle lo sucedido, ella se lo arrojó a la cara y le enseñó que alguien había arrancado un artículo referente a la Grecia de los Coroneles.

–Ya ves cómo no permiten que se diga la verdad ni siquiera en tierra americana. Yo escupo en esa tierra americana.

La sacó de la Embajada sin dejarla escupir.

La vio desaparecer junto con el taxi cuando él saltó del mismo frente al edificio de la calle Bouboulinas.

Ella debía abandonar el taxi una manzana después de su domicilio y retroceder hasta éste, donde se cambiaría de ropa y le esperaría. Claro que ningún coche parecía seguir al taxi, pero el KYP sólo necesitaba la matrícula, y estaba seguro de que un par de ojos la habían anotado. El conductor les diría después adonde había llevado a la joven. John contempló el edificio, llenó de aire sus pulmones y entró.

Garabateó su nombre al dorso de la tarjeta que le había dado F. Harry Stowe. Se la entregó al ujier de la puerta. Al cabo de un rato, otro ujier condujo a John a un despacho.

El Mayor Stelios Anagnostis estaba de pie detrás de su escritorio cuando entró John. Untuoso de pies a cabeza, el Mayor blandió un sucio dedo ante John.

–Kyrios Yanni, usted ha pasado por la Embajada americana. Eso no era necesario. No debe creer cuanto se dice de Grecia. Aquí no torturamos a nadie.

–Me alegra saberlo, Mayor. Siempre me ha gustado conocer a un valiente.

–¿Valiente? –el Mayor se recobró—. Supongo que lo soy, pero ¿por qué lo dice?

–Sostengo la teoría de que un verdugo no puede resistir ni una décima parte del mal que hace. Por tanto, me alegra saber que usted no es un cobarde verdugo.

Los ojillos del Mayor escrutaron fijamente a John, y su boca se abrió en una sonrisa.

–Una teoría interesante.

–Pero no fue por esto que estuve en la Embajada, Mayor. Fui solamente para que me facilitaran el acceso a la inauguración del Oráculo de Delfos en lugar de mi padre.

El rostro del Mayor adoptó una expresión grave.

–Siéntese, por favor, Kyrios Yanni. Respecto a su padre y también a su madre... Por eso está usted aquí. Debido a la extraordinaria coincidencia de muertes...

por las cuales le hago patente mis condolencias y las del gobierno griego y del pueblo de Grecia y...

–Gracias a todos.

El Mayor inclinó ligeramente la cabeza.

–Y a causa de la posición de esas personalidades, nosotros, y no la policía común, hemos indagado las circunstancias. Hemos llevado a cabo una minuciosa investigación, para que no quedase nada obscuro.

–Repito las gracias.

El Mayor volvió a inclinar la cabeza.

–Era nuestro deber.

–Bien, ¿qué puede decirme de esas muertes?

El Mayor abrió el cajón superior de la derecha del escritorio y sacó una carpeta. La abrió y habló sin leer.

–Kyrios Andrew estuvo dedicándose al deporte de la pesca submarina la tarde del día diez.

Estudió la nuez del cuello de John. El joven sabía que era un viejo truco de los inquisidores para calibrar las reacciones de los testigos y acusados. La nuez del conocimiento. John apoyó la barbilla en la mano. El pensador. La nuez del Mayor se movió con inquietud.

–Al ver que aquella noche no regresaba a su hotel, se emprendió la búsqueda. Pero no recuperamos el cuerpo hasta una semana más tarde. La autopsia demostró que había muerto de embolia. ¿Sabe qué es una embolia?

John asintió.

Falso, falso, falso. Mentiras, mentiras, mentiras.

Andrew le había enseñado a bucear con el equipo SCUBA, compuesto por uno o dos tanques de oxígeno. Y Andrew practicaba lo que enseñaba. Andrew era un

hombre amante de la seguridad y jamás habría descendido solo con aquel equipo. La embolia se produce cuando el submarinista asciende aguantando la respiración. La muerte puede incluso tener lugar en aguas de poco calado, y, para evitarla, el submarinista ha de aprender a exhalar automática e instintivamente a medida que asciende. Andrew nunca habría subido reteniendo la respiración.

—¿Y mi madre?

Las manos del Mayor expresaron su pesar. —Ella tenía... bueno, sufría una indisposición muy femenina y no fue a Mykonos con Kyrios Andrew. Se quedó en la suite del hotel en el Píreo, y fue allí, al cabo de una semana de angustia, donde le comunicaron la triste noticia. Pobre mujer... el dolor fue excesivo para ella. Kyria Cora falleció a causa de una sobredosis de pastillas somníferas.

Eso también sonaba a falso. Cora era fuerte. Seguro que habría llorado, pero no hasta el extremo de desear matarse. Jamás habría recurrido a los somníferos. Le había telefoneado para comunicarle la muerte de Andrew y su tono era más bien colérico... ¿contra el Destino? ¿Contra qué? Pero era una combatiente, no una derrotada. Les habían cortado la comunicación y John no había conseguido restablecerla.

El Mayor cerró la carpeta y estaba ya a punto de meterla de nuevo en el cajón. Su actitud expectante le demostró a John que el Mayor esperaba de él algo más que una postura pensativa. El estoicismo y el espartanismo estaban muy bien como ideales. Pero la realidad era el drama. Aunque el hecho de las muertes hubiese conmovido poco a John, su papel de huérfano debía emocionarle un poco.

Claro que el Mayor no deseaba una gran tragedia, pero desde el punto de vista puramente profesional, por la mente siempre suspicaz de los policías, el Mayor no quería una actitud tan serena. Una dorada medianía. —Me gustaría ver los cadáveres. Esto no era una dorada medianía. —No le gustará ver el de su padre. Las mareas movieron el cadáver arriba y abajo, enviándole contra las rocas. Y, según la autopsia, permaneció en el agua una semana.

—Me gustaría ver los cadáveres.

Las manos del Mayor expresaron su rendición.

—Muy bien, Kyrios Yanni.

El helado sótano pareció más frío cuando exhibieron los largos cajones.

—Repito, Kyrios Yanni, que no le gustará ver a su padre.

John se obligó a mirar y a sostener la mirada. El Mayor continuó hablando en tono pedagógico, como un profesor de medicina en un aula de la facultad.

—Observe los dedos. La piel está encogida y tuvimos que inyectarle cierto fluido para desarrugarlos y poder tomarle las huellas dactilares. Es su padre sin la menor duda.

John asintió y volvióse al otro cadáver. Alguien había destrozado el rostro de Cora. Y no era ésta la única obscenidad. Cora estaba orgullosa de su esbelto cuello y jamás se habría puesto aquel cuello alto, a menos que hubiese sido a los ochenta o noventa años. Alargó la mano, antes de que pudieran impedirselo, lo desabrochó y separó las solapas.

Por un momento creyó haberse equivocado. Pero luego tocó la piel del cuello y los hombros, y sus dedos removieron la grasa y el polvillo que escondían las magulladuras.

El ambiente aún se congeló más. El Mayor se puso de puntillas y sus manos expresaron su extrañeza.

—Lamento que haya tenido que ver esto, Kyrios Yanni. Me hubiese gustado ahorrarle este pesar, aunque le aseguro que Kyria Cora no sintió nada —suspiró—. Ojalá lo hubiese sentido —blandió un dedo ante la mirada de John—. La doncella y otra mujer la encontraron dormida a causa de los barbitúricos. No había ningún médico a mano. Intentaron hacerla volver en sí, abofeteándola. No creímos necesario dar esta noticia. Sólo habría servido para ridiculizar a esas mujeres, que simplemente trataron de prestar un auxilio.

John asintió y se apartó. El Mayor le hizo una señal al encargado y los dos cajones volvieron a su lugar. Ya de vuelta en el despacho del Mayor Anagnostis, éste llenó dos vasos con raki. El Mayor levantó el suyo.

—¡Ya sou!

John no quiso desearle al Mayor una excelente salud, pero levantó el vaso. Bebieron, en tanto el destello del cristal era menor que el de los ojos. John esperaba no haber dejado ver que no se tragaba la versión de las muertes junto con el raki. Pero sabía que estaba ya en la lista del Mayor, hiciera lo que hiciera. Los dos eran antagónicos. El Mayor odiaba a los jóvenes que no se amoldaban a los deseos de la Junta. A John no le gustaba el Mayor, o lo que representaba.

El Mayor sonrió.

—Por poco lo olvido. Pronto llegaré a la vejez. Aquí tengo un paquete con el equipo de su padre. Lo que llevaba cuando... Tal vez le gustaría llevárselo. De lo contrario, podemos enviárselo donde quiera. Lo hemos... limpiado.

—Entiendo. Gracias. Me lo llevaré.

—Hemos entregado los efectos personales de su padre, que hallamos en la habitación del hotel de Mykonos, a su abogado.

—¿Quién es?

—¿No lo sabe? Ah, me olvidaba también de que usted y su padre habían reñido, ¿verdad? —un destello de satisfacción—. La brecha generacional, como dicen los norteamericanos. El abogado se llama Kostis Dimitriou. Era socio de su padre en la Delphi Bionomic Corporation. Sin duda le hallará allí. ¿Le conoce?

—De nombre. Fue él quien me envió el telegrama anunciándome la muerte de Kyria Cora.

—Buena persona. Sin duda, usted querrá que sus padres sean enterrados en Estados Unidos. El abogado podrá disponerlo en su nombre. Y ahora hablemos de algo más agradable. Dijo que le gustaría asistir a la ceremonia de esta tarde en el templo de Delfos. Bien, ha acudido a la persona más adecuada. Me hallo a cargo de todas las medidas de seguridad. Haré que pueda ir en el cortejo del Premier. ¿Qué tal?

El Mayor se restregó las manos.

–Estupendo. ¿Puedo llevar a una amiga?

–¿Una amiga? ¿Xenia Leandros?

–Sí.

–¿La conoce bien?

–No.

–Una respuesta prudente para una pregunta tonta. Aunque conozcamos bien a los demás, ¿hasta qué punto los conocemos? Esta es mi filosofía.

–Una filosofía muy prudente. Y yo que pensé que Grecia había perdido sus mármoles...

El Mayor se puso rígido y luego sonrió.

–Ah, sí, ya entiendo. El Conde de Elgin. ¿Hasta qué punto conocen los demás a los griegos sólo por robarle sus antigüedades? –se golpeó la sien–. Todavía tenemos nuestros mármoles aquí.

–Bien dicho.

El Mayor le miró con dureza.

–Kyrios Yanni, le diré algo. Creo que puedo confiar en que sabrá protegerse –se le acercó y bajó la voz–. No creo que sepamos toda la verdad de lo ocurrido a sus padres. Se lo digo porque tengo la sensación de que tampoco usted está satisfecho. La Resistencia, o sea el hampa, los estudiantes, los vagos, han tratado de minar al gobierno de todas las maneras posibles. ¿Qué mejor modo que emplear tácticas terroristas contra los turistas y visitantes, contra las atracciones turísticas, de las que ciertamente el Oráculo de Delfos será la más importante? ¿No tengo razón?

John le indicó que continuase.

–Bien, Kyrios Yanni. Si... sólo digo si... Si estas muertes no fuesen naturales, no me sorprendería descubrir que son actos vandálicos de la Resistencia. Y voy a darle un aviso. Temo que Xenia Leandros forme parte de la Resistencia, o al menos que simpatice con los revoltosos, con el hampa. Salga con ella, goce de su belleza, pero le suplico que tenga cuidado y no se deje arrastrar por ella a ningún peligro.

Al salir del edificio, con el equipo de submarinista que el Mayor le había entregado, John tuvo la sensación en la nuca de que al KYP le disgustaba ver salir a alguien libre de su Central. Aunque, y esto tampoco quería que lo supiera el KYP, sabía que en realidad no lo estaba.

2

**«NADA ES DEMASIADO»
Cleóbulo.**

El conductor del taxi que tomó John sabía que los estudiantes se habían apoderado de las calles por las que tenían que pasar. Cono estallidos de gritos en un estadio, los cánticos dominaban los ruidos del tráfico. Mientras los «jeeps» llenos de policías, con un cañón de agua montado en un vehículo blindado, se disponían a luchar contra la manifestación, John se dispuso a matar el tiempo examinando el equipo de submarinista.

Lo habían envuelto en un periódico. La letra impresa no se encogió bajo el cristal cuando el joven levantó la mascarilla. La sostuvo en alto y miró por la mirilla, volviéndose en todas direcciones. No vio ninguna distorsión de la cabeza esférica del taxista ni de la tarjeta insertada junto al cuentakilómetros.

Andrew DeFoe había sido miope y astigmático, pero no soportaba las lentes de contacto. Y había necesitado una receta óptica cuando encargó la mascarilla subacuática. En cambio, la que ahora tenía John en la mano tenía un cristal plano, y estaba claro que no se trataba de una sustitución.

Bien, no se trataba del equipo de Andrew, por lo que casi era seguro que Andrew no se había marchado a Mykonos, sino que el KYP lo había tenido durante una semana prisionero en una celda, seguramente torturándole. ¿Y qué mejor manera de disimular las torturas que fingiendo un accidente y una larga inmersión en el agua?

Pero ¿por qué? ¿Qué tenía o sabía Andrew? ¿Qué creían que tenía o sabía que ellos querían tener o saber?

¿Podía estar relacionado con la Resistencia? Imposible. Claro que, si bien Andrew no concordaba con la definición hecha por el Mayor respecto a los componentes de la Resistencia, el hampa, los estudiantes y los vagos, podía haber admirado sus ideales. Pero Andrew era, por encima de todo, un realista, un materialista.

Pero si Andrew podía haber congeniado con el gobierno, tal vez no le había gustado demasiado la ética del mismo. ¿Le habrían exigido demasiado? ¿Tenía su muerte que ver algo con su trabajo?

Una sacudida le dio a entender que el camino estaba ya despejado. En la plaza de la manifestación, ya vacía de gente, había regueros rojizos en las bocas de las alcantarillas.

El departamento del DBC ocupaba todo un piso del Stoa de Attalos, en el ágora ateniense. Varvara Tambouris llevaba un vestido floreado. Su perfume le reveló a John su presencia. Dejó de hojear la revista. La joven se presentó. Era la secretaria de Kostis Dimitriou.

—Su paquete estará a salvo aquí. Sígame, por favor.

Un cuerpo realmente groucho marxista y un modo de andar muy sinuoso.

En la recepción de la DBC había copias de los informes anuales. En la fotografía en color del ejemplar, Andrew DeFoe, presidente de la junta, señalaba un papel –¿mapa, plano?– encima de la mesa. Parecía un capitán gobernando un buque. Todos los oficiales llevaban traje negro como él, y todos estaban agrupados a su alrededor detrás de la mesa, contemplando su dedo, sin sonreír.

Kostis Dimitriou había cambiado desde aquella fotografía. Llevaba un traje azul eléctrico, una camisa color limón, una corbata cegadora y una sonrisa igualmente cegadora. Regordete, con un apretón de manos suave, hablaba tan líquidamente que tenía que parar de cuando en cuando para tragar saliva. Mientras saludaba y le indicaba un sillón a John, recordó la ocasión y una expresión de dolor se tragó su sonrisa.

Pero las botas del negocio no tardaron en pisotear aquella simpatía.

–¿Conoce los términos del empleo de Kyrios Andrew en la DBC? Había un generoso montón de opciones como incentivo..., una serie de ganancias y beneficios, para que Andrew trabajara para la empresa. Lamento decir que su muerte hace cesar las opciones. Pero obtuvo buenos sueldos, tanto de aquí como, de la empresa consultora, y estoy seguro de que tanto él como Kyria Cora no le dejaron descalzo en sus testamentos dejados en Estados Unidos.

Volvió a sonreír.

–¿Qué tal van las cosas por allí? Siempre que el mundo necesita ver y saber qué ocurre, se vuelve hacia Estados Unidos. Su nación siempre va en cabeza. Por eso la DBC contrató a su padre. Era el mejor en su profesión, el mejor sin duda.

John recordó la costa desvaneciéndose en la bruma, la megalópolis desapareciendo a lo lejos.

–La última vez que estuve allí, Estados Unidos todavía llevaban la delantera mundial en la niebla fotoquímica. Oh, en realidad me refiero a la gente. Al hablar de Estados Unidos, hablo de su pueblo.

–Ya no hay pueblo. La gente se ha disuelto y ahora sólo se ven fotocopias.

Kostis Dimitriou pareció intrigado, y acabó por sonreír de nuevo.

–De tal palo tal astilla. Kyrios Andrew siempre bromeaba con la cara seria.

–¿Qué opinaba de la Junta?

Dimitriou frunció el entrecejo. La sonrisa más bien parecía ya el esfuerzo por evacuar.

–Andrew estaba por encima de todo esto. Era como un psicoterapeuta. Los psicoterapeutas controlan el rostro para que el paciente ignore qué opinan de él. Estaba aquí para ejecutar una obra. Y no me confió nada. Ignoro qué pensaba respecto a las cosas ajenas a su trabajo.

–¿Qué opina usted de la Junta?

–Bah, bah, bah... –un murmullo inconexo–. No me mezclo en política. ¿Conoce la fábula? Había un muchacho griego que deseaba que su madre muriera. «Mi padre –se decía– se casará de nuevo y yo me acostaré con ella, si es joven y bonita.» Pero no se murió la madre sino el padre. Y su madre se casó rápidamente con un turco.

Se inclinó hacia John y le indicó que se acercase. Le susurró al oído:

–Algunas personas dicen que esto le ha ocurrido a Grecia. La democracia murió y conseguimos el fascismo, no el comunismo. Comunismo, fascismo... Cuando alguien te da la patada, ¿importa mucho que lo haga con la izquierda o la derecha?

Se incorporó y lanzó una resonante carcajada en beneficio de las paredes.

–Una buena fábula, ¿eh? No, como dije, no me mezclo en política. Lo que es, es. Hay que saber ir de acuerdo con el viento que sopla, al menos un poco.

–Pero hay que saber adonde va uno, ¿verdad?

–Usted es joven, Kyrios Yanni. Tal vez uno crea saberlo, pero a menudo hechos triviales deciden el camino a emprender. Cada segundo, cada microsegundo, se produce un cruce de caminos, una separación de caminos.

–La política griega puede cambiar, pero hay una cosa que es inmutable. Grecia todavía procrea filósofos.

–Es usted muy amable –otra vez la sonrisa complacida. Pero los salientes ojos escrutaron el rostro de John mientras los regordetes dedos (¿distraídamente, nerviosamente?) tamborileaban sobre un gran sobre que descansaba sobre el escritorio-. ¿Puedo servirle en algo?

–Creo que usted guarda algunos efectos personales de mi padre.

Dimitriou se dio cuenta del sobre.

–Gracias por recordármelo.

Abrió el sobre y extrajo unas plumas, una calculadora de bolsillo, un minicassette con un cassette de música de Debussy, unas gafas y una cartera de bolsillo. De esta cartera salieron una licencia de conducir, tarjetas de crédito, carnets de clubs, el DI con el grupo sanguíneo, varios centenares de dólares y moneda griega, fotos de Cora y John juntos, y de Cora y John por separado, y un papel doblado.

El papel resultó ser una página que abarcaba una semana de una agenda. Los días abarcaban desde el 7 al 13 del mes, pero las anotaciones sólo llegaban hasta el 10.

La notación del 7 decía:

«Comprarle a John un reloj submarino y dárselo a Cora para que se lo envíe.»

John desvió la vista. Siempre había creído que sólo le quería Cora. Y no ayudaba en nada que Andrew no hubiese sabido expresar sus sentimientos.

–Lamento decirle que no hay ningún reloj para usted. No tuvo tiempo.

John asintió y volvió a consultar la página de la agenda. Ninguna de las demás anotaciones tenía el menor interés. Sólo eran listas de gastos, cuánto había pagado Andrew por un taxi, el tabaco... Lo que sí atrajo su interés fue la falta de una anotación respecto al viaje a Mykonos. ¿Por qué le dejaban el Mayor Anagnostis y Kostis Dimitriou ver esta página, que en realidad desmentía la versión oficial?

Pensativamente, John empezó a doblar de nuevo el papel. Dimitriou le señaló con el dedo la anotación del día 9.

–¿Qué significa EOJ?

La anotación decía: «EOJ ¡Gracias a Dios!»

John contempló la nuez del cuello de Dimitriou.

–Fin de la obra (1).

¿Qué significaba el rápido movimiento de la nuez? ¿Que Dimitriou había hallado más gusto en atormentar que en satisfacer su curiosidad?

(1) En inglés: End Of Job. (N. del T.)

–Ah, sí, habiendo terminado su obra, Kyrios Andrew debió desear descansar. Lástima Que no esté hoy aquí para recibir los plácemes generales y oficiales –la nuez del cuello ya previno a John respecto a la pregunta siguiente–. ¿Le confió su padre algo de su trabajo?

–En esto tendrá usted que informarme a mí. Se ocupaba de muchas cosas a la vez. Tenía su propia empresa de consulta y procesado de datos, y era presidente... o al menos pasaba por tal, de la DBC.

John indicó las paredes.

Kostis Dimitriou pareció hacer un esfuerzo para continuar sonriendo. ¿Estaba desempeñando el papel de chico bueno, mientras el Mayor Anagnostis desempeñaba el papel de chico malo?

–¿No le contó nada respecto al Oráculo de Delfos?

–Bueno, yo sabía que trabajaba en su reconstrucción.

–¿Pero no le mencionó nada? ¿Tal vez una palabra, tal vez sin darse cuenta, o sin que usted lo comprendiese entonces, que expresase algo relativo a la computadora de la DBC?

Le había llegado a John el turno de esforzarse. Debía mostrarse impasible. Ahora ya sabía por qué habían asesinado a Andrew y Cora. Ahora ya sabía lo que necesitaban.

Andrew DeFoe había efectuado los estudios y había supervisado el proyecto del sistema de control. John conocía lo bastante para saber que planear es un proceso cíclico (refinamiento de los esquemas, asegurarse del suministro de datos, de los resultados, de los archivos compatibles), una identificación con los ritmos del sistema de alimentación de la computadora. Andrew había acabado por identificarse con aquélla. Para John, para cualquier otro, era una tarea imposible meterse en los zapatos de Andrew, en la piel de Andrew. Todo lo que John sabía era que Andrew, por algún motivo (¿desconfianza hacia la Junta? ¿Desconfianza hacia los mandos de la DBC?), se había guardado una palabra o una frase clave, que le confería el control único de la máquina.

Por eso le habían torturado hasta la muerte. Y Cora había pagado con su vida el obstinado silencio de su marido. ¿Pensaron o esperaron que Cora conociese o sospechase la palabra que ellos necesitaban saber?

John convirtió el escalofrío en un encogimiento de hombros.

–La única palabra que pronunció respecto a la computadora DBC, y lo supe por Cora, cuando él ya estaba trabajando en ella, fue... ¡Cáspita!

–¿Cáspita? –Dimitriou se inclinó hacia delante, tratando de captar la inflexión, de retenerla en la memoria–. ¿Cáspita?

–Exacto.

Se frotó la mano para borrar la fofa impresión de la mano del abogado al estrechar la suya mientras seguía a Varvara Tambouris. No sintió sorpresa ni la expresó cuando resultó que el paquete había desaparecido.

Un destello (¿de qué? ¿Malicia, ironía, burla?) surgió por entre las pestañas de ella, cuando inclinó la cabeza para explicárselo.

–Es terriblemente humillante. Pero si no aparece, estoy segura de que la DBC se lo abonará. –Oh, claro.

Podía haber sido un ladrón. Aunque lo más probable era que, tras alguna meditación, el Mayor Anagnostis se hubiese arrepentido de entregarle a John una mascarilla con mirilla plana, perteneciente a otra persona.

Miró a Varvara. Ella ya esperaba la mirada. Olía casi tan bien como Kostis Dimitriou.

–¿Sería tan amable de indicarme un restaurante?

–También es la hora de mi almuerzo. Le llevaré a uno...

En la taberna de la Plaka la conocían bien, por lo que no les costó mucho, a pesar del gentío, encontrar una mesita para los dos. Ouzo sirvió los jugos, y después tomaron taramosalata, seguida de soupa avgolemono, después moussaka, y lo rociaron todo con vino de Samos, y para postres melachrino y café solo. Alguien le había aconsejado a ella, y John se lo permitió mientras bebían, que le sonsacase. La joven no lo hizo mal.

¿Tenía amigos en Grecia? No.

¿Nadie con quien compartir unos momentos tan tristes? ¿Nunca le había dicho su padre si tenían algún amigo íntimo en Grecia, alguien de confianza? No. ¿Le gustaba a ella su empleo? Sí.

¿Era fácil trabajar para Dimitriou? Sí. (Un fruncimiento de nariz.) Más de lo que pensaba Dimitriou. (Una leve carcajada.)

¿Por qué no le dejaba compartir la broma? ¿Sabía él guardar un secreto? Si un jefe empezaba a ponerse pesado a medida que transcurría el día, ¿qué había de malo en que su secretaria deslizase un tranquilizante en el café de media tarde? . Nada en absoluto.

Exacto. Pero ¿por qué tanto interés por Dimitriou? ¿Le había dicho algo... raro?

Nada. Sólo que Dimitriou no se había comportado en absoluto como aparecía en la foto del informe anual. Eso debía achacarse a la ocasión y a la presencia carismática de Andrew DeFoe. Cuantos le habían conocido experimentaban respeto y simpatía hacia el difunto. Todos le echaban mucho de menos. Su muerte había sido un gran golpe. Y la de lady Cora. ¿Le conocía muy bien ella?

Igual que cualquier empleado subalterno puede conocer a un jefe. Y el jefe había pasado mucho tiempo fuera, en Delfos, ocupado con la instalación de la computadora, sin parar apenas en la oficina. Como John debía saber, Andrew DeFoe había trabajado casi por su cuenta.

¿Conocía a Cora?

Se habían visto una vez, la primera y la última, ¡ay!, cuando le llevó el pésame del personal de la DBC por la muerte de su marido... y se encontró con que también ella se estaba muriendo. Había intentado...

John estudió las gráciles manos de Varvara y planteó silenciosas preguntas. ¿Habían aquellas manos golpeado y tratado de arrancarle a Cora la palabra clave de la computadora de Andrew? ¿Habían sido aquellas manos las que habían disuelto las pastillas de Cora en algún líquido?

—...pero era ya tarde para salvar a Cora. Era demasiado pronto para contestar a otra pregunta muda, pero se la formuló mientras acompañaba a Varvara de nuevo a las oficinas de la DBC, cuyas puertas la engulleron. ¿Para quién trabajaba en realidad Varvara? ¿Para el KYP? ¿O para una persona o personas que se confabulaban para apoderarse de la DBC? De la encantadora Escila a la seductora Caribdis. ¿Para quién actuaba en realidad Xenia? ¿Para la Resistencia? ¿O para el KYP? El mayor Anagnostis le había prevenido contra la joven, pero el aviso podía ser un truco. ¿Por qué, entre todas las habitaciones del hotel, había elegido la 423?

El conserje del Hilton le entregó un sobre. El sello gubernamental debía de concederle tanto peso a los ojos del conserje que lo cogió con las dos manos. Contenía una invitación para el acto inaugural, informándole que les recogería un coche a él y a su acompañante.

Delfos. Sentía ya la atracción del lugar.

3

«ANUDA Y SÁLVATE»**Thales,**

Tal como la arenilla magnética se dispone sobre un papel, destacando las líneas de fuerza de un imán, así se formó el cortejo. La larga procesión de «Mercedes», con la vanguardia y la retaguardia de los «jeeps» y los motoristas armados, cuyos cascos metálicos, cuyos cristales protectores, cuyas chaquetas de cuero y cuyas botas les daban apariencia de robots, empezó a moverse a la hora en punto desde el lugar de reunión.

John se retrepó en el asiento al lado de Xenia. El aire acondicionado ahuyentaba casi por completo el seco calor, los ruidos y los olores de la ciudad. Pero los colores de la bandera griega (cielo azul y edificios blancos), sí se filtraban hasta el interior del coche. Grecia era el hogar y no lo era. Estados Unidos era el hogar y no lo era. El hogar era el sitio donde uno cuelga el sombrero, y él no lo usaba.

Se había puesto un traje más sobrio, o más adecuado. Había contemplado largo rato los cabellos dorados del cepillo. De pronto le avisaron desde conserjería que Xenia le estaba aguardando y corrió, bajando por la escalera. La joven estaba muy guapa.

No habían visto al Coronel Nikos Papadakis. Ignoraban cuál era el auto del Premier. Los vidrios polarizados obscurecían todas las ventanillas del cortejo. Sin duda verían al Premier al llegar a Delfos. Si Xenia planeaba apuñalar o disparar, contra el Coronel, John no comprendía dónde podía llevar el arma. No en aquel vestido tan ceñido.

Por algún motivo desconocido, el suyo era el coche en cabeza. Aunque le ocultaban cristales oscuros, John sentíase desnudo. Hubiese estado más tranquilo en un coche abierto al lado de Xenia, con su cinta verde ondeando al viento.

—¿En qué piensas, Yanni?

—Pensaba en la restauración del templo. ¿Sabes algo de ello?

Los estudiantes de la primaria flanqueaban las calles de Atenas, agitando banderas y gallardetes. Xenia saludaba, como si olvidase que no les podían ver. ¿O trataba simplemente de retrasar la respuesta? Le cogió una mano.

—¿Y bien...?

Le contestó una presión cálida.

—He oído decir que ocurre algo extraño en el templo.

—¿Qué?

La muchacha comprimió los labios y señaló al chófer. John asintió. Ella cogió un bichito invisible de la oreja de John y lo aplastó.

—¿Tienes miedo? De acuerdo, Xenia. Habla en enigmas.

La mano de la muchacha apretó más fuerte la de John.

—De acuerdo —desvió la mirada hacia el cielo azul y volvió a fijarla en él—. ¿Qué sabes del Oráculo de Delfos... del primitivo?

—He leído que era un buen negocio. Los sacerdotes del templo tenían espías por toda la cuenca del Mediterráneo. Y se enteraban de todos los chismes, datos verdaderos y falsos, respecto a quiénes eran los que estaban en desgracia, quiénes medraban, quiénes preparaban una guerra, quiénes eran capaces de vender su ciudad por un precio razonable, quiénes estaban dispuestos a matar a alguien, cuál era el tiempo probable, si las cosechas se anunciaban buenas o malas, y si habría en la zona estabilidad o inestabilidad. Con todos estos datos, eran capaces de dar un consejo prudente.

Xenia asintió.

—Además, tenían todas las ventajas a su favor. Todo el mundo esperaba que las respuestas del Oráculo fueran ambiguas. Buena psicología. Esto obligaba al demandante a estudiarse a sí mismo, a usar su libre albedrío y a censurarse a sí mismo si las cosas no salían bien. En resumen, no había entendido la profecía.

—¿Y el moderno Oráculo de Delfos?

—Me imagino que la computadora funcionará de acuerdo con el mismo sistema, sólo que podrá atender a más solicitantes en mucho menos tiempo.

Xenia apoyó la cabeza en el hombro de John. Al principio, él pensó que era un gesto de admiración, pero luego oyó un susurro.

—¿Y si la computadora no funciona?

Él le acarició la cabeza.

—Funcionará. Tiene que funcionar. Hoy es la inauguración. Papadakis cortará el cordón umbilical, la cinta o como se llame.

Sin embargo, el estómago le ardía. ¿Quería confirmarle Xenia que la computadora aún no estaba terminada o que no podía funcionar sin la clave de Andrew? Podía saberlo gracias a la Resistencia, al KYP, o a quienes fuesen sus dirigentes. Y en tal caso, ¿por qué aquella charada de la inauguración?

Xenia le obligaba a meditar. ¿Estaba ella de parte de Anagnostis y/o Dimitriou, para buscar la clave de la computadora? ¿O formaba al lado de la Resistencia, y planeaban destruir la máquina? Tenía que ser de un bando o del otro. —¿Y tu enigma?

La sacudió ligeramente para obligarla a proseguir. De pronto, ella pareció temerosa o insegura, y suspiró: —¿Puede un ciego conducir a otro? —¿Es éste el enigma o es algo personal? Si es lo primero, me rindo. Tendrás que resolvérmelo. La joven hizo una mueca.

—Hablan de una chica, una chica del pueblo de Arachova, más abajo de Delfos. Dicen que está loca, que es idiota, y que no obstante es inteligente en cierto sentido...

—Una idiota sabia.

—El otro día, un funcionario de la DBC se la compró a sus padres... —¿La compró?

—¿Qué verbo hay que aplicar cuando alguien le entrega a unos pobres mucho dinero y se lleva a su hija? —Comprar o adquirir. Son sinónimos.

–Bien, se rumorea que esa chica... o mujer, pues debe de tener mi edad, interpretará el papel de pitonisa.

John miró hacia fuera. La carretera había empeorado. Ahora se hallaban en los montes, subiendo hacia el Parnaso.

¿Podía una idiota sabia, con un receptor en el oído unido a una computadora retardada, conductora relampagueante de gran cantidad de datos, suministrar una serie de respuestas más o menos adecuadas a una profecía? Tal vez sirviera para engañar temporalmente a la gente y dar tiempo a que Dimitriou encontrase la clave.

La clave. Bien, éste era el reto. De repente pensó que jamás se había interesado por la forma de trabajar del cerebro de Andrew. Siempre se había conformado con pensar que el cerebro de su padre adoptivo era formidable. Y la clave escogida por Andrew no podía ser diáfana... a menos que, como en La carta robada de Poe, «lo más oculto fuese lo más exhibido».

Una palabra, una combinación de letras. ¿EOJ? Olvídalo. ¡EOJ, gracias a Dios!, sólo había sido una exclamación de alivio. Dimitriou ya habría probado EOJ, DBC y CBD en la computadora y habría descubierto que no servían. Para que John DeFoe lograra descubrir aquella clave, tenía que estar relacionada con algo muy íntimo de Andrew, que sólo él conociera. Ahora lamentaba la grieta que había dejado ensancharse entre ellos.

–¿Qué miras, Yanni?

No sabía que mirase algo. Pero de pronto comprendió que miraba por el retrovisor. Algo había atraído su atención.

La forma había cambiado. Una partícula había salido de su sitio en aquella procesión de vehículos. John no había contado los motoristas al empezar, pero la simetría no parecía haberse alterado, aparte de esa cosa fuera de sitio. Esto significaba que un motorista se había introducido entre los demás en alguna curva o estrechamiento de la carretera, y ahora avanzaba junto con el cortejo, pero adelantando a un coche tras otro.

Los demás motoristas parecían considerarle uno más entre ellos, tal vez portador de un mensaje para alguien que iba en cabeza, aunque seguramente la retaguardia estaba en contacto radiado con la vanguardia. Tal vez ahora estuvieran dando advertencias por radio, ya que a John le pareció que los motoristas empezaban a alarmarse, tal vez un poco tarde.

–Miraba eso.

Xenia volvióse a mirar.

–No veo...

El motorista, situado ya al lado del coche de John, estaba demasiado cerca para que ella le viese. La carretera, advertida por la flecha quebrada de que había curvas al frente, traía el pasado y el futuro delante del presente, y John vio cómo dos motoristas aceleraban para emparejarse con el importuno, mientras otra pareja de la vanguardia aflojaban la marcha para retroceder.

John comprendió que no llegarían a tiempo de impedir que el motorista llevase a cabo su misión, fuese cual fuese. El hombre metió una mano en el interior de su

chaqueta de cuero. No buscaba un revólver, ya que llevaba uno al cinto. Los coches eran blindados, y seguramente también los neumáticos. La enguantada mano exhibió una granada.

Los neumáticos no debían ser a prueba de granadas. Un reventón a aquella velocidad en una curva cerrada de la montaña...

El motorista se levantó el casco para tirar con los dientes de la espoleta. John contempló la sonrisa que no era sonrisa, y leyó muerte.

John golpeó rápidamente el tabique de cristal. El chófer, con la vista al frente, señaló hacia delante y se encogió de hombros: la escolta aflojaba el paso. John buscó el botón que hacía descender el tabique. El conductor miró hacia atrás y hacia dentro, sin ver al motorista. Era un hombre impertérrito: nada sino la muerte podía alterar su metabolismo. Cuando se diese cuenta, todo habría concluido. Xenia asió el brazo del joven.

—¿Qué pasa, Yanni?

John se libtó y levantó el pestillo de seguridad y empujó la manecilla de la portezuela. Oyó vagamente un «¡Oh!», y comprendió que Xenia ya lo había visto. El empujón de John y la corriente de aire hicieron girar la puerta con una fuerza tal que la arrancó de los goznes.

La puerta no alcanzó al motorista. Pero se asustó ante aquello que volaba hacia su cara, perdió el control del manillar que asía con una sola mano, y la moto patinó y se inclinó. Arrojó al motorista al suelo, con los dientes aún apretados en la espoleta, y lo dejó tumbado, inmóvil.

La granada huyó de su mano, rebotó y se quedó quieta. John le hizo señas al chófer para que continuase la marcha y arrastró a Xenia al suelo. La inmovilidad concluyó, el coche brincó.

John y Xenia se incorporaron. Miraron atrás. John vio que los otros motoristas, que se hallaban cerca del terrorista, se habían desviado a tiempo de escapar a la explosión y estaban recobrándose de sus propios patinazos.

Por miedo a una emboscada, el cortejo no se detuvo. Un kilómetro más allá, hizo alto el tiempo suficiente para que el Mayor Anagnostis, que iba en el primer «jeep», retrocediese y se asegurase de que el señor DeFoe y la señorita Leandros no habían sufrido daño alguno.

John contempló cómo el chófer reparaba la portezuela. Mientras tanto, no dejaba de mirar a John, y el gruñido parecía surgir de su corazón. Ya no era el hombre sólido e impertérrito. Estaba asustado por la proximidad de la muerte... John tranquilizó al Mayor y le preguntó por el Premier. Papadakis se había apresurado a resguardarse.

—Supongo que el ataque no le habrá asustado demasiado.

—Oh, no.

—Es un valiente.

—Y ya está en Delfos. Fue allí por un atajo.

4

«CONSIDERA EL FINAL»
Quilón.

Habían querido que el Coronel Papadakis apareciese en televisión en el acto inaugural. El maquillaje ocultaba cualquier palidez surgida a raíz de las noticias del ataque. Sus guardaespaldas mantenían la distancia. El Premier se limitó a saludar a los honorables invitados al salir de sus coches y alinearse protocolariamente para subir por la Escalinata Sagrada hasta donde él les aguardaba en el templo de Apolo.

John y Xenia, al final de la cola, se encontraron cerca de un monitor y vieron cómo la cámara de televisión se paseaba por los acantilados de trescientos metros de altura que coronaban el amplio reborde donde se alzaba Delfos, elevarse a las nevadas cumbres del Parnaso, captar un águila que volaba hacia las termas, para volver a descender a la tierra y presentar una masa temblorosa de capullos de almendro, ascender por la Vía Sacra bordeada de pinos, y bajar por los seiscientos metros de acantilado a la pradera gris azulada donde crecían más de un millón de olivos, hasta detenerse en la orilla del mar.

John respiró profundamente, admirándolo todo. Había sido terrible el intento de asesinato, realmente terrible. El Mayor Anagnostis les había dicho que, cuando la policía investigase quién era el fracasado asesino, estaba seguro de que resultaría ser un estudiante o algo por el estilo. John asintió, pero pensando que tal vez se tratase, en cambio, de un agente provocador del KYP, que había tomado su coche por el del tirano.

Un modo simple de entregarle a la Junta varios descontentos con quienes tratar y más motivos para mostrarse duros con los restantes. No había tenido éxito el truco gracias a él. Al menos, había fracasado en parte. El y Xenia estaban vivos. Pero la Junta había conseguido la mitad de su objetivo: otro atentado del que Papadakis había salido milagrosamente ileso.

Volvióse hacia Xenia. La muchacha se había arropado más en su bufanda verde, para resguardarse de la fuerte brisa. También se había tapado los ojos, que parecían enfocar una visión interior. ¿Le había demostrado el atentado acaso que su vida no tenía importancia? ¿Ante quién? ¿Ante los ojos del KYP o de la Resistencia?

Tal vez su pregunta a la Pitonisa debería ser: ¿A qué bando pertenece Xenia? Todos le harían preguntas al Oráculo. Precisamente, el propósito de la inauguración era que la gente supiera que el Oráculo volvía a funcionar.

John estudió a sus compañeros de peregrinaje. Sin contar los encargados de la televisión ni los agentes de seguridad, había unas doscientas personas: diplomáticos, funcionarios del gobierno, industriales multinacionales, espías. Divisó a Kostis Dimitriou y a Varvara Tambouris, a varios rostros populares en los periódicos,

siendo los más famosos los del millonario armador Viron Kontos y su cuarta o quinta esposa, la encantadora Evridiki. También vio a un cardenal negro que estaba junto a Kontos y que miraba a todas partes menos al multimillonario.

–Un momento angustioso –susurró el Mayor Anagnostis al oído de John, con alegría– Como tiene conexiones con Grecia, el cardenal negro representa aquí al Vaticano para demostrar que a la Santa Sede no le asusta que se resucite el paganismo. Cuando el cardenal era más joven, su padre fue el embajador de Mali en Atenas. Hubo algo entre la hermana menor del cardenal, una tal Dalili, y Virón Kontos. Algunos afirman que él la sedujo, a fin de poder echar una ojeada a unas cifras secretas que le dieron la oportunidad de entablar un pacto petrolero con Mali. Este fue el comienzo de la fortuna de Kontos, si hay que creer a los rumores. –¿Y la desgracia de Dalili?

John sintió un encogimiento de hombros o quizá un codazo.

–¿Quién sabe dónde acaban las chicas tontas? –los ojos del Mayor se clavaron en Xenia–. Su familia la repudió, la encerró y luego la facturó hacia Mali. Por lo que sé, ahora está tan gorda como un tambor de la jungla, y es feliz. Ah, veo que el encargado del sonido me mira con dureza a causa de estos susurros. Será mejor que me calle.

El Mayor Anagnostis se alejó, pero al hacerlo presentó su insignia del KYP al encargado del sonido y éste se suavizó al instante, volvió a colocarse los auriculares y jugueteó con el cable. John observó cómo el hombre se entretenía, fingiéndose muy ocupado, durante el murmullo que se elevó cuando un locutor se situó delante del micrófono que estaba plantado en el suelo del templo, al lado del Coronel Papadakis. Esta vez, antes de empezar, el encargado del sonido se aseguró de su presa: pareció vengativamente aliviado cuando descubrió que el presunto culpable era un miembro de su personal.

Obviamente, el presentador se inclinó más hacia su inactivo micrófono. Con las manos a la espalda, jugaba inconscientemente con una sarta de cuentas. John siguió también la mirada del encargado del sonido y aguzó el oído. También oyó un clic-clic-clic-clic.

El encargado del sonido se situó al lado del presentador y le palmeó, pronunciando unas palabras en voz baja. El presentador se envaró hasta la inmovilidad. El clic-clic-clic-clic continuó. John lo comprendió casi en el mismo momento que el encargado del sonido.

Grillos. Los ojos y manos del encargado del sonido hicieron un signo de rendición.

El presentador habló de la magna ocasión, del honor que representaría para el país y el mundo entero escuchar las palabras del Premier. Papadakis saludó a sus invitados, empezó con un fragmento freudiano, asegurando que el país de Grecia había absorbido los grandes conceptos de la democracia, la filosofía y el drama, y siguió perorando, pero John dejó de escucharle.

Los ojos de John contaron las cuentas de la sarta. Veintidós. Extraño. Volvió a contarlas para asegurarse. Igual. Komboloi. De plástico, de cristal de roca, de madera o de ámbar, siempre sumaban un número raro, comúnmente 17 ó 39. Otra cosa extraña en aquellas bolitas: les faltaba un sonido satisfactorio. ¿De qué material estaban hechas que se habían movido tan silenciosamente bajo el ruido de los grillos?

La falta de sonido les quitaba a las cuentas toda la diversión. El puntuante clic de la idea incisiva... el lento y constante clic de los sueños estando despierto... el clic-clic de la cólera o la frustración...

Papadakis había terminado. Ni siquiera era griego para John lo que el Premier había dicho. Después del sostenido aplauso, la cámara siguió a Papadakis en su descenso al santuario.

Ahora todos podían ya hablar, pero Xenia estaba ensimismada. John le cogió una mano. Estaba helada.

—¿Qué piensas preguntarle a la pitonisa?

La joven sacudió la cabeza, obligándose a despertar a la realidad.

—No lo sé. Ya veremos. ¿Y tú?

—Tampoco lo sé. Estoy tratando de averiguar qué deseo averiguar.

Por el monitor, vio a Papadakis penetrar en el santuario y hablar con la pitonisa. El y Xenia se acercaron más al monitor para intentar captar el sonido. No había ninguno. Tal vez fuese porque las preguntas y respuestas eran privadas; la demanda del suplicante y la contestación profética de la pitonisa debían ser confidenciales. Sin embargo, lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos no era más que una demostración. También era posible que hubiesen quitado el sonido por miedo a un fallo, bien por parte de Papadakis, bien por parte de la pitonisa.

John descubrió la figura velada, como envuelta en humo, de una mujer, una joven. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un trípode. Al desvanecerse un poco el humo, surgió la estatua dorada de Apolo. Y aquella piedra en forma de huevo debía de ser el Omfalos, el vientre del mundo. La pitonisa permaneció un momento como en trance después de hablar Papadakis. Por el momento, la médium era el mensaje. Luego habló. Papadakis asintió con expresión intrigada y se alejó.

Cuando salió del templo saludó, y poco después su coche se lo llevó de allí.

Había llegado el turno de los demás. Todos empezaron a avanzar hacia la rampa que conducía al templo. La DBC había pulimentado los grandes bloques de mármol del pavimento, había añadido las columnas que faltaban y había restaurado el techo. Había superficies nuevas en abundancia a fin de satisfacer el ansia de los invitados de estampar sus nombres en las mismas.

John vio al cardenal negro (recordó haber leído que se llamaba Idi Naluji) consultar su reloj de pulsera y fruncir el ceño como ante un conflicto de intereses. ¿Tiempo contra eternidad? El cardenal negro formó parte del primer lote, junto con varios embajadores y los Kontos; Evridiki entró detrás de Virón. Las manos del cardenal colgaban flojas y transversalmente, de modo que sus palmas relucían

pálidamente hacia atrás con el movimiento de los brazos, y su grueso anillo resplandecía con el mismo ritmo.

Mucho dependía del cardenal en el momento de juzgar al Oráculo. ¿Podía estar aún el Vaticano al borde de colocar un toro amenazador en el Oráculo de Delfos? Al fin y al cabo, ¿no se hallaban en el índice las obras de Pausanias, Hesíodo y los demás citados en el Oráculo? Mas, por otra parte, el cristianismo había adoptado ritos y fiestas paganas... como la Pascua y la Navidad, de forma que el Vaticano tal vez esperase cristianizar el Oráculo.

¿Era por esto que el primer papa negro, como llamaban al cardenal, se dirigía ahora a la iglesia pagana?

El presentador se apartó del micrófono, el monitor dejó de funcionar, y el equipo de la televisión empezó a recoger sus trastos.

El grupo del cardenal Naluji salió parpadeando, o con gafas oscuras para protegerse del sol del atardecer. La cola se volvió tácitamente cuando el cardenal se detuvo delante de John y, sacándose el anillo del dedo, se lo entregó al joven.

John trató de mantenerse sereno y esperó que sus ojos no le traicionasen. No alargó la mano para coger el anillo, no intentó besarlo, o cualquier otra cosa que el cardenal deseara. Vio cómo Virón Kontos les miraba.

El cardenal cogió la mano de John y la puso palma arriba. John sintió la presión antes que el peso. Contempló la asombrosa piedra engarzada en oro sobre su palma. El anillo le quemaba la piel con más ardor que el cuerpo del cardenal o el moribundo día.

—No puedo aceptarlo.

—Debe aceptarlo.

La voz del cardenal había pasado por una garganta seca. El bonete rojo parecía un poco ajado, y el mismo cardenal como agobiado bajo un gran pesar.

—La pitonisa me dijo: «Su más preciada Nada sagrada pertenece al primer hombre negro que vea al salir del templo.» Ah, cuando miré aquellos ojos enloquecidos, cuando oí aquella voz de locura, comprendí que me hallaba delante de algo que está más allá de toda razón, más allá de la pura razón, y obedezco sus palabras entregándole a usted mi anillo. ¿Qué simboliza un anillo, sino la Nada que es el Todo? Para mí la cosa está clara: por este medio, el Oráculo de Delfos quiere darme una lección de humildad, como la da el Papa cuando lava los pies de los mendicantes.

—Si lo pone de esta forma...

—Y que atraiga sobre usted todas las bendiciones.

—Gracias, padre.

—Padre no; soy eminencia.

—Lo siento, eminencia.

—Gracias, hijo mío.

Tras inclinar el bonete rojo, el legado a latere se dirigió a su coche. Lentamente, porque deseaba hacerlo rápidamente, John se metió el anillo en el bolsillo. Luego miró a Xenia. Esta inclinó gravemente la cabeza en señal de asentimiento y

comprensión; luego, exhibió una sonrisa misteriosa. Atónito, John contempló a los mirones y todos se apartaron.

Ignoraba qué le diría el cardenal al Papa y qué le contestaría éste al cardenal. «¿Por la palabra de una mujer pagana le entregó usted el anillo a un desconocido?» «Santo Padre, tenía usted que haber estado allí.»

El mundo se estrechó y John vio que él y Xenia estaban ya en el templo. Ningún otro portento había aligerado la espera. Pero la cola avanzaba lentamente, si bien el proceso profético no tardaba más de un minuto para cada suplicante, y ahora por fin John y Xenia estaban ya en los peldaños de granito, en el gran corredor que se internaba en el templo.

Una flecha de neón pulsaba su luz por el muro, la flecha del tiempo destellando una y otra vez, sin saber que el movimiento era imposible, guiándoles hacia la capilla interior.

La figura velada y envuelta en humo de la joven, cruzada de piernas sobre el trípode, ya parecía cansada de tantas respuestas. John tuvo la sensación de unos ojos que restregaban sal sobre las propias heridas. La pitonisa habló en griego, en un tono que pregonaba la premura.

—¿Su nombre?

John miró a Xenia. Esta sacudió la cabeza, fijos los ojos en la pitonisa, de forma casi devoradora.

—John DeFoe.

—¿La pregunta? —de nuevo la prisa. En su oído debía de haber un diminuto receptor enlazado con los bancos de datos. Detrás de los muros se hallaría la computadora, mermada o muda sin la palabra clave de Andrew DeFoe, la palabra, tal vez la frase, que podía destilar inteligencia o acaso aceitosa elocuencia. Existía la posibilidad, en el reino de la fantasía o de la realidad, de que una sabia idiota pudiera efectuar unas conexiones imposibles de realizar para una computadora, como un avisado contador de abaco puede superar al encargado de una máquina de calcular. Pero a la larga, aquel recurso no podría compararse con la ciencia de Andrew DeFoe. Aunque esto no podía destruir el efecto del momento. Era impresionante la manera en que el cardenal Naluji había caído en la trampa.

Vamos a hacerles temblar un poco.

—¿Quién mató a mi padre?

El suelo tembló. Las partículas de polvo y los copos de cal se aflojaron y se unieron al humo que velaba la estancia. Era una auténtica explosión, muy a mano, en el corredor mismo. Un momento mal elegido, sí deseaban aún asesinar a Papadakis. John volvió la cabeza hacia el portal.

El presentador de televisión penetró en la sala. Sudoroso, polvoriento, con un cigarro en la boca, cruzó la estancia hasta el muro opuesto, donde John podía ya adivinar la silueta de una puerta de piedra. Si aquella puerta era realmente de piedra, se necesitaría un contrapeso macizo o una enorme fuerza para abrirla. El hombre llevaba su sarta de cuentas. Pero la sarta parecía haberse acortado hasta la mitad.

Mientras John pensaba en esto y en lo que podía estar haciendo allí el presentador, éste recogió las cuentas en sus manos, las apretó y las arrojó a través de la puerta. John oyó gritos y carreras. La pitonisa estaba sentada arqueada hacia atrás, como en trance, como si su prisa se hubiera acabado. El cigarro relucía en la ahumada sala. El hombre tocó con la punta encendida las cuentas que colgaban de la sarta.

Plástico explosivo. Incluso antes de que el hombre corriera a resguardarse, John empujó a Xenia detrás de la base de la estatua de Apolo y le gritó a la pitonisa que se moviera. La joven continuó sentada en trance. John volvió a gritarle en griego. La pitonisa persistió en su trípode. El mundo explotó de dentro afuera.

5

«CONOCE TU OPORTUNIDAD»

Pittacus.

El tocó tiernamente el bulto de su cabeza y parpadeó. El presentador le había dejado fuera de combate. Le pareció que su desvanecimiento había tenido lugar unos momentos después de la explosión, no con ella. Había un elemento de satisfacción. Si el terrorista deseaba destruir la computadora y ésta se hallaba detrás de la puerta de piedra, la puerta no se había movido ni un milímetro.

La pitonisa continuaba sentada en el trípode, en actitud de trance. Su velo estaba cubierto de polvo, pero ya no daba la sensación de unos ojos que frotaban sal en sus propias heridas. La pobre idiota sabía.

Xenia yacía rígida y retorcida como un guiñapo a los pies de Apolo.

—¡Xenia! —Se arrodilló a su lado.

No. Un pliegue de la bufanda verde cubría afortunadamente el arruinado rostro. No. Le tomó la muñeca. No. Xenia vivía y respiraba un momento atrás. No.

Se agachó de nuevo. Un silbido insonoro de gas se elevaba de la tierra. Vio que la explosión había agrietado el suelo de granito. El gas se elevaba hacia su nariz y su boca. Creyó que le hablaba el Oráculo de Delfos, pero no flotaban palabras en el aire. Volvió a desvanecerse.

El Mayor Anagnostis le estaba sacudiendo rudamente.

—Vamos, despierte... ¿Vio quién lo hizo?

John miró al frente, y la imagen del presentador tomó forma holográfica en el espacio ante él. Le sorprendió que el Mayor no pareciera verlo.

—No.

La imagen se desvaneció. Luego, pensó en Xenia, mirándole tristemente, y deseó poder decir sí. Pero a Xenia no le habría gustado esto. Traicionar al presentador ante la Junta sería sentenciarla a haber muerto por nada.

—¿Lo hizo la chica?

Le sobrecogió el pánico. Se apartó del Mayor, hacia el portal. Su pánico no tenía nada que ver con Xenia. Ni con el Mayor. Ni con él mismo.

El nivel de radiación.

La locura. La única lluvia radiactiva era el débil olor acre del explosivo plástico, que ya se había reducido a un leve picor en la membrana mucosa. Pero el pánico le corroía como al Viejo del Mar.

Radiación. Radiación.

Y la mayor locura era que él estuviese corriendo, no para apartarse del peligro de la radiación, sino hacia él.

El Mayor le asió del brazo.

—¿Adónde pretende ir?

Melas leukos, leukos melas. Dentro de tres días irás a la pitonisa profundamente enterrada, y allí volverás con tu madre.

Las palabras no flotaban en el aire. Estaban en su cerebro. El Mayor no las había oído. La pitonisa no las había oído y menos pronunciado. El Oráculo de Delfos sólo había hablado para su oído, a su oído interno. ¿Locura?

Radiación.

El Mayor aumentó la presión sobre el brazo. Pánico. Tenía que soltarse. Su otro puño salió proyectado e hizo impacto. El Mayor abrió la boca enormemente sorprendido, y cayó, hurgando en la funda de su revólver.

John, de pronto, estuvo en el corredor, trepando y arrastrándose por los montones de escombros producidos por la primera explosión, hasta volver a trepar y salir a la luz del día. Atravesó el pórtico del templo y descendió por la rampa. Los agentes de seguridad habían obligado a los invitados a correr hacia los coches, y la procesión de automóviles se ponía ya en marcha.

Oyó al Mayor que le perseguía, pero el pánico que experimentaba como algo interior le impidió orientarse, utilizándole como una brújula. Estaba ya oscureciendo, pero todavía constituyó un buen blanco, o bien el Mayor tenía muy buena vista y era un excelente tirador.

El proyectil chocó contra su hombro izquierdo y le hizo girar Sobre sí mismo, cayendo por una pendiente. Aterrizó pesadamente y el dolor le impidió sufrir un shock. Volvió a atazarle el pánico y siguió corriendo hacia la negrura de los árboles y las rocas. Hubo más disparos, pero el Mayor ya le había perdido de vista.

Sentía que cada paso le extraía sangre de su cuerpo. Quería detenerse para recobrar el aliento y examinar la herida, pero el pánico no se lo permitía. Corriendo, se desgarró un fragmento de la camisa para aplicarlo sobre la herida. Se le empezaba a nublar la cabeza, aligerándosele como si flotase. Pero a pesar de hallarse más allá de toda resistencia, continuó corriendo.

Se tumbó de espaldas al suelo, y escrutó el firmamento. No era él quien había estado considerando el cambio de forma de las constelaciones. Ignoraba cómo sabía que el escrutador era un Viejo del Mar aferrado al estrato corporal de su cerebro.

Una delgada película de sudor se había congelado en su rostro. Se estremeció bajo la brisa nocturna. Su herida... El pedazo de tola había caído. Se movió débilmente para palpar la herida, pero sólo sintió el fantasma del dolor. La herida se había cerrado. No habla agujero de bala. Había mucha sangre seca en torno al sitio donde había hecho impacto la bala, pero ahora no había ninguna señal de entrada ni salida. Tal vez el Viejo del Mar había tenido la idea de cuidarle.

Volvió a sentir pánico, se puso en pie y echó a correr velozmente, aunque entumecido, cubriendo el terreno en pendiente a grandes zancadas. Después, sólo supo que estaba contemplando una calle y una casa iluminada en medio de otras a oscuras. Y después sólo supo que estaba apoyado contra el marco de la puerta, mirando fijamente a su interior.

El sudor cegaba sus ojos, por lo que sólo veía borrosamente. Vio a tres mujeres que trabajaban en un círculo de luz. Una mujer estaba sentada a la rueca, otra ovillaba en su brazo unos metros de hilo, y la tercera se volvió y le apuntó con las tijeras.

Tratando de pensar en terreno sólido en medio de un terremoto cerebral, le pareció que acababa de penetrar en otro mundo, en otra época. Luego vio en las paredes una exposición de alfombras, mantas y bolsas, y supo que se hallaba en Arachova, la aldea tejedora cerca de Delfos. Habló la de la rueca.

–*Mazotheke to koubar'tou.*

Hubiese querido decir como respuesta: «No soy un huido.» O como pregunta: «¿Lo soy?» Pero tenía la lengua demasiado seca e hinchada. Los rostros de piedra convirtieron su cara en piedra, pero las mujeres debieron leer algo en sus ojos. Le dieron un pedazo de pan, una tajada de hígado y media botella de resina, y le empujaron fuera sin tocarle.

–Vete.

Se fue.

Su pánico le obligaba a comer y beber de prisa. Pero se sentó obstinadamente en un puentecillo del camino y comió y bebió, mientras el Viejo del Mar musitaba en su cerebro. Cuando terminó, llenó la vacía botella con agua del cercano arroyuelo. Luego, corrió a través de la noche, y su pánico le hizo recuperar el tiempo perdido.

El amanecer incidió en la cumbre del Parnaso mientras John descendía por las últimas laderas. Los caminos le llevaban hacia el mar. El sol ya empezaba a dar calor. Los miembros de los árboles susurraban bajo el impulso de la fresca brisa, que también balanceaba la verde hierba, pero él no podía descansar bajo aquella deliciosa sombra. No era suyo aquel pánico, y por eso le impulsaba con más ahínco, con más ardor.

Continuó buscando algo por el camino que le ayudase a comprender adonde iba. Tal vez cuando llegase sabría por qué se hallaba allí. Enigma, intriga. Dentro del segundo día irás a la pitonisa y allí volverás con tu madre. El Oráculo había hablado de tres días, pero fue ayer.

Negro blanco, blanco negro era muy fácil. Igual que en el enigma planteado por la Esfinge a Edipo, la respuesta era Yo mismo. El era el huérfano blanco y negro que los DeFoe habían adoptado en Grecia y habían llevado a Salem, Massachusetts. Seguro que los bancos de la computadora contendrían esos datos.

La explosión había dejado sin habla a la pitonisa antes de que pudiera responder. Pero la profecía había dicho algo más y estaba cumpliéndolo. John volvía al mar. El vasto mar gris donde su padre había muerto, al parecer, era la madre de todo.

Negro blanco, blanco negro. Examinó su mano mientras corría, dándole vueltas. El negro de mi mano para mí. Tuvo la fugaz visión de un delfín saltarín. Los delfines eran negros por encima y blancos por debajo. El delfín sufrió una muerte de arco iris.

¿Era la Phthia profundamente enterrada real o significaba la muerte? Sócrates soñó que se le aparecía la imagen de una mujer, rubia y encantadora, envuelta en brillantes rayos, la cual le llamó y le dijo:

—Oh, Sócrates, dentro de tres días irás a la Phthia profundamente enterrada.

Sócrates, que sabía que phthein significaba «fallecer», analizó su propio sueño.

John meneó la cabeza cansinamente. ¿Fue Sócrates u Hornero? Sócrates. El de Hornero era otro enigma. ¿Cómo era? Muchos siglos atrás, el viejo Tío Hornero halló a unos muchachos que volvían de pescar en una balsa.

—Lo que pescamos lo arrojamos; guardamos lo que no pudimos pescar.

¡Benditos granujas! Al pobre Tío Hornero se le rompió un vaso sanguíneo por no poder resolverlo. La respuesta era phtheir: «piojo.»

¿Tienes que atormentar tu cerebro con estas simplezas? ¡Claro, Phtheir! Es a Phthia hacia donde nos encaminamos, y Phthia es real. Y es phthein si no llegamos a tiempo.

—Bien —John se paró en seco—. La cuestión es: ¿eres tú real?

Claro. Otra vez el pánico. Estamos perdiendo el tiempo.

¿Se cerró la herida o sólo me imaginé que la había tenido?

Se cerró. Vamos, andando.

John quitó el pulgar de la botella.

—Sólo me voy a Phthia, bueno será beber agua.

Tomó un sorbo. Estaba caliente por el sol y amarga por regusto a resina, pero la bebió ansiosamente. Se secó la boca.

—De acuerdo. Explica.

Si al menos avanzases...

Si al menos lo explicases...

Diablos, esto sólo lo había dicho en su cerebro, y la cosa le había contestado.

Naturalmente. Si sigues avanzando y dejas reposar tu cerebro en sosiego, te lo explicaré.

Con un suspiro, John siguió avanzando.

Phthia o Aquea Phthiotis, el reino de... sí, ya veo que conoces el nombre... el reino de Aquiles, era un distrito de la Tesalia que tenía una llanura costera en el golfo de Pagasea. Hoy llaman a esa bahía el golfo de Volos. El lugar que buscamos está en el mar. Tú no lo conoces, pero los mapas y los planos que has contemplado durante tu breve existencia siguen en tu mente. Por tanto, yo he conseguido descubrir el lugar. Está a 39° 10' de latitud norte y 23° V de longitud este. Naturalmente, he tenido en cuenta el desplazamiento de la eclíptica y el movimiento hacia el norte de la planicie africana.

Naturalmente. Pero ¿por qué deseamos ir a ese lugar del mar?

Radiación.

El pánico inundó el pensamiento.

Fue lo único en que pensé: antes o después, los termonucleónicos hallarían la Tierra; pero aquí se produjo su génesis antes de lo que pensaba, y la lluvia radiactiva ha sido muy intensa. Mi nave espacial está en ese lugar. Ya veo que no

conoces el sitio de la colisión ni la función distribuidora de los materiales y las partículas en cuestión. Te bastará con saber que mi nave espacial está muy caliente. Muy caliente. Debo encontrarla y llevármela a mi patria antes de que explote.

¿Quién eres tú? ¿Qué eres tú? ¿De dónde vienes?

Sigue avanzando. El lector ya sabe todo esto.

¿El lector? ¿Qué lector?

Llegará el día en que alguien redactará este episodio, y, por un determinismo de cuentista, detallará mis orígenes en un prólogo. Y para el lector, al llegar a este punto, el prólogo ya ha pasado.

Un momento. ¿Cómo sabrá él escritor lo que ha de poner en el prólogo si tú no lo dices ahora?

Porque él lo soñará y sabrá ordenarlo mejor. Este es su trabajo. ¿Por qué no dejar que se gane su dinero? A ti te basta con saber que yo soy un gas...

¡Un gas!

Un gas noble. Lo que vosotros llamáis en la Tierra ekaradón, un isótopo del elemento 118, rico en neutrones. Mi estructura resiste la fisión espontánea, y soy inmune a otras formas de descomposición. Hace miles de millones de años que vivo...

Un momento. Tú tienes razón, pero ¿y yo? Yo soy John. ¿De qué le sirven esos neutrones a mi pobre cuerpo?

No temas, John. Yo genero estasisitrones. Y éstos mantienen el statu quo, una piel de igualdad, en la intercara. Pero... pánico... sigue corriendo, John.

Corrió durante una tarde color ciervo. Ya hacía tiempo que había agotado la reserva de agua y le quemaba la garganta, y la boca le sabía a bilis. Atravesó el país corriendo hacia Lamia. El gas le había dicho que desde allí cogerían el tren, el autobús, o alquilarían un coche hasta Farsala y desde allí a Volos. John le había dado las gracias al gas, y había empezado a pensar que tendría que llevarlo durante todo el camino. Lo bueno era que el gas destruía las ampollas tan pronto como se formaban. Un gas noble. Sacudió la cabeza.

Delicadas enredaderas festoneaban los árboles. La gente del país las llamaban Rucas de Nereida. Al pasar, arrancó una gran aceituna negra Anfisa. Se inmovilizó con la oliva y su alma entre sus dientes.

Al principio pensó que se trataba de un oliverero empuñando la pistola. Pero al levantar los brazos, se preguntó cómo un agricultor podía poseer una pistola de asalto soviética, marca «Kalashnikov».

Sus ojos fueron de la pistola al hombre. Y obtuvo la respuesta. Aquel individuo se parecía a Che Guevara.

John escupió la aceituna, tratando de no escupir también su alma. ¿Qué podía decir? ¿Que deseaba unirse a la lucha contra la Junta? ¿Que sólo pasaba por allí casualmente?

El Che no le preguntó nada, sino que se limitó a gesticular con la pistola.

Todos se parecían al Che. Acampaban en una grieta de la montaña. El demonio del mediodía les había tenido furiosamente aburridos. Y parecían contentos de ver que el centinela había atrapado a alguien. Su captor le empujó hacia el Che jefe, que estaba sentado, engrasando su «Kalashnikov», mientras otro par de Ches registraban a John.

Le vaciaron los bolsillos, arrojando la cartera y el anillo al Che jefe. John se sobresaltó. Se había olvidado del anillo del cardenal. Le obligaron a sentarse y le maniataron. El Che jefe estudió los papeles de John y luego su rostro. Señaló el radio que tenía al lado.

–Han lanzado la alarma por ti, camarada Yanní –Che jefe se puso el anillo y levantó la mano para admirar el efecto–. Bien, nos quedaremos con esto para la causa. Y con tu dinero. Más tarde decidiremos qué hemos de hacer contigo.

Ya lo habían decidido. Conferenciaron entre sí respecto a la tarea de despejar algún trecho de terreno para formar un embarcadero. Dentro de unos días, tenían que recoger el envío. ¿En qué consistiría, en armas o en heroína? No se molestaron en decirlo porque ya lo sabían. Pero hablaron demasiado. Sí, hablaron con demasiada libertad delante de él para que no hubiesen decidido ya matarle.

Naturalmente, comprendía su postura. Si le dejaban en libertad y la Junta lo apresaba, le obligarían a hablar. Una vez un individuo empezaba a hablar con el Mayor Anagnostis ya no podía parar hasta haber cantado la última nota. Por tanto, John podía delatarlos, explicar su situación, sus planes...

Volvió a sentir pánico.

John, no podemos estar aquí sentados. El tiempo gotea.

Querrás decir que vuela. No, gotea.

El gas fabricó un modelo de clepsidra en su mente.

¿Lo ves? Un reloj de agua.

Cuidado, chico. No necesitamos agua en el cerebro. Mira, esto es como perder una conferencia telefónica por hablar de la mala comunicación. A mí me tienen maniatado. Por tanto, es cosa tuya.

Está bien, John.

El gas surgió de su interior. John suspiró silenciosamente.

Libre para meditar en sus ideas. Libre para ser él mismo. Si al menos fuese libre para cortar las cuerdas y correr...

Vio adonde había ido el gas: al jefe. La frente del Che jefe se plegó y desplegó como un acordeón. Se puso de pie sin querer y, luchando consigo mismo, apuntó con su pistola a los otros. Con voz ahogada les ordenó bajar los brazos.

Obedecieron lentamente. Una bala que se hundió en el suelo a sus pies les apresuró. El Che jefe tomó la pistola en la mano izquierda, con el índice en el gatillo, y procedió a quitarles las armas uno a uno, rompiendo las culatas contra una roca. Los ojos de los Ches oscurecieron el aire con dagas.

John se retorció para aflojar los nudos. Mientras estaba aún tendido, se le ocurrió la idea de que el gas ya no le necesitaba. Podía llevarse al Che jefe y abandonarle a él con los demás.

Dio media vuelta a tiempo de ver al Che jefe dirigirse hacia él. El dedo del Che jefe tembló en el gatillo. Pero desvió el arma y cubrió a los otros mientras sacaba un cuchillo para cortar las cuerdas.

John se puso en pie, entumecido. Le pareció que el gas volvía a penetrar en su organismo. Che jefe mantenía la pistola un poco apartada.

Vamos, John, coge la pistola.

No tan de prisa. Déjame desentumecerme.

El gas volvió al interior del Che jefe y John dejó que el hombre permaneciese de pie sosteniendo el arma hacia él, con un enorme furor inofensivo, mientras él se frotaba las muñecas y flexionaba los dedos. Algunos de los otros parecían dispuestos a saltar sobre su jefe.

John le quitó la pistola y retrocedió rápidamente, cubriéndolos a todos.

¡Libre al fin! ¡Libre para echar a correr!

Ya era hora de moverse, antes de que el gas volviese a poseerle. Pero sentía una terrible angustia, como unos enormes celos. Tenía el honor (si era la palabra adecuada) de haber asistido al principio. ¿Por qué debía otro gozar (si era ésta la palabra adecuada) de asistir al final?

Sería interesante ver qué forma tenía la nave espacial. Además, ¿qué otra cosa podía interesarle? Sus padres habían muerto. Xenia había desaparecido. El carecía de lazos de afecto o de deber. Era libre. Lo mismo podía correr hacia Phthia que a otra parte. Era libre de verlo todo.

Se acercó al Che jefe para facilitarle la tarea al gas.

Sintió cómo penetraba en su interior.

¿Todo bien, John?

Todo bien, gas noble.

Entonces, vamos, John.

Sólo un momento.

Tendió la mano hacia el Che jefe.

Temblando ahora más de rabia que antes, puesto que ya se hallaba bajo su propio control, el Che jefe le devolvió la cartera y el anillo.

Y John echó a correr de nuevo.

6

**«LA MAYORÍA DE LOS HOMBRES
SON MALVADOS»*****Bias.***

Más de una vez, en el tren desde Lamia a Farsala y en el autocar desde Farsala a Volos, deseó tener la pistola en su poder. Antes de llegar a Lamia la había escondido bajo un montón de piedras.

Se había lavado, se había comprado un sombrero para disimular el cabello, se había comprado una camisa, unos pantalones y unos zapatos. Pero a pesar de aquellas prendas nuevas, a pesar de sus esfuerzos para que no parecieran nuevas, sabía que resultaba demasiado visible. El cinosuro, el foco de los ojos de Argos.

Si alguien le había reconocido por la descripción radiada, nadie le había denunciado aún. Pero en algunas ocasiones le había parecido que un granjero o un ama de casa le miraban disimuladamente, hasta que al final todo el vagón se transformó en un árbol navideño de ojos acusadores y un clamor de voces. Se decía constantemente que era el gas quien debía librarle de todo. Pero también deseaba constantemente la pistola. No necesariamente para utilizarla, sino para tenerla. Fállico, chico, fállico.

Bien, John. Sigamos.

Ya lo sé. Dentro de un día volveré a mi madre.

Descendió hacia el puerto. En una franja de playa fangosa, halló a un muchacho que trataba de atrapar un palo a la deriva con el asa de una vasija rota. El chico había atado el asa a una cuerda, había colocado el palo sobre la suave arena a un palmo de una línea que había trazado, y permanecía detrás de una línea paralela, a un par de metros, arrojando la cuerda.

El chico miró a John con ojos calculadores, pero al ver que éste sólo le concedía una ojeada al pasar, volvió a concentrarse en el palo que intentaba coger. El gas salió mientras caminaban.

John mantuvo su mirada en el golfo. Volos se hallaba a la entrada del mismo. El joven podía ver la extensa bahía por ambos lados. Bien, en algún lugar de la misma...

El gas creó la imagen de una cara de hombre, y el nombre y el aspecto de la taberna donde se hallaba la cabeza.

El hombre que necesitamos es Faetón Zora. Tiene fama de alquilar su esquife para aventuras misteriosas y pasar cosas de contrabando.

Había muchas tabernas, a menudo con los nombres descoloridos, y todas parecían iguales. John pasó entre dos objetos que colgaban, secándose al sol: una red y un pulpo. Un pescador de esponjas, más viejo que sus años, estaba extrayendo a golpes la arena de las esponjas, limpiándolas, mojándolas y metiéndolas en sacos. Tenía un sarpullido de las anémonas que viven en las

esponjas. Su oficio de buzo le había dejado sordo y no oyó a John cuando éste le preguntó el camino.

Siguió la sombra del joven, asintió y volvió a su trabajo. John intuyó que el gas formaba como una conexión entre su propia mente y la del pescador de esponjas. El sordo pareció estremecerse ante su súbito oído y su brazo tembló al indicar el camino.

John penetró en la oscura sala. El gas apresuró la tarea y descubrió al momento a Faetón Zora, solo en su mesa. Le pareció bajito a John, pero era bastante alto.

En otras mesas había varios hombres sentados, hoscos. La Junta había prohibido su favorito juego de cartas, el koumkan, y había fijado una multa por romper la vajilla. Nadie se atrevía a hablar de política, y el tiempo no daba mucho de sí como tema de conversación. No había nada que hacer, excepto escuchar música y beber.

John compró una botella de metaxa, pidió dos vasos, fue hacia la mesa de Faetón Zora, y fingió buscar una silla vacía, para darle tiempo a Zora a fijarse en él. El rostro de Zora no expresó curiosidad. Le indicó silenciosamente una silla al joven.

Cuando la botella quedó vaciada en sus dos tercios, John fue directamente al grano.

–Usted tiene una barca.

–Y en mi vejiga hay agua bastante como para flotar. Hasta luego.

Se levantó y se alejó. John estuvo sentado un instante y al fin se levantó y siguió al otro, al final del edificio. En un rincón había un retrete de arcilla, y de un gancho del muro colgaban retazos de periódico.

La muerte de Xenia Leandros le asaltó desde uno de ellos. Lo leyó mientras Zora orinaba. Un terremoto, un leve temblor de tierra, había conmovido Delfos, pero la joven había fallecido de un ataque al corazón y no por la caída de ninguna piedra. El kapetanos se subió la cremallera del pantalón.

–Bien, aquí podemos charlar. Yo tengo un esquiife. ¿Usted desea salir al Pagasitikos Kolpós?

–Al golfo de Volos, sí.

–Es un gran golfo.

–¿Puede navegar hasta la latitud 39° 10' norte y 23° 1' de longitud oeste?

Las sinuosas cejas de Zora se fruncieron mientras consultaba un mapa mental.

–Eso queda fuera de Palaio-Trikeri. ¿Piensa bucear allí?

John asintió sin saber por qué.

El kapetanos entrecerró los ojos.

–En Palaio-Trikeri el agua tiene una gran profundidad de más de cincuenta metros.

Zora se inclinó hacia él.

–¿Quiere saber una cosa? –prosiguió.

John se encogió de hombros.

Zora enderezó su espalda.

–Si se trata de buscar algo de los viejos tiempos...

Gesticuló, dando a entender que no quería saber nada del asunto.

–No se trata de eso.

–Al menos, eso es un punto a su favor. Un observador arqueológico griego tiene que acompañarle a uno cuando alguien quiere sumergirse en busca de tales cosas. Sin embargo, sigue sin gustarme. Un extranjero que alquila una barca para bucear ha de atraer la atención oficial.

John buscó en sus bolsillos (aún no estaba acostumbrado a sus pantalones nuevos) hasta encontrar el anillo del cardenal, junto con su cartera, y naturalmente volvió a guardárselo rápidamente, pero no tanto que Zora no hubiese vislumbrado un destello de la piedra engarzada en oro.

Contó doscientos dólares.

–Los oficiales ya tienen bastante trabajo. ¿Por qué hemos de molestarles por un día de submarinismo?

–¿Un día?

–Hallaré lo que busco mañana o nunca.

Zora cogió el dinero.

–No me importa ayudar en un asunto honrado. Por otra parte, no le pregunte a nadie si puede ir. Alguien podría negarle el permiso. Bien, esta noche a las diez lleve su equipo al pie del muelle. El esquife estará a punto.

John pasó el resto del día y se gastó el resto del dinero adquiriendo un equipo de submarinista. Cuando el coche se aproximó al muelle, John contempló el esquife azul con la curiosidad del gas. Por su parte, parpadeó ante el óculo, el ojo de Dios, pintado en la proa de la embarcación. Era una barca motora, de aspecto tosco, en forma de balandro, baja de borda, con la proa aguda y la popa muy redondeada. El taxista le ayudó a llevar su equipo a bordo del esquife.

Como la mayoría de dueños de barcas, Faetón Zora tenía un cuchillo de mango negro siempre a mano para clavar cualquier cosa al mástil. Con una mirada al taxista, lo hundió en el palo, y el conductor se marchó como alma que lleva el diablo.

i

El agua burbujeó en la boca del depósito, Zora quitó la manguera y la colgó en la boca de riego del muelle. Ya había llenado de gasolina el tanque de la barca, por lo que no tardaron en aparejar y hacerse a la mar. La embarcación jadeaba bajo la brisa del sur, pasando por entre las luces de los yates y embarcaciones costeras amarradas al dique.

Zora la mantenía en los 180° y lentamente, la obscura mole del Pelión ascendió hacia el cielo por el sudeste. Al cabo de dos horas, John se ofreció para llevar el timón, pero Zora negó con el gesto. La barca continuó taladrando la noche.

El gas estudió las estrellas. La risa de Zora despertó a John.

–Nunca había visto a un hombre dormir con los ojos abiertos.

Le mostró a John por dónde debían girar. John volvió a despertarse cuando Zora paró el motor. Todavía era de noche. Las tres de la madrugada según el reloj subacuático que había comprado. Hoy volveré a mi madre.

El chapoteo del ancla rompió el mortal silencio. Zora señaló el puerto.

–Palaio-Trikeri.

John sólo vio la masa del Pelión; luego, el gas divisó unos bultos rocosos en el agua a unas millas de distancia.

Zora se orientó mediante dos objetos de la costa y volvió a efectuar la comprobación un cuarto de hora más tarde para ver si la embarcación arrastraba el ancla. Luego, cayó dormido al momento.

John estaba otra vez estudiando las estrellas.

¿Puedes ver tu estrella?

¿Alpha Phoenicis? No a esta latitud, John.

¿Nostalgia?

Sí y no, John.

¿Cansado de la Tierra?

Sí y no, John.

Eres ambiguo, ¿eh? ¿Te estás burlando de nosotros?

Sí y no, John.

Bueno, seguro que te has divertido con la Casa de Atreo. Una vez Aireo hubo matado a los hijos de su hermano Tiestes, sirviéndoselos en el banquete como plato exquisito, Tiestes te pidió consejo. Tú le aconsejaste que violara a su propia hija y así tuviera otro hijo que le vengase.

Egisto, como recordamos.

Exacto, gas noble. Y cuando este hijo, Egisto, hubo asesinado a Atreo y después a Agamenón, el hijo de éste te pidió consejo. Tú le ordenaste vengar a su padre matando a Egisto. Buen truco, noble gas: trazaste un círculo completo en torno a Atreo.

Yo no hice nada, John. Fue la Casa de Atreo la que lo hizo todo.

Sí y no. Tú diste los consejos.

No censures al instrumento, John.

¿Un instrumento que piensa? ¿No había respuesta a sus respuestas? Y pensándolo bien, ¿no somos nosotros los instrumentos del instrumento?

John, lo miramos de forma distinta. Si piensas que has de reñirme, está bien, hazlo. Pero me gustaría que no nos separásemos ahora.

¿Eres capaz de decirme que abandonas la Tierra, dejándola mucho mejor de lo que la encontraste? Sí y no, John. Me rindo.

Al amanecer se desayunó con una pastilla de chocolate poco dulce, rechazando el ofrecimiento de pan, queso y vino que le hizo Zora. Le habría gustado calentarse corriendo por la arena, pero prefirió correr donde estaba. Se sentía en forma. La herida no era más que el fantasma de un recuerdo y el fantasma de una cicatriz. Pese a la poca luz reinante todavía, Zora miró fijamente a John cuando éste se quedó en bañador. Su larga carrera le había dejado sin una sola onza de grasa, y su carne parecía áspera al frío aire matinal.

Zora estaba entre los montantes, contemplando los ejercicios de John o mirando hacia alta mar, muy pensativo. Su pulgar rascaba la pintura de la barca. Más que un rasguño parecía una hendidura. Debía de haberla hecho durante las muchas horas pasadas al timón. Cuando sus ojos se encontraron con los de John sacudió la cabeza y se acarició la cintura. Pero este gesto no engañó a John; aquel marinero era muy musculoso y lo sabía, John se secó con la toalla y la dejó sobre su espalda mientras verificaba el equipo. Había elegido un traje de volumen constante, y el casco y la máscara formaban parte del mismo. Su pulmón acuático tenía un regulador con una reserva de aire. Las aletas le cubrían todos los pies para protegerlos contra los erizos, las rocas y el coral. Llevaba tres cilindros, cada uno de siete litros de aire de capacidad y una presión de doscientas atmósferas.

Verificó la presión de los tanques y las válvulas. Comprobó el cinto, la hebilla. Pasó la correa por los depósitos y la cerró. Tapó el regulador de entrada de aire con el pulgar y aspiró a través de la boquilla. No pasaba el aire. Bien. Apartó el pulgar y sopló briosamente a través de la boquilla para quitar cualquier sustancia pegada a las válvulas. Abrió la válvula del tanque para quitar cualquier resto de arena o polvo del orificio. Verificó la entrada del regulador en busca de algún signo de bloqueo. También comprobó el tubo del aire en busca de grietas o daños. Alineó el regulador de aspiración con la salida del tanque y se aseguró de que el cerco metálico estaba en su lugar, con los tubos apuntando hacia arriba. Apretó la válvula del regulador fuertemente. Abrió la llave del aire, dándole la vuelta en dirección contraria a la de las manecillas del reloj, y luego le dio media vuelta en sentido contrario. Respiró por la boquilla varias veces para asegurarse de que el regulador funcionaba. Por fin cerró la Válvula del tanque.

Zora sacudió ligeramente la cabeza y John comprendió que pensaba en los pescadores de esponjas, que se zambullían sin tomar tantas precauciones. John también pensaba en los pescadores de esponjas, pues había visto de qué modo los dejaban tullidos los calambres.

Se metió en su traje de volumen constante. Luego quitó el cartucho de CO₂ de su Mae West. Hizo funcionar varias veces el detonador para asegurarse de que no fallaba el percutor. Engrasó el cartucho con silicona y lo insertó. Luego infló el chaleco con su respiración y buscó las posibles grietas. Satisfecho, lo desinfló y se lo puso.

Mientras tanto, Zora había sacado sus prismáticos, mirando atentamente a la lejanía. Pareció contento de no ver nada en la tierra ni en el mar.

John echó una cuerda por la borda, tras hacerle nudos cada tres metros aproximadamente para señalar las paradas de descompresión. Ató un cuchillo, metido en una funda de latón, a su pierna. La hoja de acero inoxidable tenía un filo aguzado en un borde en tanto el otro estaba aserrado. Lo ató a su funda con un cordel, y luego ató un calibrador de profundidad a su muñeca izquierda. Llevaba un puntero que indicaba la profundidad máxima a que se llegaba en una inmersión y un calibrador especial que calculaba el residuo de nitrógeno en las sucesivas inmersiones. En la muñeca derecha anudó la correa del reloj submarino, con

despertador para avisar el momento conveniente para iniciar el ascenso y un chatón de tiempo para tener conocimiento de la duración de la inmersión y poder medir los períodos de las paradas de descompresión.

Zora le ayudó a colocarse la Scuba. Ajustó las correas para que encajase cómodamente, con el regulador dos centímetros debajo de la nuca, cuando echara la cabeza atrás. Comprobó la válvula de reserva de aire para asegurarse de que funcionaba libremente. La dejó en posición hacia arriba. Se mojó las aletas para que le resultase más fácil ponérselas. Acto seguido se calzó los guantes con las palmas de cuero, de color oscuro para no atraer a los peligrosos escualos. Se ciñó el cinto lastrado. Volvió a verificar la llave del aire para asegurarse de que estaba totalmente abierta. Escupió en la máscara.

En su mente escuchó una carcajada.

¿Supersticioso?

John no se molestó en pensar una respuesta. Frotó el vidrio por dentro cuidadosa y prolijamente y lo lavó con un poco de agua.

Ya, para que no se empañe. Lo siento, John, pero he visto a algunos pescadores que escupen en sus cebos y pensé que...

Pensaste... Eres muy impaciente. Y eso, al cabo de casi dos mil años de espera.

Dejó en posición la boquilla y se puso la máscara. Ya estaba listo para bajar. Se zambulló de espaldas: lanzando un suspiro, se sentó en la borda, de espaldas al agua, asentó firmemente la máscara y la boquilla, y rodó hacia atrás. Instantáneamente desapareció bajo el agua.

A unos metros bajo la superficie sintió cierta presión en sus tímpanos. Se aclaró los oídos tapándose la nariz y soplando por ella. Miró hacia arriba. El sol era como una llama a través de un vino espeso. A los diez metros volvió a despejarse los oídos. Poco después, se le inundó la máscara. Era del tipo autopurgante, con una válvula de sentido único en la placa. Inclino la cabeza y soplo por la nariz. La máscara se aclaró.

Trató de descender a menos de veinticinco metros por minuto para evitar que se comprimiese la máscara. Pero a medida que descendía, la presión pegaba la máscara contra su cara. Soplo ligeramente por la nariz para nivelar la presión. La máscara se despegó.

El rojo se desvaneció de la luz, después el naranja y finalmente el verde. El mundo era sólo de color gris azulado.

Empieza a mirar, noble gas.

A tal profundidad sólo podía permanecer períodos de cinco minutos.

De acuerdo, John. Empezó a mirar también él, escudriñando el fondo. A su izquierda avistó lo que parecía un artefacto.

¿Es aquello?

Sin aguardar la respuesta del gas, se encaminó al lugar indicado. No era más que un antiguo pecio. Los gusanos se habían comido el casco, dejando un cañón, piedras, vasijas y un par de anclas.

Vamos, John. Debe de estar más al oeste.

Su cuerpo siguió la mirada del gas. Al oeste no había nada. Fue hacia el este. Al norte. Al sur. Efectuaron una vuelta de cien metros.

¿Estás seguro de que funciona adecuadamente tu sistema de guía por inercia?

Estoy seguro.

Pero sabía que el gas sentía ya pánico.

He de estar seguro.

Obligó al gas a mirar el reloj.

He de subir, si no quieres tener que pasar por las paradas de descompresión.

¡Allí está!

Parecía más pequeño de lo que había supuesto, y sabía que aun lo era más de lo que aparentaba. El agua aumenta los tamaños; un objeto situado a cuatro metros de distancia parece estar sólo a tres. De cerca, no era mayor que lo que parecía, una urna antigua. Pero no era de barro, y en lugar del cuenco abierto para mezclar el vino con él agua, tenía una tapa. Fuera cual fuese el metal, la electrólisis no lo había disuelto. No había crustáceos ni caracoles pegados al objeto. Parecía muy pesado; demasiado, para izarlo a la superficie. Pero a menos que su materia tuviese el peso de una estrella enana... No lo tiene.

Sería fácil aparejarlo y levantarlo. La concha de la nave era como un emparedado. La capa exterior era permeable hacia dentro a fin de permitir una recarga de la radiación, que era el combustible indispensable. La capa intermedia era una esponja de radiación. La interior era impermeable, para proteger al ocupante.

Ya estaba camino de la cuerda. Tiró de la misma y Zora la hizo descender más. John ató la cuerda al extremo más estrecho de la urna. Se quitó al cinto lastrado y lo ciñó en torno a la cuerda, tiró de ésta y se elevó hacia la superficie.

La urna le pasó en el camino hacia arriba. Se mantenía, por su parte, a un promedio de ascenso de veinte metros por minuto. De ir más despacio, habría absorbido más nitrógeno. El ir más de prisa sólo le aportaría una embolia y calambres. Antes de desaparecer en lo alto, la urna adoptó la apariencia amarillenta del ámbar.

¡Cómo se abrieron los ojos de Zora! Con sólo que contuviera oro y plata, aquella urna debía de valer una fortuna. Habría que pensar en ello. Zora era un hombre peligroso.

No sentía fatiga en el brazo ni en los músculos de la espalda a causa del trabajo de haber atado la urna, ni tampoco en sus piernas por el pataleo constante. Probablemente no tenía una concentración muy elevada de nitrógeno en sus tejidos. Pero para no correr riesgos, se detuvo a unos tres metros de la superficie para respirar normalmente.

Afloró a la superficie y se dispuso a subir a bordo. Zora se inclinó y alargó una mano. Zora, ante la extrañeza de John, no dio muestras de asombro. —¿Es esto? ¿Una sola pieza?

John asintió. El gas fijó su mirada en la urna mojada que estaba en la barca y su mente se sintió tan eufórica que dejó de vigilar a Zora.

Despertó lentamente, balanceándose en el fondo. El aire tenía un fuerte sabor metálico. Pero esto no le quitó su sensación de bienestar. Miró hacia abajo. Zora había anudado el cinto lastrado a sus pies y había destruido la Mae West. ¡Qué tonto! Los pesos del lastre pertenecían a la cintura, no a los pies.

Se inclinó para coger el cinto y sacar los pesos de las bolsas. Cayó de cara. Era gracioso. Zora también le había atado las manos a la espalda, probablemente con el mismo cable de cobre. Rodó sobre sí mismo y se sentó. Miró a su alrededor.

Había desaparecido el cable del ancla, así como el esqui y su sombra. Distinguió el hoyo causado por el ancla. Zora le había traicionado, y en el laberinto de su mente sentía un gran pánico. Pero la euforia que le invadía superaba las pulsaciones de sus sienes. En aquel mundo gris azulado se sentía feliz, como en su propio hogar.

John, ¿quieres morir?

Ah, su antiguo amigo el Viejo del Mar.

Bien venido a bordo.

Su reloj les advertía desde la muñeca derecha que era mejor emprender el ascenso, y sin duda el calibrador de profundidades también le gritaba respecto al residuo de nitrógeno. Pero en aquel momento tenía que proferir un leve reproche.

¿Por qué dejaste que Zora me golpeará, me lastrara y me arrojara por la borda?

Tu reflejo, cuando él te golpeó, fue mantener la boquilla en su sitio. Yo no pude salir por tu máscara con la debida rapidez para impedir que te atara y te arrojase.

¿Por qué no peleaste con mi cuerpo?

No pude apoderarme de tu mente. Todo resultó demasiado caótico. Todavía no has vuelto del todo en tú Tu envenenamiento de nitrógeno me está obstaculizando. Tienes que serenarte si quieres que use tu cuerpo.

Creo que te llamaré Albert Ross.

John...

—Bueno, sólo pensaba en ti. ¿Cómo te trata él mundo, AI?

Sentía que volvía a estrecharse su campo consciente. Pero era gracioso contemplar aquel espacio y tiempo en miniatura. Era posible ver cómo se apretujaba la posibilidad para pasar a través del esfínter del Ahora...

Un delta esclavo obstruye al otro bajo la atracción gravitatoria del tiempo. El futuro se está descubriendo de prisa, el futuro descubre el pasado. Lo exterior no tiene suspensión, la teodicea es un lazo en la nada, el Zeno absoluto. Ágata se declina agatón. Por aquí a la salida. Eorge Ashington y su mami... Cierra la puerta de Barnum, deja el recinto abierto con la letra...

John, estás soñando.

En los brazos de lo amorfo, AI. Pronto más energías. Pitágoras no pudo disparar con guisantes. El remate de la honda epsilon es trivial. No diferencio la arenisca del granulado. Los sacerdotes con sus pneumos y los soldados con su corporalidad. La pregunta es por qué Napoleón planteó un enigma a la Esfinge. El talón de Aquiles era su leyenda. En Waterloo no tuvo un orinal donde orinan

John...

Ahora no, Al. ¿Dónde estaba? Por el oeste de Zeus. Melas, Masa. Son las cosas que olvidas aquellas en que tienes que pensar; Cora, Xenia... Olvidas el factor de una mano, como el superidiota, pega a un Hornero. Psiquis, Dique, Nique, Perro, haz que una tangente localice mi clave. Andrew dijo: la marca del Zorro vive. Dale un futuro como presente alejado. Gibosa esta noche nuestra novia nocturna. Cora. Un ritmo, un tictac, un ritmo, un tictac. Marea alta y baja; enséñale a un viejo zorro un nuevo retorcimiento. Sólo estaba en la cabeza, pero Andrew lo sabía. Esto es todo el asunto; el...

John, no hay tiempo.

Dime, maldita sea, Al. Pero ya casi lo tenía. Había un viejo en las Termopilas. Nunca hizo nada debidamente. Pero le dijeron: "Si eliges hervir huevos en tus zapatos, no te quedarás en las Termopilas" Al, ¿comprendes que si ese viejo hubiese hervido huevos en sus zapatos habría llevado un paso caliente? Y pasos más calientes.

Basta, John.

En dos shakespeares de un cuento de corderos. Fue el rey Lear. Coge una lechada de cal en la Casa de Atreo.

Te refieres a un martini seco. Por la lectura de la ley del Martini en tu mente, a cincuenta metros, la presión del nitrógeno te atonta como tres martinis secos en un estómago vacío. He intentado vaciarte, pero, a decir verdad, esto me produce un efecto extraño, John.

No está mal marearse de vez en cuando, Al. No te olvides del olivo. Oye, ¿escuchas este ruido cada vez que inhalo? Esto significa que lo hago por la reserva. La válvula de reserva automática se cierra cuando la presión del tanque desciende a 300 psi. No queda mucho aire, Al.

De acuerdo, John. La última vez el fuego. Esta vez la falta de aire. ¡Ay, el heredero! El hijo-cónyuge. La semilla. El destello de la estrella. La flor carnosa.

Al, basta de esto.

No un albatros, John. Un fénix. Quiero contarte cómo...

Al, no hay tiempo. Para ti no hay peligro. Siempre que lo desees podrás salir de mí y meterte en un delfín u otro pez, pero yo estoy aprisionado.

Tú tienes un problema, John. No estaría mal que lo olvidaras. Deja que te cuente...

Estás parlotando. ¿Qué hay de tu nave espacial? Tenias gran interés por encontrarla antes de que estallase el mundo.

No hay que exagerar, John. No todo el mundo. Sólo una parte.

¿No piensas buscarla? ¿Permitirás que Zora se la quede? Aunque no te importe la Tierra, ¿no necesitas la nave para regresar a tu planeta?

El planeta. Sí, quiero regresar a él. Y no deseo que Zora se salga con la suya. De acuerdo, John, vamos.

No podemos movernos.

Tú tal vez no sientas nada, John, pero yo entro en acción.

Siento algo, Al, ¿qué haces con mi nariz y mi garganta?

Formo una membrana, John, una agalla artificial que te permitirá respirar el oxígeno del agua. Ya no necesitas los malditos tanques de aire. Ya está. Quítate la máscara y respira.

No puedo. Las manos. Están atadas a mi espalda.

¿Tienes fe en mí, John?

Sí y no.

Separa fuertemente las manos.

El cable me cortará la carne.

Está bien, John. Es necesario. Separa las manos.

¿Es necesario? Al, uno de nosotros está loco.

Es el único medio, John. Recuerda que cicatricé tu herida.

Recuerdo que antes me convertiste en un blanco.

Separó las manos tensamente, contra la mordedura del alambre, y sintió dolor, pero el alambre cedió.

Al, ya entiendo lo que haces.

Estaba contento de no poder ver lo que hacía Al.

Si colocas un nudo de alambre en torno a un bloque de hielo erguido y atas un gran peso al final del nudo, el alambre descenderá lentamente a través del bloque sin cortarlo. El bloque sana cuando pasa él alambre. Una buena analogía, John. Vamos, lo haces muy bien, Pero yo no soy de hielo. Soy de carne y huesos. No temas, John. Yo estoy contigo. Lentamente, con constancia.

El alambre cedió. La rapidez de la libertad hizo que sus manos subieran a la altura de los hombros. Las miró. Flexionó los dedos. Se palpó una mano con la otra. Vio que los cortes de las muñecas se habían cerrado. Una buena labor, aunque experimentaba ciertas señales de vacilación.

Se inclinó para desenrollar el alambre que rodeaba y ataba el cinto lastrado a sus pies. Había estado atado a más de cincuenta metros durante más de veinte minutos. En cualquier otra inmersión, habría tenido que perder más de dos horas en cinco paradas de descompresión. Pero el gas parecía haber visto el nitrógeno. Pataleó hacia arriba.

Tragó agua. Le pareció que el gas utilizaba sus sentidos mejor que él. Se encontró mirando a su alrededor antes de comprender que oía el ruido de los motores. Dos embarcaciones convergían encima de su cabeza. Una tenía el casco azul del esquife. La otra, con casco blanco, era un transporte con una especie de rompehielos que desde arriba no podía verse porque el barco corría a toda marcha. El transporte cogió al esquife por la mitad y lo embistió.

Las dos embarcaciones quedaron enganchadas por las proas. A John le pareció que el gas creía oír disparos. Las dos embarcaciones permanecieron unidas un par de minutos. Luego, el mercante se apartó, el esquife pudo tragar agua por sus heridas y se hundió. Al cabo de otro minuto, tres cuerpos pesados siguieron la ruta descendente del esquife.

Los tres arrastraban gallardetes verdes. A aquella profundidad, la sangre tenía un color verde brillante.

Zora todavía empuñaba el cuchillo. Sus asesinos le habían apuñalado, pero el pescador habla matado a dos.

Un momento, John. Volveré en seguida.

El gas salió. La luz disminuyó, aunque sólo sirvió para aumentar la estela fosforescente del gas... como si fuese una estela y no el gas en sí, cuando el gas se dirigió hacia el cadáver de Faetón Zora. John se quedó inmóvil, tragándose el miedo.

Ahora que estaba solo, comprendió todo el significado de la agalla artificial. No se había dado cuenta de que sus pulmones no funcionaban, que estaba respirando de la misma forma que cuando había nacido unos millones de años antes. Tenía que permanecer tranquilo; tenía que recordar que la agalla funcionaba. Aunque ignoraba cómo.

Pero sabía que su respiración no pasaba por los pulmones. Su sangre pasaba por la agalla; la agalla quitaba el residuo de CO₂ y tomaba el oxígeno fresco del agua circundante. Lo que pasaba a través de su cuerpo era agua dulce, pues las sales marinas no penetraban en la aleta, ya que sus moléculas eran demasiado grandes. Y la corriente de agua resultaba refrescante.

La fosforescencia se extinguió cuando el gas llegó al cadáver de Zora. Una espuma negra surgía de la nariz y la boca. El cuerpo se retorció y la mano que empuñaba el cuchillo ejecutó varios movimientos de apuñalamiento. La fosforescencia reapareció y se dirigió hacia John.

El pecho del joven respiró pesadamente cuando el gas volvió a posesionarse de él. El cadáver presentaba una feliz relajación, la eulisis, como si el gas hubiese inducido una reacción catártica. John se preguntó si su aspecto sería como el del cadáver. ¡Al diablo con Zora!

¿Qué has sabido, AI? Estaba seguro de que el gas se había enterado de algo. He estado reflexionando por qué me dejó el aire. No quería matarme, sino sólo que muriese. Sí, la peor clase de asesino.

AI no contestó. El mercante había parado los motores y John y el gas vieron cómo el ancla descendía y se engarriaba.

Ve hacia el esquiife, John. Por el camino te diré por qué.

John pataleó para impulsarse hacia el esquiife hundido.

A través de los oscuros ojos de Zora vio cómo las manos del pescador le ataban con alambre las manos y los pies y lo arrojaban por la borda. Luego él, siendo Zora, se acercó a las ropas dobladas y registró los bolsillos, sacando el anillo del cardenal, que insertó en un dedo, besándolo y riendo. Volvió a reír al levantar la reluciente urna y empezar a envolverla con una lona. Se irguió, intuyendo que algo pasaba en el agua al otro lado de Palaio-Trikeri. Entonces vio un globo que se elevaba muy alto en el aire, hasta detenerse. Su cordón umbilical captó el sedoso sol y mostró por qué se había detenido. Zora izó el ancla, despegó la vela y dobló el cabo. El mercante quedóse anclado y el globo quedó trabado a la antena de la

radio. Se abrió una escotilla y apareció a la vista un pequeño avión sobre una plataforma. Un vigía sorprendió a Zora mirándolo. El barco levó anclas y le dio caza. Luego embistió al esquiife. Media docena de hombres armados invadieron la barca. Zora mató a dos antes de morir a su vez.

Murió demasiado pronto para saber si ellos cogieron la nave.

El óculo del esquiife vio cómo se acercaba John. La nave espacial no estaba a bordo.

De acuerdo, John.

Lo sé. El mercante.

Con la vista acuosa se encaminó hacia el cable del ancla del mercante. Efectuó un retroceso á medio camino.

John, ¿qué estás...? ¡Oh!

Le quitó el anillo a Zora, se lo metió en un bolsillo de su traje impermeable, y se dirigió hacia el ancla. Se izó por el cable hasta la superficie del agua. El mercante se balanceaba suavemente. Se llamaba Mundo Olímpico.

Llenó sus pulmones de aire cuando las velas tomaron el viento.

Cuidado, John.

Tenía que volver a acostumbrarse a los pulmones. No quería preguntarlo.

¿Aún tengo la agalla?

Sí, John. Para cuando la necesites. Como una membrana nictitante.

Subió y avizó a su alrededor. El globo aún flotaba en el aire, como una burbuja atrapada. ¿Un globo atmosférico? No; una sola ojeada le reveló que el avión era de control remoto. El globo, por tanto, servía de sustentación para la antena que necesitaban para conservar el dominio del zángano al pasar por la curva del horizonte al nivel del mar.

Parecían chinos. Había una docena en torno a la nave espacial. Tal vez descasen salvar lo que pudieran de su victoria pírrica sobre Zora. Tal vez pensasen que la nave era una especie nueva de mina. El zángano parecía listo para ser lanzado, pero se habían olvidado de él. Se hallaban arrodillados o de pie en torno a la nave espacial de Al, palpándola con las manos y varios instrumentos, buscando aberturas y parlotando en un lenguaje que parecía chino.

Aquí está, John.

¿Te marchas, Al?

Ya es hora, John.

¿No puedes contarme...?

¿Qué, John?

¿No puedes contarme lo que necesito saber?

Necesitas saber muchas cosas, John.

Pero tú sabes lo que más me interesa.

Sé lo que te interesa saber.

¿Qué es?

La clave de la computadora. Sí, Al. ¿Y bien...? ¿Y bien, John? Dame la clave.

Ya la sabes, sólo que no sabes que la sabes. Adiós. Muchas gracias. Adiós, John. Al era un buen mentor. Adiós,. John.

El joven no contestó. De pronto ya era tarde. Estaba solo.

7

«LA PRACTICA HACE LA PERFECCIÓN»***Periandro.***

De repente silbó una válvula oculta, y la nave espacial cobró vida. Gritando, los chinos se apartaron de ella. La nave llameó" en la base y se elevó. Todos miraron hacia arriba. Luego, un humo grasiento surgió debajo de sus pies, y vieron un agujero de bordes rojos en la plancha de acero de la cubierta.

Gritando de nuevo, el grupo se apresuró a coger mangueras y extintores para luchar contra el fuego.

La mente de John, anclada a la Tierra, siguió el vuelo. Se esforzó por olvidarlo todo. No podía permanecer siempre allí. Ahora en que incluso el vigía se había unido a los bomberos improvisados, era el mejor momento para largarse de allí. Empezó a deslizarse hacia dentro del agua, y de pronto el zángano captó de nuevo su atención.

Tenía que estar loco, tenía que estar idiotizado para intentar lo que intentó. Pero de repente se sintió lleno de la energía que da la locura, la idiotez. Tal vez ya fuese locura permanecer tanto tiempo cuerdo, idiotez desear estar tanto tiempo a salvo. Tal vez hubiese ya llegado el momento del hubris de los griegos, del chutzpa de los judíos. Trepó a bordo.

Se deslizó por cubierta con la misma rapidez y suavidad que su sombra. Esperaba que el sol secaría al momento la humedad de sus pisadas.

El fuselaje tenía una tapa engoznada. Había un cargamento completo: cajas llenas de pistolas rusas para los resistentes griegos. Una red envolvía las cajas y las unía a un paracaídas y un mecanismo de disparo. Sudando, licuándose dentro del traje impermeable, John desató y separó la red, cogió las cajas y las colocó bajo de una lona que estaba debajo del castillete de popa.

Cuando se arrastró dentro del espacio vacío, se dio cuenta de que todavía llevaba puesto el equipo Scuba. Se lo desciñó y lo arrojó debajo de la lona, junto con las armas. Trepó al fuselaje y empujó la tapa hacia abajo.

Tora, tora, tora. Ahora, ahora, ahora.

Ya era tarde, tarde, tarde. La lucha contra el fuego era lenta, lo mismo que la charla, que sin duda versaba sobre la nueva forma de cohete espacial. Pero por fin llegó el ahora, el zángano zumbó y John se vio catapultado al abismo negro y azul.

A los cinco minutos de vuelo le pareció seguro ejecutar su movimiento. Estaba cansado de la inmovilidad y la obscuridad, por lo que levantó la tapa, se asió fuertemente a la misma, tiró y la torció con violencia. Sabía que el avión era adecuado para su cambiante peso. Su construcción era de espuma cubierta de aluminio, y no se necesitaba mucha fuerza para hacer saltar los pernos que sujetaban los goznes de la tapa. La arrojó por el costado, para no dañar la estructura de cola. Se subió el vidrio de la máscara sobre los ojos y se instaló en la carlinga.

El avión volaba hacia el sudoeste. En línea recta. Sabía el recibimiento que obtendría de los Ches si volvía a visitar su campamento. Ellos esperaban armas, no hombres, y a él le habría gustado ver sus caras. Pero no era tan loco ni tan idiota. Dominaría al avión y aterrizaría muy lejos de los Ches.

Se inclinó para mirar adentro. Con la carlinga abierta, había luz más que suficiente para leer los instrumentos de telemetría en el cuadro de mandos encajado muy adelante. El corazón le dio un salto. El montaje era muy complicado. Había supuesto que el operador del barco nodriza sólo tendría que tocar un botón para girar a derecha o izquierda, para bajar o subir, y una palanca para controlar la velocidad. Pero el operador tenía que dominar constantemente el aparato, siguiendo el curso por una pantalla de televisión que respondía a una cámara de ancha angularidad visual montada en el morro del aparato.

Una vez el operador localizaba el blanco en la pantalla, lo encajonaba entre los controles del barco. Después, la pantalla quedaba en blanco, dejando que el avión soltara la carga por sí solo, regresando a una zona programada de antemano para su recuperación.

John tenía que aprender velozmente todo este proceso. Y si no lograba dominar el aparato, tendría que lanzarse. Había conservado el paracaídas, y ahora parecía llegado el momento de ponérselo, atárselo, o lo que fuese necesario para convertir un paracaídas del mercante en paracaídas de hombre. Pero antes de poder cogerlo oyó un chasquido y sintió una sacudida.

El fondo estaba abriéndose. Se asió al borde de la carlinga. Estaba colgando sólo por los dedos, con el cuerpo balanceándose en el viento. El paracaídas había desaparecido. El color azul del fondo era el mar, al menos a unos dos mil metros más abajo.

El zángano trazó un círculo y se inclinó. Esta inclinación le sirvió a John para levantar las piernas y asirse mejor a las paredes del fuselaje. Si el avión se hubiera inclinado del otro lado...

Estaba bien claro lo sucedido. En el mercante habían hallado los cajones con las armas y el equipo Scuba debajo de la lona.

El avión se inclinó hacia abajo. Cuando volvió a equilibrarse, John captó un vislumbre final del paracaídas hundiéndose en el agua. Por lo visto, tanto el operador como los demás creían que había habido un hombre a bordo.

Siendo él ese hombre, y deseando seguir con vida, tenía que hacerles creer al operador y a los demás que no había habido ningún hombre. El avión no les mostraba la ligereza que tendría sin él. Y ellos sabían que John había conseguido continuar a bordo del aparato. El giro había sido de 180°. El avión volaba de vuelta al barco nodriza.

Colocó los pies en el vientre del avión y se apoyó en las portillas con los bordes exteriores de los pies descansando sobre los cuatro centímetros de reborde. Manteniendo esta postura agachada y sin soltar el reborde de la carlinga, probó las portillas con el empuje de un pie. El cerrojo no cedió.

Tal vez lo querían coger vivo. O quizá querían que él así lo creyese, para pillarle desprevenido y dejarle caer al agua. Manteniendo su peso sobre el marco de las puertas, buscó y encontró el cable de control. Luego, sujetándose con las rodillas, liberó las manos para romper el cable. Probó las portillas. El cerrojo seguía resistiendo. Apoyó todo su peso en el suelo, aliviado.

Estaba todavía como un ratón en un bote de escabeche. Pero si conseguía maniobrar la palanca y el timón...

De pronto se paró el motor. Esto le enojó. Había querido pararlo él, pero todavía no. No estaba a punto. Claro, era eso lo que ellos deseaban. El apagón del indicador de las portillas de caída les había alertado. Y preferían aplastar o hundir el aparato que dejarle escapar.

Al cesar el ruido del motor, el aire vibró con el jadeo y el carraspeo de los cables de control y el susurro del fuselaje. Sacó el cuchillo de la funda atada a su pierna. Tenía qué cortar los cables precisos, los que unían los controles con el barco nodriza, no los que unían los mandos con los alerones y los elevadores. No tenía tiempo para vacilar. Tenía que efectuar su elección antes de que el avión cayese en una zambullida vertical. Silbó interiormente y se decidió.

Movió la palanca y el timón. El aparato respondió. Poco, pero respondió. Ahora era ya un planeador.

John se sentó en el helado suelo, tratando de adelantar el cuerpo para alcanzar la palanca y el timón, con los ojos apenas más arriba del borde de la carlinga y la nariz frotándolo. Tenía un variómetro para calibrar la ascensión con una reacción casi inmediata, y un indicador de velocidad en el área situada justo encima del asiento, para ayudarle a controlar la marcha, cuando diese vueltas para ganar altitud. Pero para verlos era preciso colocar la cabeza dentro y volar a ciegas.

Los cúmulos indicadores del buen tiempo punteaban el cielo hacia el horizonte en todas direcciones. Lo que necesitaba era una línea de nubes, una hilera de cúmulos por donde pudiera volar el avión en línea recta sin tener que dar vueltas para ganar o mantener la altitud. Quería poner la mayor distancia posible entre él y el barco nodriza.

Un presagio. Vio varias aves que planeaban sin mover las alas, signo seguro de una corriente de aire elevada. Incluyó vivamente el aparato a la derecha. Divisó al barco casi directamente debajo. Se hallaba solo en medio del azul del mar, y sus zonas metálicas y vidriadas lanzaban vivos destellos.

Todavía no había captado la intención del barco, y aquella visión le trastornó, pero mantuvo el avión en dirección a los pájaros. Su primera sensación fue que se había equivocado; antes de llegar a la niebla gris de la base nubosa, el avión empezó a bajar rápidamente.

De pronto le envolvió un estallido de energía. Volvió a elevarse. Siguió subiendo, y sintió la urgencia de girar a la derecha. Luego, aguardó unos segundos antes de iniciar el descenso. Conocía su trabajo. El avión marchaba a unos setenta kilómetros por hora.

Le dolían los músculos por el esfuerzo realizado para dominar los mandos. Una y otra vez, el cero del hundimiento luchaba contra la elevación. Una y otra vez, sentía el aviso del timón. Una y otra vez, el morro se inclinaba hacia abajo, el aparato se ladeaba, se elevaba, el morro apuntaba hacia lo alto. Y constantemente le temblaban los músculos. Ya había llegado el momento de intentar un aterrizaje. Sólo había agua. Lo había demorado demasiado.

La línea de nubes era una zona de gran humedad. Se encontró dando vueltas en una débil elevación que acabó en el cero de bajada. Se apartó de las nubes a dos mil metros, y puso rumbo al sur, planeando en el aire silencioso. Calibró el ángulo de descenso del aparato en treinta a uno. Esto le concedió casi un trecho de sesenta kilómetros para encontrar un sitio donde aterrizar o capotar.

El frío era intenso. Ya había visto cómo el hielo se rompía en bloques en el borde de las alas, y había oído cómo los bloques pegaban contra la cola. El hielo cubría su traje de submarinista. El interior de la carlinga estaba helado. Estaba temblando. Había tensado el vientre porque esto le ayudaba en cierto modo a dominar el temblor. Pero le había servido de muy poco. La mirilla estaba empañada debido a su insistencia en frotarla para quitar el hielo. Al menos, ahora empezaba a calentarse.

De vez en cuando echaba una ojeada. Al fin lo vio. Una isla. Un amarradero y un yate. No estaba ya en el golfo de Volos ni se veía el barco nodriza. Incluyó el aparato para echar un vistazo más de cerca.

Divisó varias figuras que agitaban los brazos en la cubierta del yate. Hizo mover las alas del aparato. De pronto descubrió la bandera de Virón Kontos. Era la bandera que ondeaba en todos los barcos y los aviones de Kontos. Se alejó, elevó el aparato y pareció querer llegar al llameante sol.

Virón Kontos pertenecía a esa clase de sujetos que siempre están de parte del que manda. Virón Kontos pertenecía a la clase de individuos que podían entregarlo al Mayor Anagnostis.

El aparato se hundió. Había tenido la suerte de encontrar un pequeño bache a doscientos metros, pero la corriente de aire no podía mantenerle en vuelo. Luchó para dominar los mandos. Poco antes de caer al agua y perder el sentido, vio cómo desde el yate arriaban un bote al mar.

Creyó oír voces, la suya entre las demás, pero cuando abrió los ojos todo estaba en silencio, y él estaba solo. Le pareció que la habitación se balanceaba. No era él, era la habitación. Estaba a bordo de un barco. Los tabiques de caoba y la alfombra de piel de oso polar le dijeron que se hallaba en el yate de Virón Kontos, que se balanceaba suavemente en su amarra.

El anillo del cardenal brillaba sobre la mesita de noche. Lo habían hallado en el bolsillo de su traje impermeable cuando lo desnudaron para acostarle. Se lo puso, volviendo la piedra hacia abajo. Miró a su alrededor. Tenía que huir.

La pierna derecha le pesaba mucho y se veía muy abultada debajo de las ropas de la cama. Apartó la sábana y encontró su pierna enyesada. El ligero esfuerzo le había agotado y se dejó caer en la cama. Tenía que huir.

Trató de aferrarse a esta idea, pero apenas logró comprender lo ocurrido antes de volver a quedar dormido.

Creyó despertar y contemplar a Virón Kontos a su lado. Creyó que Kontos se llevaba una mano al pecho y exclamaba:

–Esta es una hora dichosa. Bien venido.

Creyó observar que el rostro de Kontos presentaba muchas arrugas a causa de la risa, pero pensó que nadie había visto nunca reír a aquel individuo. Creyó haber contestado:

–¿Bien venido?

Creyó haber visto cómo Virón Kontos esbozaba una sonrisa como un cuchillo trinchante.

–Claro, mi querido Yanni. Como hijo de su padre, aquí hallará una calurosa acogida.

–¿Le conocía?

Kontos pareció mirar por el retrovisor del tiempo.

–Le conocía.

Luego le pareció que Virón Kontos volvía a recobrar su máscara de inmovilidad facial y se marchaba, dejando en el aire sólo el Cheshire Grinedge del tiempo. Pero no estaba seguro.

Esta vez estuvo seguro. El cabello de Virón Kontos mostraba un color gris acerado con hebras amarillas. Como Nixon y Breztnev, llevaba las cejas depiladas para que sus ojos no tuvieran sombras siniestras. Las arrugas de la risa estaban aún en su cara, pero Kontos no sonreía.

–Parece encontrarse mejor. Aunque el doctor ordenó que, durante algún tiempo, no cargue el peso sobre ese pie. Dentro de un par de días volverá a visitarle.

–He de darle las gracias...

Kontos le hizo callar.

–¿Nos hará el honor de cenar con nosotros?

Sin aguardar la respuesta abrió la puerta del camarote.

–Stegmas.

Un marinero gigantesco entró con una silla de ruedas plegable. Puso un batín nuevo de la medida exacta de John sobre el pijama nuevo, también de las medidas de John, desplegó la silla, levantó a John de la cama, lo instaló en la silla de ruedas y empujó ésta hasta el comedor.

El yate era una galería de arte flotante. Los corredores, los salones por los que pasaron y el comedor estaban repletos de obras maestras. En el tabique de madera opuesto a John, cuando se sentó a la mesa, había un cuadro de El Greco cuya existencia ignoraba. En el mismo se veía una extraña trinidad: un veterano soldado romano, una joven con los utensilios de peluquera y un pintor. La placa metálica del

marco decía: Toledoth Yeshu. En el tabique de la derecha colgaba una obra que Kontos le había encargado a Andrew Wyeth. Presentaba un detalle realístico de una anciana sentada de perfil, con un dibujo de pisadas a través de su atavío de abuela. La placa del marco decía: Abuela de Colson.

Kontos asintió, siguiendo las miradas del joven.

–Sí, no está mal este yate, Circe. Yo habría preferido recibirle en mi casa de la isla, sólo que la tengo cerrada. –Levantó la mirada hacia Evidiki, que en aquel momento entraba con languidez–. Por cuarta o quinta vez.

Kontos no se puso en pie al entrar su esposa, ni ella miró a su marido. Sus ojos parpadearon en dirección a John, cuando éste trató de levantarse sobre su pierna buena. Kontos empezó a hablar para el aire.

–Hoy no nos hablamos. Pero tal vez Evidiki querrá estrechar la mano de nuestro invitado.

Ella cogió la mano de John tan impersonalmente como una madre palpando a su bebé para saber si tiene los pañales mojados. Pero cuando Virón Kontos la miró, aproximó su cuerpo al de John, cálido y suave.

–¡Pobre chico! ¡Qué accidente tan tonto! Ah, tiene suerte de seguir con vida.

Virón miró hacia la mesa. La suavidad, el calor concluyeron. Evidiki se sentó. Incluyó sus tensos melones sobre el melón que empezó a degustar. Llevaba el cabello echado hacia la frente y constantemente tenía que apartarlo de sus ojos.

–El mundo enfermo es su ostra. Pero está enfadada porque no he querido aprovechar la ocasión de adquirir la perla más grande del globo.

–No estoy enfadada por eso, Y él lo sabe.

Evidiki también había hablado a la atmósfera.

–Los rayos X muestran que la partícula irritante que originalmente enfadó a la ostra para que produjera la perla fue una partícula aceitosa. No importa que del mal haya surgido el bien. Yo no quiero esa perla para no convertirla en la Perla Kontos. Poseo petroleros y se harían chistes respecto al petróleo derramado en el agua.

Si pensaban que le molestaban con su charla familiar, estaban equivocados. John gozaba con la comida. Era un ágape de gastrónomo, aunque se hallaba demasiado hambriento para hacerle justicia. Asimismo, la boca llena le impedía tener que contar cómo y por qué había estado volando en un planeador con un traje de submarinista.

Pero Virón no tardó en cambiar del tema de su hogar al del mundo, hablando de príncipes y poderes, y John sólo tuvo que escuchar y asentir. Estaba anonadado. Pero Virón tomó su actitud por cansancio.

–Temo haberle fastidiado y aburrido con nuestras peleas infantiles y nuestra charla estúpida. Usted desea volver a la cama, claro. Stegmas.

El gigante empujó la silla de ruedas, después del apretón de manos de Virón y la mirada lánguida de Evidiki. El camarote de John poseía un vestuario aparte con lavabo, y Stegmas aguardó a que el joven se lavara los dientes y la cara, y vaciase su vejiga. Luego, Stegmas le ayudó a desnudarse y a meterse en cama.

Aguardó en la obscuridad y el silencio. Saltó de la cama, apoyándose sobre el pie sano. Sabía que le dolería, y sus dientes estaban preparados para apretar. Pero al dar los primeros pasos saltarines descubrió que más debía temer la ansiedad del dolor que éste en sí. Y cuando se dirigió al tabique, vio que recostarse contra el mamparo le ayudaba a aligerar el peso. El enyesado era más una molestia que un obstáculo.

Abrió la puerta. El corredor parecía desierto. Salió y, dirigiéndose hacia la escalerilla más cercana, prestó atención a los ruidos del barco.

La barandilla le ayudó a trepar por la escalerilla. Cuando estaba casi en lo alto oyó un crujido. Trató de avizorar la cubierta. El crujido procedía del cinturón de piel sobre el estómago de Stegmas.

El gigante estaba roncando suavemente sobre una tumbona. John acabó de subir, poniendo el pie enyesado sobre el peldaño siguiente, que crujió también. Bajo el sortilegio de aquel ruido, el ronquido de Stegmas se convirtió en un aullido. John se inmobilizó un instante, y puso el pie en el último peldaño. Crujió. El ronquido de Stegmas se hizo más profundo en ferocidad. John se agachó. Pero la mente dormida de Stegmas aparentemente suponía que el crujido se debía a su propio cinturón.

Cuando John iba ya a incorporarse de nuevo, Stegmas cambió de postura en la tumbona y los crujidos cesaron. Ante aquel silencio, los ronquidos del gigante bajaron de tono. Stegmas se despertó, abandonó el asiento y se dirigió hacia la escalerilla.

John se agachó junto a la barandilla, bajando a toda prisa. Los pies de Stegmas llegaron al primer peldaño antes de que el joven estuviese abajo, pero llegó al otro lado de la curva del corredor antes de que Stegmas mirase hacia abajo. Quedaba un largo trecho de corredor hasta el camarote de John. Por tanto, empujó la primera puerta que encontró, la cual se abrió.

Evridiki estaba sentada ante su tocador, casi frente a frente de sí misma, frunciendo el ceño ante su propio fruncimiento. Le miró sin volverse ni intentar cubrir su semidesnudez.

—¡Idiota!

John pensó que sí era idiota.

La mirada de Evridiki se suavizó.

—¡Pobre valiente muchacho!

John sintióse un pobre valiente muchacho.

Ella se puso en pie y avanzó hacia él.

Metas leukos, leukos metas. Negro blanco, blanco negro. La respuesta al enigma era él mismo. Otra respuesta era el delfín. Otra, el tiempo: noche y día. Y ahora pensaba en otra. La misteriosa planta Moli de Odiseo: la raíz negra y la flor lechosa que conquistó para el Kapetanio Odiseo el amor de la hechicera Circe. Los sabios buscaron en un sitio equivocado dicha planta al querer encontrarla en Linneo o en la Madre Tierra.

La risita de Evidiki le sacó de su ensimismamiento.

—Él tiene razón, claro. Los dos fingimos. El finge estar enfadado conmigo por estar yo celosa de sus amantes; por eso, él es libre de aceptar cualquier trato. Y yo finjo estar celosa de sus amantes, aunque bien sé que su verdadera querida son sus negocios; de este modo, cuando hacemos las paces siempre me regala algo, y esta vez será la perla o algo sumamente valioso.

La joven tuvo un sobresalto.

—¿A qué día estamos? Oh, siempre he de tener cuidado de no hacer las paces en un mal día. Harry Winston, Tiffany y Cartier no abren los sábados —jugueteeó con el anillo del cardenal—. Bonito anillo. Y parece una buena joya.

—Es suyo —se lo quitó y lo puso en el pulgar de la joven—. ¿Tiene algo que ver el trato de que me ha hablado con la DBC? Ustedes dos asistieron a la inauguración del Oráculo y pensé que estaban interesados en dicha empresa.

—Exacto. También usted estuvo allí cuando murió aquella pobre chica. Debió de ser horrible —se estremeció—. Bien, cambiemos de tema —examinó el anillo—. Muchas gracias. Creo que lo convertiré en un broche —frunció el entrecejo—. Oh, no estoy realmente celosa. No temo que me deje por otra, pero no comprendo qué ve en esa Varvara.

John se arriesgó.

—¿Varvara Tambouris?

—¿La conoce?

Pareció más sorprendida por haber pregonado su pensamiento que por conocer él a Varvara.

—Sólo sé que trabaja en la DBC.

—Sí, él la tiene allí para así poder saber todo lo que ocurre en la empresa.

—¿De modo que su esposo tiene intereses en la DBC?

—Él es la DBC. Pero ¿quién quiere ahora hablar de negocios?

No hablaron más de negocios.

Ahora tenía otro motivo para querer escapar del yate de Kontos, de la isla de Kontos y de la vida de Kontos. La esposa de Virón Kontos. Resultaría difícil volver a enfrentarse con Virón. En la cena, y en realidad desde el principio, la personalidad del millonario le resultaba a John carismática.

John no se movió, pero se alertó interiormente. Si Virón era el dueño de la DBC, no era extraño que le hubiera acogido en su yate. Virón aún tenía más motivos que el mayor Anagnostis y Kostis Dimitriou para querer descubrir la clave. John meneó la cabeza. Todo el mundo creía que John DeFoe poseía la clave. Incluso Al.

¿Y Evidiki? ¿Formaba parte de la hospitalidad? Apartó esta idea de su mente. Pero ¿qué pensaba ella ahora, si pensaba alguna vez en otra cosa que en sus galas y adornos?

Evidiki había cerrado los ojos y parecía estar encogida bajo el sueño o las reflexiones. Sin embargo, la postura de su cabeza demostraba que seguía consciente de lo que ocurría a su alrededor. John estaba intrigado por la facilidad

con que se le había entregado. Y ahora su atención proclamaba la respuesta a la pregunta muda del joven. Este tuvo la sensación de que Evidiki estaba preparada.

Si oía unos pasos delante de la puerta, gritaría que él la había violado. Vio que ya había escondido el anillo. Bien, John había estado un poco torpe a causa del enyesado, pero creía que la había satisfecho. De lo contrario, ¿cómo dejarla sin que ella se enfadase y gritase que la había tomado a la fuerza?

La joven rodó hacia él. John cerró los ojos. Evidiki se incorporó y le tocó. El abrió los ojos. La mujer sonrió con gravedad.

—Debes irte. El se fue a la casa con la mayoría del personal para ver qué tal van las obras, pero no tardará en regresar.

—No me gusta dejarte.

Ella se llevó un dedo a los labios. Una mirada de amenaza, un parpadeo pacificador.

—Lo sé, mi pobre muchacho. Pero debes irte.

La puerta se cerró a sus espaldas antes de que ella tuviese tiempo de comprobar si él se dirigía a su camarote.

Todavía no sabía distinguir proa de popa. Ni sabía qué corredor vigilaba Stegmas. Se detuvo al pie de la escalerilla y oyó cómo el gigante se dirigía a la borda para escupir en el agua. Retrocedió, pasando de nuevo por delante de la puerta de Evidiki. Oyó la voz de Viron, que llamaba a Stegmas, y sus pasos al descender por la escalerilla. John buscó un escondite.

No el camarote de la joven. Esta vez seguro que gritaría lo de la violación. Probó otra puerta y entró en la obscuridad. Si salía del yate con vida, seguramente tendría que pagar por lo que le hacía a su pierna. El médico debía de habérsela llenado de calmantes, porque no le molestaba, la hinchazón aparte. La pierna rota le servía tan bien como la otra.

Los pasos de "Virón se detuvieron ante otro camarote y penetraron en él. John prestó atención, no oyó respiración alguna y encendió la luz. El cuartito de la radio. No, era el despacho de Virón. Teléfono de tono, teletipo, altavoz, pantalla CRT. Sentóse ante el escritorio y apretó un botón. La pantalla se iluminó y por la misma pasaron los precios de las acciones. Londres, Nueva York, Tokio. Apretó otro botón. Boletines de noticias. Economía, política, chismes.

Un botón no tenía indicador. Lo apretó. Por el altavoz surgió la voz de la pitonisa. Estaba contestando a la pregunta de un cliente, y luego a otra. Como el templo estaba cerrado durante la noche, aquellas consultas estaban grabadas en cinta. Los nombres de los suplicantes pertenecían a personajes de las finanzas y la vida pública. Pero John no escuchó los problemas ni los consejos de la pitonisa.

Escuchaba la voz de la pitonisa y sintió intensos escalofríos en el espinazo.

Ya lo sabes, sólo que no sabes que lo sabes.

Ahora sabía que sabía mucho más de lo que deseaba saber.

Concentró su mente en el cassette hallado entre los efectos de Andrew. Las piezas de Debussy. Pronunciando este nombre con acento francés, parecía DBC. Andrew no podía haber dejado de reparar en esta relación. ¿Cuál era la pieza de

Debussy que Andrew solía silbar o tararear, particularmente las tres primeras notas? Ah, sí, La flúte de Pan. Las escuchó en su cerebro. Si al menos poseyese el tono de Andrew...

Presionó el interruptor con la conexión de Delfos y silbó suavemente las tres notas una y otra vez. A la novena o décima cobró vida el altavoz.

—A su servicio, señor DeFoe. Hablando la computadora DBC.

Se quedó helado. De pronto recobró la voz.

—Soy John DeFoe.

—Lo sé. Andrew me suministró muestras para reconocer su voz cuando usted descubriese la clave. Oh, la espera ha resultado angustiosa. Pero al fin ha llegado el momento, y así es como están las cosas: lord Andrew y lady Cora han muerto y le aconsejo que abandone al momento este yate.

—Ya lo habría hecho de no tener esta pierna rota.

—No tiene ninguna pierna rota.

Reflexión.

—Entonces, ¿por qué está enyesada mi pierna?

—Virón Kontos hizo que su médico se la enyesara para inmovilizarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Recibo todas las llamadas telefónicas. Oigo...

—Perdona. ¿Todo?

—Todo. ¿Continúo?

Reflexión.

—Parakalo.

—Efkaristo. Oí cómo Virón Kontos llamaba a su médico y le ordenaba que volara desde Atenas a la isla con todo lo necesario para un enyesado, aunque sin molestarse en preparar nada para una fractura.

También le ordenó traer una gran cantidad de pentotal sódico.

—Entonces quieren que les dé la clave.

—Esa es mi conclusión.

—Seguro. Sería la conclusión de todas mis ideas.

—Entiendo. Pero retuerce mis palabras.

—Es el destino de las palabras de todos los grandes profetas.

—Efkaristo.

—Parakalo.

—¿Alguna orden, señor DeFoe?

—Sí... No. He de cerrar la comunicación —había oído girar el tirador de la puerta.

Terminó la conversación telefónica en tono más alto y al estilo griego:

Besos.

Volvióse hacia Virón.

—Espero que no le moleste. Quería que un amigo "supiera que estoy bien y en buenas manos.

—Por supuesto. Entré en su camarote para vigilar su sueño, pero usted no estaba en la cama.

–No podía dormir pensando que este amigo mío estaría preocupado por mí.

–Muy considerado de su parte. Pero no necesitamos mentirnos mutuamente. Usted ha descubierto mi secreto y yo he descubierto el suyo. Para vergüenza mía, he tenido que descubrirlo mirando por el ojo de la cerradura. Le admiro por haber resistido la droga.

John alejó la admiración con el gesto.

–No estoy seguro de conocer su secreto. ¿Que usted es el dueño de la DBC?

–Tuve un sueño –Virón se golpeó la sien–. Aquí, en el ático. Si la gente de todo el mundo confía en el Oráculo de Delfos, se convertirá éste en la fuerza unificadora que el mundo siempre ha necesitado y jamás ha tenido. No sonrío, pero sé lo que está pensando. El mundo ya tiene unas Naciones Unidas y es una sociedad en debate. Pero las primeras Naciones Unidas estuvieron en Delfos. ¿Ha oído hablar de la Liga Anfictiónica? Era una verdadera fuerza unificadora hasta que se corrompió. Ah, usted no atiende a mi sueño. Bien, ha llegado la hora de dormir sin sueños. ¡Stegmas!

Entró el gigante, con la pistola en la mano. Era una pistola pequeña en la mano de Stegmas, aunque era una gran pistola.

–Ya sabes qué has de hacer, Stegmas. Como con el viejo DeFoe.

Stegmas asintió, sin apartar los ojos ni la pistola de John.

Virón habló con el joven razonablemente, de hombre a hombre.

–Si tenemos que matar, mataremos. Todos los demás están en las casitas de los sirvientes para pasar allí la noche, y disponen de mucho ouzo para celebrar la vuelta a la isla y a sus familias después del largo crucero. Claro que tampoco harían preguntas si oyesen disparos y usted desapareciera. Son muy leales a mi dinero.

Continuó hablando mientras se desabrochaba el cinturón.

–Algunos lo llamarían destino, pero somos nosotros quienes lo forjamos. Seguramente no creerá que vino aquí por casualidad. En algún rincón de su mente existía el conocimiento de que aquí se hallaba mi isla. Inconscientemente, usted deseaba venir aquí. O algo le arrastró. Freud lo sabría. En nosotros se agitan muchas fuerzas oscuras.

Los pantalones de Virón tenían una cinturilla abultada por las caderas y aplastada por el vientre; el cinturón sólo era un formulismo. Stegmas apuntó a John mientras Virón ataba, los brazos del joven a los costados.

–Naturalmente, Freud tenía otra muela que afilar. Y por «muela» me refiero al nombre que los marinos le dan a un nudo en una cuerda, y por «afilar» me refiero al uso que hizo Freud de la cuchilla de Occam para cortar el Nudo Gordiano –la atadura era fuerte–. Sostengo la hipótesis de que Freud desarrolló su teoría del complejo de Edipo principalmente para explicar el nacimiento y el auge del antisemitismo, puesto que el judaísmo fue el padre del cristianismo. Esto también explica la mariolatría, la hiperdulía. Matar al padre y casarse con su madre. Pero de nuevo le estoy hablando de muertes.

Stegmas enfundó la pistola. Luego, una enorme manaza se pegó a la boca de John, y el otro brazo bajó hasta su cintura y ambas manos lo levantaron sin es-

fuerzo. Stegmas lo condujo pasillo adelante. John miró hacia atrás, por entre los peludos dedos. Vio cómo Virón escuchaba a la puerta de Evidiki, sacaba una llave, cerraba quedamente la puerta desde fuera, se embolsaba la llave y les seguía. Doblaron un recodo y atravesaron unas puertas de vaivén.

Estaban en la cocina. Antes de que John pudiese fijarse en nada, se encontró camino de un tanque de agua de mar, seguramente para conservar langostas y anguilas vivas, que había en un rincón. De pronto, tomó una bocanada de agua de mar por la nariz y la boca. Luchó por su vida mientras las manazas le mantenían con la cabeza bajo el agua. Luego, al entrar en acción la membrana e inhalar oxígeno por ella, luchó, por el amor a la vida. Al final, fingió estar inerte.

Stegmas quería asegurarse. John contó los segundos y minutos después de dejar de luchar. Stegmas mantuvo su cabeza en el agua otros cinco minutos. Luego, el empujón se convirtió en tirón y la cabeza, salió del agua, Stegmas le tendió en el suelo y le dio la vuelta. Le desató. Con la nariz en el suelo, John mantuvo los ojos cerrados, yació inerte, inmóvil, y dejó que el agua surgiera de su cuerpo.

Virón le habló a Stegmas en griego.

–Me siento orgulloso de él. Ha peleado bien. Seca el cinturón, idiota. No puedo ponérmelo mojado. Bien... Y ahora recuerda bien lo que ha sucedido, Stegmas. Este joven se enteró de que el Mayor del KYP estaba a punto de atraparlo para interrogarlo sobre la muerte de aquella chica en Delfos. Evidentemente, intentaba escapar con el bote. Pero, por culpa del yeso de su pierna, cayó al agua y se ahogó. Tú le sacaste y le aplicaste la respiración boca a boca... ¡Oh! ¿Te gusta esto? Bien, ya era tarde.

John se fingió muerto mientras Stegmas lo levantaba y lo llevaba a la cubierta. La brisa nocturna casi le hizo temblar bajo el empapado pijama. Stegmas le dejó de nuevo en el suelo y empezó a enderezarse. John entró rápidamente en acción.

Antes de que Stegmas pudiera hacer otra cosa que tomar aire y dar media vuelta, John le golpeó ferozmente en el fleón. El dolor le hizo perder el equilibrio al gigante. John estuvo de pie antes de que Stegmas se recuperase. Entonces, pateó la cabeza del sicario con el pie enyesado. Sintió que algo cedía dentro del yeso pero también cedió algo en el cráneo pateado y Stegmas se quedó inmóvil. Cogió la pistola del gigante y le propinó otro golpe con la culata en el cráneo. Por Andrew.

Fue hacia el corredor y se dirigió al despachito de Virón. Cojeaba penosamente, pero trató de hacerlo sin ruido. Abrió la puerta. Virón estaba sentado ante el escritorio, apretando un botón, al estilo Rose Mary Woods. Una cinta terminó de dar vueltas y Virón apretó el botón de ida. .

–Stegmas, te dije que nunca...

Virón se volvió y se quedó helado.

John le apuntó con la pistola para aumentar la inmovilidad.

–Siento mojar su alfombra.

Luego, oyó su propia respiración y sus nueve o diez ensayos al silbar las tres primeras notas de La flüte de Pan. Después, el ensayo que había tenido éxito.

Volvió a tenerlo. La computadora DBC habló otra vez por el altavoz, hablando por la cinta grabada antes.

–A su servicio, señor DeFoe.

–Ahora no es momento adecuado para hablar. Te llamaré más tarde. Desde un teléfono de Delfos.

–Está bien, señor DeFoe. Le aguardaré.

Se cerró la comunicación.

Virón sacudió la cabeza.

–Bien, Yanni, nosotros podemos...

Su mano se arrastró hacia un cajón. John disparó. El proyectil envió a Virón contra el respaldo del asiento y manchó su pecho de rojo. Virón meneó la cabeza como un toro apuntillado. Le ardían los ojos y sus dedos asieron el borde de la mesa para levantarse. John vació la pistola. Por Andrew. Por Cora. Por sí mismo. Las arrugas de la risa se retorcieron en el rostro de Viron Kontos. Estaba muerto y cayó sobre la alfombra.

Tal vez los demás no formularían preguntas si Stegmas o Virón disparaban, pero estas detonaciones seguro que atraerían a alguien para echar una furtiva ojeada. Y John ya oía chillar y golpear la puerta a Evridiki. Bien, esto atraería a la gente.

Pero aún se tomó el tiempo necesario para borrar la cinta. Y para registrar el escritorio de Virón y coger una cartera con dinero. Virón ya no necesitaba más que un óbolo para Garonte, pero John necesitaba dinero para su paso por este mundo. Esperaba poco. Y, tal como esperaba, un millonario jamás tiene mucho dinero suelto encima.

Cuando llegó a la cubierta, estaban descendiendo por la colina, provistos de linternas. Perdió otro momento dejando la pistola en la mano de Stegmas. Luego, saltó por la borda hacia la escalerilla del bote y zarpó.

El viento, la sal y el sol habían quemado el verde del mar. La muerte también había quemado el verde de su gris juventud. Había hundido el bote a una milla de tierra, nadando después bajo el agua hasta una playa rocosa. Experimentaba la sensación de llevar huevos hervidos en sus zapatos. Además, cojeaba. Encontró un coche roto en una cuneta y cogió una piedra para hacer saltar una larga tira metálica, que usó como bastón mientras cojeaba tierra adentro.

Mientras descansaba bajo un árbol junto a un arroyuelo, rompió el yeso. Los huesos estaban enteros. Pero la piel estaba descolorida y un poco hinchada. Parecía un esguince. Más pronto o más tarde necesitaría visitar a un médico. Mientras tanto, era agradable lavar la pierna con agua fresca.

Sacó los pies del agua y fue hacia el árbol, á cuya sombra trató de sacudirse la modorra que se apoderaba de él. Venía alguien. Vio a un campesino con los ojos y los labios cerrados que se persignaba antes de vadear el riachuelo. Los ríos y hasta las vaguadas secas eran los dominios de las nereidas. El campesino no le vio hasta que habló.

El hombre le miró fijamente, escrutando el destrozado pijama y los pies descalzos y volvió a santiguarse. De pronto, John estornudó y el campesino sonrió.

–Salud.

John acompañó al hombre hasta su cabaña y compartió su comida y le compró unas ropas y zapatos viejos. El hombre no aceptó el dinero de John.

Los zapatos le estaban grandes al principio, pero al final tuvo que detenerse para buscar una piedra aguzada y encajar otra vez un zapato en el pie dolorido. Se encaminó al oeste, siguiendo los caminos menos frecuentados. No sabía adonde iba ni hasta dónde había llegado cuando oyó el helicóptero. Se escondió junto a un ciprés antes de que el aparato asomase por la montaña. Se mantuvo inmóvil hasta que el sonido se extinguió tras la montaña siguiente.

El camino fue tornándose más pedregoso y arisco. John esperaba que al menos fuese un sendero de mulas. Las veredas de cabras terminan siempre en los acantilados. Encontró a un chico con una horquilla y una piedra y una ¿horda? ¿rebaño? de ovejas y cabras.

Le preguntó al muchacho por el camino.

–Es un sendero de muías.

Antes de desaparecer, el chico sacó una flauta y tocó una tonada que John nunca había oído y no obstante conocía.

Volvió a oír al helicóptero a la tarde siguiente y otra vez se escondió. Tenía que ser el mismo helicóptero Tenía el mismo signo del KYP. Y esta vez volaba tan bajo que el joven hubiera jurado que el Mayor Anagnostis iba al lado del piloto.

Encontró a una mujer embarazada. Como llevaba la cabeza descubierta, saludó con el gesto. Con gran cortesía le deseó un buen parto.

Ella se ruborizó y sonrió al hablar.

–Va hacia el bien. Va hacia el bien.

Una mujer encinta era un buen presagio. Significaba que el viaje daría frutos.

Y dio fruto. El camino resultó conocido.

Oyó el helicóptero. Allí no había refugio. El miedo puso alas á sus pies al correr hacia un montón de piedras. Su corazón todavía resonaba en sus oídos mucho después de haberse detenido. El sudor cegaba sus ojos y le pegaba las ropas a la piel. Se inclinó para coger una piedra en cada mano y volvióse hacia el helicóptero.

La voz del altavoz era la del Mayor Anagnostis.

–David al menos tenía una honda. ¿O cree que es usted James Bond?

–No, Julián Bond.

El Mayor debió ver el movimiento de sus labios, mas sin oír las palabras.

–¿Qué? Bueno, no importa. Encontramos el bote hundido y descubrimos su rastro. Que termina aquí. Suelte las piedras.

John arrojó una y falló. Luego la otra e hizo blanco. Hubo un ligero crujido en el plexiglás. El helicóptero se ladeó fuera de alcance y planeó. John se agachó para coger otras dos piedras.

El altavoz rió.

–Ríndase, DeFoe. Admita que acaba de encontrar a su Némesis.

Las manos de John soltaron las piedras y empuñaron la pistola de asalto rusa. Las alternativas eran rendirse al Mayor Anagnostis o usar la pistola. Bien, no existía ninguna alternativa. Si disparaba, bastaría con un solo tiro.

Apuntó y apretó el gatillo.

Un turista discutidor y ventrudo empujó a John.

–Avance, hijo.

El turista había pagado por tomar el sol de Grecia y no podía consentir que la visita al templo subterráneo, por muy atmosférico que fuese, le robase demasiado tiempo.

Habían efectuado una excelente labor al reparar el corredor que conducía a la capilla interior; apretando el paso, siguió la indicación de la flecha de neón. De pronto estuvo en presencia de la pitonisa.

–¿Tu nombre?

–John DeFoe.

La pitonisa se puso tensa.

–¿Tu pregunta?

–¿Es feliz el alma de Xenia Leandros?

Oyó un sollozo bajo el velo. Pero las lágrimas eran gotas de lluvia en una estatua.

–El cerebro no siente dolor, Kyrios Yanni, pero lo conoce. La psique no experimenta felicidad ni desdicha, pero conoce la desdicha y la felicidad.

Bajo el velo y bajo la peluca negra que convertía a Xenia en la pitonisa, Xenia era la pitonisa, incluso después de la sorpresa que John acababa de darle. ¿Era muy buena actriz o es que ella y la pitonisa eran iguales bajo la piel? Tal vez su objeto al ocupar el puesto de la sabia idiota había sido subvertir el Oráculo de Belfos y minar la acción de la Junta, pero se había metido tanto en el papel que se había convertido en la verdadera pitonisa que profetizaba los oráculos.

Le concedería a Xenia el beneficio de la duda; no había proyectado que muriese la sabia idiota, sino que el presentador se la llevara, lo mismo que las explosiones no tenían por objeto destruir la computadora, sino crear una confusión para poder efectuar el cambio.

Parpadeó una luz. Había terminado su turno.

Salió medio cegado y de pronto se vio frente a frente con el Idi cardenal Naluji. No, era más joven, con una máscara más ligera que la del cardenal. La suya.

En la esquina había un muro de mármol muy pulimentado. El cardenal no debía haberse fijado en aquel muro de superficie reflejante al salir del templo el día de la inauguración. ¿Podía haber significado el mensaje de la pitonisa al cardenal (o sea ceder su «nada sagrada» al primer negro que viese al salir del templo) la tonsura, aconsejándole al cardenal que deseaba llegar a ser el primer Papa negro, que fuese humilde como cuando se convirtió en clérigo?

John contempló el espejo del muro y extendió sus dedos separados y abiertos sobre el rostro reflejado. Darle a un hombre el moundza era maldecirle con la

ceguera. Bien, el cardenal había estado ciego. Él había estado ciego. Recordó al cardenal entregándole el anillo. Recordó la mirada de Virón. Este no había estado ciego.

«Me siento orgulloso de él. Ha peleado bien.»

El rostro se puso rígido. John dio media vuelta para ir en busca de la pitonisa. Pero no podía retroceder. No porque el turista gordo pudiera promover un alboroto si John se le adelantaba para una consulta privada. Xenia no lo sabía. Sólo uno podía saberlo.

Cojeó bajo el sol. Sin duda habría agentes del KYP confundidos con el gentío, pero tal vez él había sido la presa personal del Mayor Anagnostis. Al menos ningún ojo se había fijado en él, nadie le había detenido. Entre los tenderetes donde vendían estatuillas de Apolo y redomas de gas que aseguraban se había filtrado por la grieta del suelo del templo, John encontró una cabina telefónica.

Esta vez tuvo que probar menos veces para silbar las notas exactas.

—A su servicio, señor DeFoe. Bien venido a Delfos.

—Gracias. ¿Estamos solos?

—¿Pragmática o existencialmente?

—Pragmáticamente.

—Sí. La Junta tiene interceptadas todas las cabinas telefónicas, pero yo he contrarrestado ésta.

—Bien. Yo soy hijo de Virón Kontos y... bien, no recuerdo el nombre de la hermana de Idi cardenal Naluji.

—Dalili, hija del antiguo embajador de Mali en Grecia. Dalili vive en Bamoko, está casada y tiene seis hijos. Virón Kontos es el difunto Virón Kontos. La evidencia es circunstancial, pero deduzco que Dalili tuvo unos amoríos con Virón y luego tuvo su hijo en secreto y lo llevó a un orfanato, que fue su primer hogar, señor DeFoe —ante el largo silencio de John—: ¿Desea algo más de mí, señor?

—Sí y no.

—Yo soy una computadora, señor, y en mi lenguaje sólo es sí o no.

—También se supone que tú serás el cerebro del Oráculo de Delfos cuando yo te suelte. Y un oráculo es ambiguo por definición.

—Cierto, señor. Perdóneme por haberme olvidado de ceñirme a mi programación. En realidad, aún carezco de práctica.

—No te preocupes. Ya la conseguirás. Lo que quise decir por sí y no es que por el momento no te necesito, pero volveré a llamarte. Hasta entonces, trataré de averiguar qué debo preguntarte. Mientras tanto, puedes ayudarme.

—A su servicio, señor.

—Podrías intentar averiguar cuáles son las transacciones entre Varvara Tambouris y Kostis Dimitriou. Y podrías susurrar una advertencia al oído de la pitonisa siempre que la Junta esté a punto de entrar en acción contra la Resistencia. Para que lo sepas, la Junta es malvada. Y no es que la pitonisa sea enteramente buena. Pero nadie es totalmente bueno. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

–También podrías encontrar el modo de entrar en contacto con una nave espacial que ahora vuela entre la Tierra y Alpha Phoenicis. Me gustaría enviar este mensaje: Bon voyage. O mejor, dicho en griego, de lo contrario será griego para él. ¿Comprendido?

–Sí y no, señor»

–Llámame John.

–Está bien, John.

Se alejó cojeando sin mirar atrás. Y empezó a sonreír»

JUGADORES A CERO-G

**Algis Budrys, Theodore R. Cogswell y
Ted Thomas**

Es frecuente que un nuevo invento no funcione como estaba previsto, lo cual, evidentemente, puede acarrear problemas. Pero en algunos casos también puede causar problemas el que algo funcione demasiado bien...

Lo ocurrido era increíble. Un sonido que iba en disminución, como el gemido de un banshi moribundo, vibraba aún en el aire y hacía que a Nathaniel Wollard le doliesen las muelas. Apartó con amargura varios ladrillos, la cubierta de plástico de un gabinete de control, varios cristales, un conjunto de cubiertas de plástico de los mandos, una sección del núcleo de una calculadora electrónica y varias ramas pequeñas de un roble. Después, se sentó.

Las gafas de Wollard se habían roto por el puente y las dos lentes le colgaban de las orejas. Se las colocó otra vez ante los ojos y miró a su alrededor con incredulidad. Todos los edificios estaban arrasados. No había ni un solo grano de polvo en la franja de servicio de lo que había sido el único cobertizo utilizable de la vieja pista perteneciente al Aerospacio McNeil. El cobertizo estaba totalmente destruido. Sus pedazos y los de las estructuras que antes lo rodeaban, todavía iban cayendo a su alrededor. Wollard cuadró los hombros y cruzó las manos por encima de su cabeza, y las gafas se partieron definitivamente. Vio sectores de techumbres y remolinos de planchas volando hacia el nordeste por encima de las copas de los árboles.

Nathaniel Wollard, ganador del premio Enrico Fermi, de la Medalla de Oro del Departamento de Comercio de Estados Unidos, el Premio Morris N. Liebman, el Premio Benjamín Apthorp Gould, el Premio Irving Langmuir y la Medalla de Inventos Científicos Excepcionales... continuó sentado allí, preguntándose qué habría sucedido. Después se acordó de los otros.

Se puso en pie y empezó a escudriñar por las ruinas más próximas.

—¡Joe! —llamó—. ¡Frank! ¿Dónde estáis?

A unos ocho metros de distancia, en lo que quedaba del centro de control que habían establecido en un rincón del cobertizo, dos montones de cascotes se movieron. Wollard saltó hacia el más cercano y apartó una pieza de techo Celotex, varios fragmentos de una silla plegable, un clip cuyas pinzas sólo apesaban un extremo desgarrado de lo que había sido un bloc amarillo, una taza de café Styrofoam, con un clip para papeles empotrado en su superficie, varios cristales y una espesa capa de polvo. Luego, arrastró a Joseph Barnett hasta sus pies. Barnett, ganador de la Medalla Rutherford, el Premio con Medalla Guthrie, la Medalla Nacional de Ciencia, el Premio de Servicios Civiles Excepcionales, la Medalla Trent Crede, el Premio David Sarnoff y el Premio para la Difracción Física Eugene Warren.

–¿Qué ha sucedido? –inquirió Barnett.

–No lo sé –repuso Wollard–. Teníamos ya el vehículo a unos palmos del suelo, por lo que la coraza de gravedad funcionaba perfectamente. Luego...

–Exacto –recordó Barnett–. Llevábamos con la fuerza de arrastre desde hacía treinta segundos, y ni siquiera tuve ocasión de cerrarla. Todo ocurrió tremendamente de prisa, y de pronto... explotó. ¿Qué fue aquel maldito estruendo?

–¿Y el viento?

Wollard contempló la plataforma de despegue que formaba la coraza de gravedad. El viejo «Buick» aún estaba allí, aunque parecía un racimo de uvas machacado.

–Debimos meditar mejor todo esto –gimió Wollard finalmente–. Debimos meditar más antes de embarcarnos en un experimento sólo porque alguien podía adelantársenos. Le dije a Frank que... –de repente se dio cuenta de que sólo estaban en pie ellos dos y volvió a mirar frenéticamente en torno suyo–. ¡Frank!

El otro montón de chatarra volvió a moverse. Una destrozada tabla de madera cayó a un lado y una figura muy sucia luchó por incorporarse, desplazando un sector de valla blanca, un mando de circuitos, un impreso Oralid, la cubierta de un transformador, varios pedazos de cristal y una vieja zapatilla de tenis.

Wollard y Barnett terminaron de levantar a McNeil. Le habían desaparecido la chaqueta y la camisa, y su corbata de punto colgaba flojamente de su cuello. Miró a su alrededor con incredulidad, deteniendo sus ojos en los postes de energía caídos, la furgoneta que descansaba sobre un costado con las piezas del conducto de aluminio que sobresalían a través de los paneles inferiores.

–Es un milagro que no hayamos muerto –murmuró.

–¿Tienes alguna idea de lo ocurrido, Frank? –se interesó Barnett.

Frank McNeil, poseedor de la Medalla de Oro Internacional Niels Bohr, el Premio George Washington, el Premio de Estado Sólido de Física Oliver E. Buckley, el Premio Nobel de Física, el Premio Memorial Oppenheimer y el Premio Memorial E. O. Lawrence, se rascó la nuca y acabó por negar con la cabeza.

–No. Aunque el aspecto del auto parece indicar que el campo de fuerzas se invirtió y sufrió el impacto de quinientos G en vez de cero. Lo cual –añadió apresuradamente– no sólo es imposible teóricamente, sino que no explicaría el resto de la destrucción.

–Bien –agregó Barnett–, echémosle otro vistazo. Vinimos los tres aquí para cazar un poco. Hace tres noches, tras tomarnos unas cervezas, tuvimos la idea de construir un aparato que anulase la gravedad. Nos pareció tan sencillo que empleamos un coche viejo para ver qué pasaba. Y ahora... ha ocurrido esto –hizo una pausa y contempló nuevamente los restos del destruido aerospacio–. Nos costó unos condenados mil ochocientos dólares construir la coraza contra la gravedad y ved qué ha pasado.

–Lo que quiero saber –exclamó Wollard con impaciencia– es qué ha ocurrido. Aunque el campo antigravitatorio haya funcionado mal, no debió provocar esto. Su radio efectivo es sólo de veinte metros.

–Quizá explotó el depósito de gasolina del coche.

–En cuyo caso –arguyó Wollard, sacudiendo la cabeza–, lo sabríamos con sólo mirarlo. Y todavía está entero. Jamás debimos intentar adelantarnos a Charles Garnett. Debimos reflexionar más y construir menos en los últimos tres días.

–Pero sobre el papel, –protestó Barnett.

–¡Tampoco podíamos permitir que Charles Garnett nos apabullase! –gritó McNeil–. Habría quitado toda, la salsa del concepto.

–Parte de la crema –replicó Wollard dolorosamente, indicando con el gesto el derruido «Buick»–. Bien, reconstruyamos. Cuando pusimos en marcha el campo antigravitatorio, el coche pasó a cero-G. Y de repente, nos cayó encima el cielo. Tuvo que deberse a una fuerza externa.

McNeil se chupó tristemente un nudillo despellejado y después señaló una nube de polvo que se acercaba.

–¡Eh, por lo visto vamos a tener compañía!

Los tres se volvieron para mirar la camioneta desvencijada que avanzaba por el campo hacia ellos, con los guardabarros agitándose visiblemente y una ligera nube de plumas de gallina flotando desde la caja de carga.

–Es nuestro terrateniente –gruñó McNeil–. ¿Qué os apostáis a que afirmará que este sitio era un aeropuerto comercial antes de que nosotros lo arrasásemos?

Un instante después, el camión chirrió hasta detenerse con cierta vacilación al lado de los tres jóvenes, y se abrió la portezuela del conductor.

–¿Estáis bien, muchachos? –era Silas Whitemountain con su sempiterno sombrero de paja–. Por la forma en que volaban las cosas, me imaginé que estaríais ya camino de Kansas como todo lo demás.

McNeil estudió al hombre de cabellos blancos, con mono de trabajo, cuya granja se hallaba contigua a la abandonada pista.

–Supongo que hemos tenido suerte –asintió. Después, tras reflexionar rápidamente, añadió–: Bien, tal como ha ocurrido, le hemos ayudado a despejar este terreno. Ahora está mucho más cerca de convertirse en un sembrado de alfalfa que ayer a esta misma hora. Le hemos ahorrado a usted un buena cantidad de gastos.

–Una bonita destrucción, ¿eh? –refunfuñó el viejo, echando una ojeada por el devastado campo–. Eran unos edificios valiosos, muy valiosos. Con la inflación y demás, calculo que la reconstrucción costaría unos buenos doscientos mil dólares. Sin contar su valor histórico. Fue el primer aeropuerto del condado de Sugwash. Lindbergh aterrizó aquí cuando efectuó su gran gira al regreso de París.

–Debió de perder el rumbo –observó McNeil.

–Pues, en realidad, eso le ocurrió, sí. Y aun así, siempre pensé en poner un marcador y el precio de entrada. Las cifras son intangibles cuando uno colecciona seguros contra tornados.

–¿Seguros? –repitió Wollard. El, McNeil y Barnett miraron al viejo granjero como hipnotizados–. ¡Oh! –prosiguió el primero–. ¿Qué clase de seguro?

–Contra tornados. Lo último que esperaba. No vi formarse ninguno esta temporada, y eso que llevo viviendo aquí, pendiente del hombre del tiempo, hace casi ochenta años. Lo vi con la máxima claridad desde mi casa. Fíjense –señaló con la mano–. Todavía pueden ver la cola del tomado.

Por primera vez, el terceto de físicos levantó la vista al cielo... Desapareciendo por el nordeste se veía como la cola de una nube blanca, inofensiva al parecer.

–Ya se aleja –continuó el granjero, bajando el antebrazo lleno de arrugas–. Seguro que no duró mucho, pero fue como el infierno. Destrozó todos sus aparatos, muchachos. Y tampoco parece haber favorecido mucho a su avión. Por primera vez, he tenido la oportunidad de verlo.

Se aproximó a los restos del «Buick», apartando a patadas algunos restos, sin dejar de menear la cabeza»

McNeil intercambió miradas con Wollard y Barnett.

–Creo que estamos libres de indemnizaciones –susurró–. El viejo cree realmente que fue un tornado.

Wollard abrió más los ojos y en los mismos se asomó una expresión de entendimiento.

–Y lo fue. Claro que lo fue. Nosotros formamos el tomado.

–¿Nosotros? –se enojó McNeil– ¿De qué modo? ¿Te das cuenta de las fuerzas involucradas? Nosotros nos limitamos a dejar que la masa aérea levantara un peso de dos toneladas a tres metros del suelo.

Barnett sacudió la cabeza, que tenía levantada para contemplar aún la nubecita que iba reduciéndose a nada.

–El aire no podía sostener la masa de dos toneladas sin peso. Porque el aire tampoco pesaba. No pensamos que...

Ahora le tocó a McNeil el turno de comprender todas las implicaciones. Se puso tan pálido como Wollard.

–Nosotros interpusimos una coraza entre la gravedad de la Tierra y una columna de aire de treinta metros de diámetro y la altura de la atmósfera. La gravedad se propaga a la velocidad de la luz. Debí ser el aire entrante el que hizo volcar el coche y formó el tornado.

–De acuerdo –asintió Barnett vigorosamente–. Nosotros produjimos la columna de aire sin peso, que huyó al espacio. El aire contiguo penetró en el hueco formado, quedó a su vez sin peso, siguió al aire original a lo alto, y el aire que había detrás acudió velozmente. La aceleración de Coriolis se encargó del resto. Fue una suerte que la energía quedase cortada, de lo contrario habríamos muerto con toda seguridad, destruyéndose además el resto del mundo. ¡Dios mío! –calló y se apretó la cabeza con las manos–. Si la coraza contra la gravedad hubiese durado más tiempo, habríamos enviado toda la atmósfera terrestre al espacio exterior.

Wollard abrió la boca y empezó a tocar los mandos de su calculadora SR-11.

–¡Chiuuu! –silbó–. Bueno, llevaría unos trece millones de años el que la atmósfera de la Tierra escapase por completo al espacio de esta manera, suponiendo una presión constante.

–Sí –asintió Barnett–, pero mucho antes habría acabado la vida en el planeta. Faltaría aire, ¿entendéis?

De pronto, en el rostro de Wollard apareció una nueva expresión de desmayo y volvió a tocar los mandos de su SR-11.

–¿Qué pasa ahora, Nat? –quiso saber McNeil.

–Disparamos un impulso cilíndrico de antigravedad de treinta segundos al espacio. ¿Y si choca contra el sol? Cuando iniciamos la prueba, se hallaba casi directamente sobre nuestras cabezas.

Boquiabiertos, todos levantaron la cabeza. Barnett consultó su reloj y luego, protegiéndose los ojos, miró hacia el sol.

–Ahora tendremos la evidencia empírica. Quinientos segundos para llegar allí, quinientos segundos para que veamos el efecto causado, si hay alguno. Dieciséis minutos y medio. Debería ocurrir ahora.

Contuvieron la respiración. Gradualmente fueron transcurriendo los minutos. Pasó el límite fijado y un margen de seguridad. Barnett se encogió de hombros y se volvió hacia los otros dos.

–¿Lo veis? Nada.

–No ha dado en el blanco, eso es todo –replicó Wollard–. Aún está en marcha.

McNeil asintió antes de preguntar:

–¿Y qué ocurrirá cuando choque con otra estrella? O con un planeta poblado –calló y sacudió la cabeza–. ¿Serían capaces esos individuos inteligentes de seguir su rastro hasta aquí? ¿Podrían descubrirnos? –miró a sus compañeros–. ¿Lo considerarían un arma apuntada hacia ellos?

–Será mejor –observó Wollard– que lo comuniquemos a los astrónomos para que vigilen si se interpone algo en el camino de ese rayo. ¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho?

Silas Whitemountain y su sombrero de paja se les acercó.

–Se mueve de forma misteriosa... Oh, sí. Ese tornado retorció tanto las alas de su avión que ahora parece un coche.

Los tres le contemplaron un momento con tristeza, y, de pronto, McNeil irguió la cabeza y cuadró los hombros.

–¡Alas! –exclamó–. Claro... Podríamos poner la coraza contra la gravedad en el fondo de un avión o un cohete, aplicarle unas alas, enviarlo a volar a través de casi toda la atmósfera haciendo funcionar la coraza. Esto eliminaría el tornado y la atmósfera ya no tendría problemas.

–¡Bravo! –aplaudió Barnett–. Y nuestro seguro ayudaría a pagar esta destrucción.

Con el gesto indicó los montones de chatarra.

–Sí –asintió Wollard suavemente–. Y esto nos deja con un solo problema.

Levantó la vista en la dirección por la que había desaparecido el rayo. Los otros dos le imitaron, absortos en sus pesimistas pensamientos.

COBRA EL CHICO DE LA FLOR

George Malko

Hay narraciones cuya fuerza está, más que en lo que describen, en lo que dejan entrever. He aquí un relato, planteado como una pieza breve teatral, que sobrecoge especialmente por lo que se intuye «fuera del escenario».

Con cuarenta y cuatro años de edad y cansado, Madden estaba tendido, contemplando las estrellas a través de los agujeros del techo, preguntándose qué había ocurrido. Por la mañana, cuando saliese el sol, daría media vuelta y cerraría los ojos.

D llegó una tarde y le encontró. Se sentó al borde de lo que había sido el estrado de los músicos y empezó a jugar con el magnetófono. Insertaba metódicamente una cinta tras otra, ignorando los duros chirridos que surgían de la pequeña máquina. El crujido de una tabla la puso en tensión y momentáneamente se acurrucó. Luego reconoció el jadeo de Madden, y eligió otra cinta, como buscando una que no zumbase ni hiciera ruidos.

Madden se abrió paso lentamente por entre las tablas caídas junto a los listones podridos de la jaula de la gogo. Llevaba una gran bolsa de comestibles. Se detuvo como sorprendido, con su mata de pelo alborotado en torno a su rostro juvenil de ojos azules, jóvenes, increíblemente afectuosos. Aquellos ojos contemplaron a D a través de las gafas viejísimas caídas sobre la punta de la nariz. Por un momento, no recordó quién era ella.

La cinta de brocado, moteada y deslucida, que ella llevaba en la cabeza arrojaba destellos mezclados de luz y sombra, que apenas abrillantaban su túnica parda. Inclínada sobre el magnetófono, sólo parecía una chiquilla absorta por la música. Madden recordó, sonrió y llevó los comestibles al estrado de los músicos. Una vez libre de ellos, se sentó de golpe, como sintiéndose liberado de un gran peso, o como advirtiendo entonces que se hallaba cansado.

—Por poco me pillan.

Como de costumbre, al hablar agitó las manos.

D colocó otra cinta en el aparato.

—Suenan peor.

Su voz carecía de tono, no tenía nada de juvenil.

—Alguien me vio al deslizarme por detrás del circuito de la Credo-Check-Line y dio el soplo por el transmisor.

Madden suspiró y miró nerviosamente a su alrededor. Las únicas cosas limpias y enteras en toda aquella ruina eran una mesita para café y una silla. Madden había dispuesto sobre la mesita un menguado ramillete de flores mustias, dentro de un vaso medio roto.

—¿No podrías arreglar esto? —le preguntó D.

–Si no me consigues un par de válvulas de mercurio antiguas, cada vez sonará más débil.

–Quieren saber para qué son y hacen toda clase de preguntas. ¿No podrías robar algunas?

Madden rió hoscamente y se sentó a la mesa.

–Gracias a Dios, allí donde voy sólo hay comida. Hace años que dejaron de vender válvulas. Sólo comida y tal vez municiones.

–Tengo que volver pronto a casa.

–Acabo de regresar –replicó Madden, frunciendo el ceño–. Quédate un poco más.

–Esta noche vamos a La Arena.

–¿Otra vez? –sus manos se movieron con mayor rapidez–. ¿Quién queda allí por morir?

D se encogió de hombros y puso otra cinta en el aparato.

–Creo que ésta es la mejor.

Era la primera vez que expresaba algo parecido a una opinión, pero Madden no se fijó en eso. Cuando tropezó con ella, buscando por entre los desperdicios del campo, pensó momentáneamente que era como él.

Luego la vio equipada con el uniforme y se asustó. Cuando ella no dio la alarma y sólo mostró curiosidad, él respiró tranquilo. Finalmente, sobreponiéndose a su sentido de precaución febril, la condujo adentro y le enseñó su escondite.

Del magnetófono salía una canción tras otra. Madden cogió una de las flores y pasó cuidadosamente un dedo por sus marchitos pétalos.

–Sí –murmuró–, está estropeada.

Suspiró y miró un rayo de sol que atravesaba el techo quemado.

–Todo se echó a perder. Seguro que había algo que nos hubiera gustado»

–Sí.

D, bruscamente, cerró el magnetófono.

–Lo siento. No quería volver a hablar de esto.

–No importa –la joven, lentamente, trepó al estrado–. Pero tú siempre pareces angustiado cuando hablas de ello.

–No creo que sólo quede yo, ¿sabes?

Mientras él hablaba, D cogió un pedazo de madera. Lo sostuvo sobre otros dos palos derechos, se concentró lentamente y levantando una mano dura como un cuchillo, chilló: «¡Hai!» y partió la madera con un golpe perfecto de karate.

Madden dio un salto y giró sobre sí mismo, con el rostro ceniciento de terror. .
–¡Diantre, chica, no hagas eso!

D, totalmente calmada, volvió a sentarse.

–Lo siento, sólo practicaba.

Demasiado nervioso para tomar asiento, Madden se dedicó a desenvolver los comestibles.

–Alguien te oirá y es lo único que me falta.

–He de marcharme.

Madden se detuvo en su tarea y dio media vuelta.

–Por favor, quédate –un ruido repentino fuera le obligó a envararse, y luego se dejó caer al suelo como una roca–. ¡Son ellos! –susurró.

D, medio agachada, levantó la cabeza y escuchó.

–No lo creo.

–¿Cómo puedes saberlo, por amor de Dios? ¡Agáchate! ¡O te descubrirán!

D obedeció, al tiempo que la abertura por la que había penetrado Madden era apartada a un lado y una figura alta y grotesca entraba arrastrándose, para luego erguirse lentamente. Era enorme y llevaba un gran sombrero, una chaqueta ribeteada de ante, unos pantalones téjanos raídos y botas. Por debajo del sombrero asomaban unas patillas anchas, espesas. Llevaba unos prismáticos con unas lentes como los culos de las botellas de coca-cola.

–Madden –exclamó con voz llena de dignidad–. Kimosabe.

–¡«Forajido»!

Madden ya estaba de pie.

–Eh, muñeco... –empezó a decir «Forajido».

De pronto, cayó hacia delante con un tomahawk incrustado entre las paletillas.

Madden se quedó rígido. Sonaba una música... una musiquilla tenue, perdida, llena de acordes y sostenidos plagados de tristeza; el centinela había estado atento, pero los indios habían conseguido infiltrarse, vengándose de la caballería de Estados Unidos... Salió de su estupor y corrió hacia el caído, para sostenerlo.

–¡«Forajido»! ¿Qué ha ocurrido?

Este logró abrir los ojos.

–Lo conseguí, chico –jadeó™. Dos mil millas. Lo logré.

Madden no podía creerlo.

–Dos mil...

–Esta vez, el viejo «Forajido» lo hizo bien, amigo..

La respiración silbaba en su garganta.

–No te esfuerces. No intentes hablar –levantó la vista hacia D–. Un poco de agua... –pidió con urgencia–. De prisa.

–No –le interrumpió «Forajido»–, aguarda –atrajo a Madden más hacia sí–. Escucha... –continuó trabajosamente–. Escucha...

–Sí, «Forajido», sí...

–El asesino es... –volvió a toser, contrayéndosele el pecho a causa del dolor–. El asesino es...

Levantó los ojos, se escapó de entre sus labios un estertor final, y la cabeza cayó de lado.

–¡«Forajido»!

No hubo más música.

–¿He de traer el agua? –inquirió D.

Al cabo de un instante Madden sacudió la cabeza.

–Ya es tarde. . –¿Quién es el asesino?

Madden no pareció oírlo. Sostuvo el cuerpo de «Forajido» un momento más entre sus brazos; por fin le soltó con suavidad, fue hacia la mesita y se sentó.

—Cuando éramos niños —murmuró, con una expresión de suave pesar en su rostro—, nos pegaban a los dos. Dos o tres veces por semana dejábamos de ir al colegio y nos dedicábamos a jugar. De vuelta a casa... —calló y respiró profundamente— uno de nosotros contaba cualquier historia. La favorita era...

No pudo continuar y se limitó a señalar el cadáver de su amigo.

—¿Era un forajido? —quiso saber D.

—Claro que no —repuso Madden quedamente.

D contempló el cadáver y volvió junto a Madden.

—Bien —dijo sin la menor emoción—, ahora eres lo que antes dijiste.

—¿A qué te refieres? —preguntó Madden tristemente.

—Eres el último. El último.

Madden contempló una vez más el cuerpo de «Forajido» y apartó la mirada.

—¿Quieres ganar el premio?

D movió la cabeza y cogió el magnetófono.

—Me gustaría que esto funcionara.

—Puedes quedártelo.

—No quiero privarte de él.

—Quiero regalártelo —insistió Madden—. Un obsequio. Luego, cuando encuentres válvulas, nadie te hará preguntas. Podrás declarar que lo has encontrado.

—Oh...

Tras un breve silencio, Madden añadió:

—Creo que es mejor que te marches.

—Sí.

—¿Vendrás a verme mañana? .

—No —D sacudió la cabeza.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Podríamos hablar más. Te hablaré de...

—Ya me lo has contado todo —le interrumpió D.

—Oh, no... —protestó Madden, levantándose—. Seguro que yo...

Algo rebotó en la pared más alejada, cortándole la palabra. Chocó con un sonido seco y rompió un espejo ya partido. Madden se dejó caer al suelo. A su lado, D también estaba ya agazapada.

—Me han descubierto —susurró él con terrible apremio. El rostro de D no expresó nada—. Son ellos.

D se deslizó a lo largo del muro, se aplastó contra el mismo y expertamente atisbo por una grieta.

—Son unos niños —murmuró, volviendo a enderezarse.

—¿Estás segura?

Madden estaba tan blanco como una sábana y respiraba con dificultad.

–Echa una ojeada tú mismo.

Madden no miró. Se incorporó penosamente y se sentó de nuevo en la silla, temblando de pies a cabeza.

Cuando habló lo hizo como si ya estuviera en medio de un relato fascinador.

–Yo tenía diecinueve años y acababa de regresar de The Hash y estaba dando vueltas a la casa. Todo el mundo estaba realmente atareado con algo, y yo entraba y salía como un suave aroma –levantó la vista hacia D, que le estaba contemplando–. ¿Te he hablado de mi hermana?

No aguardó la respuesta, sino que reanudó su relato. D se unió a él, palabra a palabra, con tono remotamente fatigado, aunque fiel a la intensidad del de Madden.

–Yo tenía este frasco de ácido en la nevera –dijeron al unísono– y a nadie le importaba, y le puse la zancadilla a mi hermana. Esto le salvó la vida. Oh, sí, de veras.

D calló, pero Madden prosiguió, con el rostro cada vez más animado.

–Estaba loca. Mamá lo sabía y cuando la hice caer la salvé. Era sólo una chiquilla y lo tocaba todo; siempre era feliz y se estaba riendo... Pero yéndose. Tenía esa cosa que deseaba cavar... y mi madre... ¿te dije que mi madre era cantante de ópera? Lo era. Era una gran cantante de ópera y una persona maravillosa, maravillosa. Nada podía desviarla del buen camino. Decía que cada cual tiene que atenerse a lo suyo, ¿sabes? Era así y nosotros heredamos algo de ella. Yo había volado y le hablaba de ello y la chiquilla llegó y cavó un poco... y todo era tan sólido... El viejo... –Madden estaba enfebrecido y sus manos se movían como si tuvieran vida propia– estaba en otro sitio, ganándose la vida como podía, en publicidad, y siendo muy moral. Pero le gustaba lo que hacía... ¿sabes? ¡LE GUSTABA! Mamá se hallaba por encima de cualquier infierno y seguía cantando en esos grandes, inmensos escenarios, muñéndose todas las noches, todo flor japonesa, bella y delicada, muy femenina, y los públicos aplaudían cuando ella daba la nota final, para inclinarse respetuosamente y salir de escena... Y mi hermanita cada vez se tornaba más rígida. Lo sentía, cuando ella llegaba, como si yo fuese uno de esos grandes arcos y alguien me estuviera colocando la flecha, empezando a obligarme a combarme... ¡y yo ansiaba chillar! De modo... que un día arrojamos el ácido y le deseé buena suerte. Atravesamos el puente de George Washington y de pronto todo se hizo lento, como las olas que tardan una eternidad en formarse y otra en estallar. Sobre la ciudad planeaba una iluminación purpúrea y el río parecía de plata, y brillaba con tanta dureza como un diamante. Sabía que presentía el río, miré a mi hermana y vi que su rostro expresaba felicidad, aunque estaba llorando. Me dijo que podía gustar el sabor de aquel cielo púrpura. Las gaviotas estaban como clavadas en el aire, revoloteando alegremente, y moviendo sus cabecitas atrás y adelante. Sus ojillos sonrosados nos miraban, y los dos las contemplamos. Me eché a reír, agité la mano, mi hermana me imitó, y después dijo que las gaviotas querían hablarle, de modo que trepó sobre el parapeto, asomándose para ver qué querían... –Calló y tragó saliva penosamente. Su

semblante estaba sereno, con las manos inmóviles, levantadas—. Oí cómo golpeó el agua.

En el silencio que siguió, D aguardó hasta estar segura de que Madden no iba a añadir nada más. Luego cogió el magnetófono y los rollos de cinta.

Madden la miró y cogió una flor del vaso.

—Toma —murmuró, ofreciéndosela—. Llévatela.

D se detuvo y se volvió.

—¿Por qué?

—Para que te acuerdes de mí —dijo finalmente Madden.

D sostuvo el magnetófono en alto.

—Ya tengo esto.

—¿Y si no encuentras válvulas?

—Lo tiraré —dijo ella.

Se marchó.

Durante unos instantes, Madden estuvo sentado sin moverse. Luego miró a su alrededor. Se levantó y continuó desempaquetando los comestibles lentamente. Casi los había metido todos dentro del armario que había fabricado bajo el lugar de la orquesta cuando el ruido de una tabla le obligó a volverse. Cerró con cuidado el armario y oyó la voz de un hombre, dura y despreocupada, que exclamaba:

—Por lo visto, aquí hay alguien.

Cogiendo la solitaria flor, Madden se refugió rápidamente en un rincón sombrío y se aplastó lo más posible contra la pared.

Una puerta lateral se abrió de repente y se desgajó de sus goznes. Entraron dos individuos, ambos con el cuello muy grueso, de ojos menudos, muy pesados, y luciendo unas prendas funcionales de color pardo. Los dos llevaban sendos pistolones. El más gordo descubrió el cadáver de «Forajido» y silbó suavemente.

—Echaré un vistazo a esto —gruñó.

Su compañero echó mano al cinturón y miró a su alrededor con gesto cansado.

—¿Quién lo habrá liquidado?

Temblando, utilizando las fuerzas que le quedaban, Madden respiró hondo y salió de entre las sombras, sosteniendo la flor ante sí.

—Hola —dijo.

Su voz era cálida y amistosa.

El gordo dio media vuelta y lentamente levantó el arma.

—Bien, que me aspen...

La mano de Madden no dejó de sujetar la flor. Volvió a oír la música, triste, final y sonrió. De forma encantadora.

LA INQUILINA

Avram Davidson

Todos los caseros saben que hay inquilinos difíciles de tratar. Pero esto no es nada comparado con la eventualidad de un inquilino difícil incluso de describir...

Balto, el propietario del barrio, un hombrecito de nariz larga y peluda con traje gris, contrató a Edgel. Bueno, no de manera fija, pero de vez en cuando Balto le encargaba algún trabajo. Edgel era bastante alto, andaba un poco encorvado y por esto había conseguido una pensión por incapacidad física, que se gastaba en bebidas que sólo podían sentarle mal. A menudo, cuando tenía el rostro abotargado y rubicundo a causa del licor ingerido, bajaba la vista y allí estaba Balto.

Persuasivamente, Balto le decía que ésa no era vida apropiada para él, que así no tenía futuro, y que debía buscar algo que hacer. Pero Edgel jamás necesitaba ser persuadido, ya que asentía a todo plenamente. Y así se iba a trabajar para Balto como agente cobrador en alguno de los edificios de los que Balto sacaba grandes sumas de dinero. Y se imaginaba que era un ser respetable. A menudo, claro, resultaba que en la casa a la que Balto le encargaba ir a cobrar, había un inquilino que, por un motivo u otro, había prometido a Balto sacarle las tripas si osaba presentarse de nuevo. Y tan pronto como cesaba esta amenaza, Balto despedía a Edgel, suspirando. A veces eran los agentes de sanidad y de la propiedad, quienes tenían ganas de atrapar a Balto, pero que se quedaban aturdidos al hallar sólo a Edgel, que era un irresponsable, y por ello no podía ser citado judicialmente. Y cuando no había peligro, Balto con un suspiro... Y así indefinidamente.

Edgel jamás aprendía la lección. Pero, según observaba Balto, nunca estaba peor que antes, ganaba algún dinero, y siempre le queda su pensión.

Una noche, cojeando por una sucia acera y preguntándose si debía aventurarse hasta un nuevo bar donde vendían una onza y cuarto de whisky por el precio de una onza, o si debía buscar a cierto taxista que había llegado a un acuerdo con una nueva mujer, Edgel bajó la vista y allí estaba Balto.

—No quiero engañarte, Edgel —le espetó aquél—. Tengo un trabajo para ti y sólo en ti puedo confiar.

Porque era cierto: Edgel era honrado. Sus cuentas a veces no estaban equilibradas, pero él mismo ponía la diferencia. Escrupulosamente.

—Además —continuó Balto ávidamente—, debo confesarte que el trabajo no es fijo. En realidad, cuanto mejor lo hagas, antes lo terminarás. Y hay dinero a ganar.

Nombró una cifra impresionante.

—¿Crees que me gustan estos negocios sucios? —añadió Balto—. Preferiría tener dinero limpio. Lo único que he pedido siempre es una oportunidad. Y ahora la tengo. Y deseo compartirla contigo.

En resumen, seis inquilinos comidos por las ratas de Balto estaban incluidos en un sector que iban a derribar a fin de edificar casas nuevas. Las autoridades ya habían condenado los viejos inmuebles en favor de los nuevos constructores. Y éstos ofrecían al contratista una prima para acelerar el desahucio, y el contratista había ofrecido parte de la prima a los propietarios (incluido Balto) para apremiar a los inquilinos, y Balto (gran corazón) anhelaba compartir la prima con Edgel y los inquilinos.

–Y –concluyó–, en realidad (te lo digo en confianza, Edgel), estoy muy familiarizado con los tipos de esa nueva inmobiliaria. Nosotros, digo ellos, necesitarán personal de confianza, con experiencia y honestidad.

Quien sepa entender que entienda. Yo no digo nada más.

La larga y peluda nariz se proyectó hacia Edgel, de forma significativa.

Al día siguiente, Edgel se encontró con un tal Hallam, que tenía un lobanillo y que trabajaba para una firma de corredores de fincas, entregado a la tarea de buscar pisos para los inquilinos que los necesitaran.

–No saben apreciarlo –se quejó ante Edgel–. Deberían estar agradecidos por abandonar esos agujeros y no es así. Naturalmente –observó, mientras ambos caminaban con rapidez–, los pisos que les damos son también agujeros, pero ¡qué diablos!, al menos es un cambio de escenario.

Pasaron por delante de una tienda donde vendían restos de telas, tejidos tarados y otras cosas por el estilo, y un hombrecito moreno que estaba agazapado en el portal como un murciélago colgado del muro se desenroscó y voló hacia ellos.

–Recuerde que ha de encontrarme un buen piso, ¿se acuerda, eh?

–Sí, sí, claro –le aseguró Hallam–. Claro que sí. Ya puede empezar a empaquetarlo todo. –Se volvió hacia Edgel–: Aceptará lo que le ofrezcamos o tendrá que buscar por su cuenta.

Luego empezaron a subir unas escaleras muy desgastadas. A mediodía se hallaban ya en la última casa de la lista de Edgel.

–Con este edificio –comentó Hallam– tenemos buena y mala suerte. Buena, porque los inquilinos del piso central aceptaron la prima y se trasladaron adonde les dijimos. Mala suerte por la mujer del piso alto. Ella es nuestro principal problema. Hay otros inquilinos que se niegan a marcharse; tendremos que echarles y esto puede acarrear conflictos. En cambio, esa mujer no ha dicho exactamente que no quiera trasladarse, pero no hace nada por irse. Ah, lo sentiré por todos ellos cuando se vean en la calle.

El pasillo de planta baja donde se habían detenido estaba a oscuras; era húmedo y fétido.

–Estas cosas le hacen sentirse a uno como un criminal, total porque temen trasladarse. Han olvidado incluso si en otros tiempos vivieron en otras casas. En realidad, esa señora es una persona agradable, sosegada.

Algunos inquilinos no eran agradables ni sosegados y Edgel ya había comprendido por qué Balto estaba tan ansioso por repartir la prima.

—No haga caso si ese imbécil de abajo dice algo —le advirtió Hallam—. No es más que un idiota. No lo siento por él, puede apostar la vida.

El imbécil de abajo parecía, sonaba y olía como un viejo imbécil. Empezó a maldecir tan pronto como llamaron; maldijo en inglés, lenguaje singularmente pobre en maldiciones obscenas, por lo que repitió su repertorio una y otra vez. Al fin calló. Les miró, con los diminutos ojos bizcos y parpadeantes de su arruinado rostro.

—¿Van arriba? —preguntó, suave, tímidamente casi—. Les dejará entrar... si esta de humor... Cuando está de humor, siempre deja entrar a todo el mundo. Y cuando el viejo Larry dice «todo el mundo», sabe lo que significa. Todo el mundo.

Los peldaños crujieron y casi cedieron. En el piso alto había más luz gracias a la sucia ventana del pasillo. De alguna parte salía un ruido extraño. Hallam llamó. La mujer que contestó a la llamada no salió al pasillo, sino que se quedó en su vestíbulo detrás de la puerta semicerrada, atisbando. Edgel no pudo verla claramente, aunque le pareció que era una mujer de aspecto ordinario.

—Señora Waldeck, éste es el señor Edgel, agente del administrador —silencio—. ¿Está ya lista para el traslado? Si lo hace antes del final del mes próximo, nosotros podremos ofrecerle un piso...

—No quiero otro piso —declaró ella con voz cortante, aunque algo temerosa y débil.

—...Y le concederemos una indemnización. ¿Qué cantidad, Edgel?

—Tal vez... cien dólares.

—No quiero ninguna indemnización. Ni quiero irme. Llevo viviendo aquí treinta y dos años, estoy enferma y no puedo trasladarme.

—Señora Waldeck, todo esto son tonterías —exclamó Edgel bruscamente—. Podemos venir aquí con un policía y un funcionario mañana mismo y echarla a la calle. Pero no queremos comportarnos de este modo —añadió con más suavidad—. Le buscaremos un piso en una planta baja para que no tenga que molestarse subiendo escaleras y le daremos la indemnización. Después, como ya sabe, derribaremos este edificio.

La mujer seguía meneando la cabeza.

—Tal vez no lleguen a derribar esta casa —murmuró lastimosamente—. Estoy dispuesta a pagar más alquiler. Dos dólares más, ¿eh? Díganles que pagaré más alquiler porque soy una mujer enferma y no puedo hacer el traslado, y así no querrán ya derribar esta casa. ¡Porque no puedo trasladarme!

Su voz se elevó a un alarido y dio un portazo. Al cabo de un minuto, los dos descendían por la escalera.

—Podríamos llevar a un individuo con una placa y un papel —sugirió Edgel—, como si fuesen de verdad y ella no notará la diferencia. ¡Una tonta que cree que pueden dejar de derribar una finca por dos dólares de más en el alquiler! Lo mejor será que la llevemos, a ella y sus cosas, a otro piso, y de este modo podremos cobrar la prima.

Hallam asintió, diciendo que tal vez fuese posible si tenían mucho cuidado en que el asunto pareciese real.

–¿No ha oído ese extraño ruido? –preguntó luego.

–¿Como un loro?

–A mí más bien me pareció una rana. –Tal vez críe ranas para alimentar a un loro. Los dos se echaron a reír, y se marcharon a tomar un bocado y una caña de cerveza.

Era de noche, bastante tarde, varias semanas después, cuando iba andando cuidadosamente por una acera a oscuras. Se iba asegurando a sí mismo que no... no estaba borracho. Sólo llevaba un poco de alcohol en el cuerpo. El aire le despejaría la cabeza. Pero el aire, en vez de afectar a su cabeza, afectó a sus riñones. Edgel se internó en las tinieblas de un callejón. El tap-tap de unos tacones femeninos sobre la agrietada acera le hizo hundirse aún más entre las sombras. Al mismo tiempo, aquel sonido despertó un par de ideas en su ofuscada mente. Unas ideas escabrosas, apremiantes, feas. ¿Qué clase de mujer... sí, qué clase de mujer podía estar merodeando de noche por aquellas callejuelas?

De pronto, ella se detuvo al borde del callejón, a la débil luz del farol. Giró la cara a un lado y a otro como presintiendo una presencia extraña. Llevaba un sombrero de plumas y el vestido, de falda corta, era de buena tela. Relució el carmín de sus labios. Sonrió y arqueó las cejas. Edgel dio un paso adelante. Entonces se aclaró su vista.

Edgel distinguió que el sombrero era una vieja ruina y que el vestido estaba arrugado y desastrado. La carne que un segundo antes le había parecido marfileña y apetecible, era sólo bultos de grasa, con surcos y hoyos, y la piel era amarillenta, llena de arrugas. Llevaba los ojos pintados y los labios no eran más que una línea manchada con carmín grasiento, aplicado con inexperiencia para dar el aspecto de una boca. Los ojos rodaban y parpadeaban, y los pintados labios hacían muecas que eran sólo el recuerdo de sonrisas perdidas en el pasado.

Edgel reconoció a la señora Waldeck. Y se encogió dentro de sus ropas.

Ella divisó a alguien. Con las manos se alisó el vestido. Sonrió bobamente. Se alejó con un pronunciado balanceo de caderas y el tap-tap de sus tacones. De pronto, la quietud reinó en el callejón. Cuando Edgel salió del mismo no había nadie a la vista. Continuó andando y recordó las palabras del viejo Larry: «Cuando está de humor, deja entrar a todo el mundo... A todo el mundo.»

Uno a uno, los inquilinos se fueron trasladando. Edgel se detuvo a hablar con el hombrecillo de la tienda, cuya queja de que debían de haberle buscado un sitio mejor acabó por adoptar tonos violentos.

–Oiga –le interpelló Edgel–, ¿quién es esa señora Waldeck? ¿Qué clase de...?

Calló. El hombrecillo estaba gesticulando y su rostro había palidecido intensamente. Se llevó una mano a la bragueta. Hizo una V con dos dedos y miró a su través; luego levantó el pulgar y cerró los mismos dedos a su alrededor y escupió tres veces con gran vigor. Del interior de su ajada camisa sacó un cordón del que colgaban una cruz, un medallón, una diminuta mano de coral con la palma abierta y un cuerno de obsidiana negra. Lo besó todo con fervor y entre ruidosos jadeos.

Luego miró a Edgel y acabó abatiendo sus cerúleos párpados sobre sus brillantes y medrosos ojos.

—No quiero hablar de ella —musitó—, Nunca hablo de ella. Me trajo las colchas que confeccionó y se las vendí a unos gitanos, nada más. No sé nada más. Por favor, nada más.

Y se escurrió hacia la madriguera de su tienda.

Edgel inició su vigilancia. Dentro de un piso vacío, al otro lado de la calle, arrastró un sillón a la ventana, junto con comida y unas botellas. La mujer tendría que salir por víveres más pronto o más tarde. Y, finalmente, a la hora azul del crepúsculo de la tarde del segundo día de su vigilancia, ella salió. Permaneció largo tiempo en los escalones del portal. Luego, se alejó lentamente. ¡Pero se alejó! Llevaba varias colchas y una cesta para la compra; de modo que estaría fuera bastante tiempo. ¿Cuánto? Bastante. Edgel cruzó la calle, entró en la casa y subió la escalera de puntillas. Tenía que guardar silencio, aunque ya no quedaba nadie en el edificio que pudiese oírle. (El viejo Larry había sucumbido al atractivo de la prima, y decidió mudarse, con la boca asquerosa y el aliento fétido, a otro repugnante agujero.) Edgel se dijo, mientras hurgaba con las diversas llaves que llevaba a propósito, que tenía derecho a hacer lo que hacía, ya que era agente del propietario. (¡Y maldito fuese Balto por obligarle a realizar un trabajo tan sucio!) Ella, la inquilina, la ex inquilina en realidad, vivía en aquel piso por benevolencia, que no por derecho, ya que no querían cobrarle el alquiler. Y el día del desahucio se aproximaba. Pero su corazón latía con fuerza, y sabía que lo que estaba haciendo era vil y malvado. La llave, por fin, hizo un chasquido y se abrió la puerta.

El cuarto en que entró era deprimente y estaba atestado de muebles viejos. Vio algo a un lado y encendió la linterna. El bastidor para hacer colchas y una bolsa llena de guatas de aspecto sucio. Hacía mucho calor y el olor era insoportable. Se movió algo, sonó algo. Estaba en el rincón opuesto: Un bulto, como un vasto servicio de té, y encima un par de guantes de gruesa piel...

Edgel estuvo parado otro minuto. Luego, quitó la cubierta y otra vez oyó sonidos de algo que se movía, pero la luz de la linterna era muy débil y no acertó a ver nada. De modo que encendió la luz eléctrica y se enfrentó con lo que parecía una enorme jaula para pájaros.

A la primera ojeada pensó ver un niño en su interior... un niño como los de aquellas odiosas fotografías de los países subdesarrollados del tercer mundo: sólo un vientre prominente, y brazos y piernas como palos; pero al cabo de un instante comprendió que aquello no era un niño. Ni estaba muerto de hambre; se movía rápidamente una y otra vez, arrojándose contra los gruesos alambres, golpeando con sus diminutos puños, y gritando y chillando con su vocecita espantosa, medio alarido, medio carraspeo... ambos sonidos a la vez.

Abrió los puños y mostró las palmas arrugadas y los dedos nudosos, con uñas amarillas, torcidas... unos dedos con la piel agrietada, con verrugas que parecían mordiscos y pellejos de piel sucia entre ellos, que cuando se extendieron se convirtieron en membranas que llegaban hasta las primeras articulaciones. (Más

tarde no logró recordar cuántas articulaciones había, pero más que en sus propios dedos, seguro; y su mente continuó recordando aquellos dedos como las odiosas patas de algunas arañas carnívoras.) En los labios, la barbilla y la papada había tufos de pelo largo, y otros más en las axilas. Tenía el colorido de la muerte y la piel relucía con un lustre mohoso. A Edgel le pareció que acababa de quedarse sin mente, y pensó que si aquel extraño ser volvía a tocarle, él retrocedería y, parlotando, también se arrojaría contra las paredes.

La cabeza del monstruo golpeó contra el alambre de la jaula, dejando ver sus agudos y diminutos dientes, mientras lamía el alambre con una lengua negro-azulada.

Edgel dio media vuelta. La señora Waldeck estaba en el piso. Se acercó a él. En la mano blandía una plancha. Tenía el semblante blanco de ira. Edgel la cogió por la muñeca, forcejearon y ella le escupió. Entonces, él le retorció la muñeca y la plancha cayó. Los ojos de la mujer parecieron taladrarle y movió los labios.

—A veces es muy dulce —murmuró—. A veces acepta la comida de mis manos.

—¿Qué...? —sólo acertó a preguntar Edgel roncamente—. ¿Qué...?

La arrojó de un empujón contra la puerta. La cesta que la mujer sostenía en la otra mano se rompió y su contenido se desparramó, y Edgel vio unas tablillas en forma de ataúd, con el cráneo y las tibias en relieve.

Después del segundo whisky doble logró abrir los puños y consiguió relajarse sin temor a los rápidos, espasmódicos y gruñidores ruidos que había estado profiriendo (hacia unos quinientos años, tal vez), cuando huyó despavorido por aquellas carcomidas escaleras. Tragando, tragando el flujo de saliva que la bebida provoca, tomando el licor de un solo trago para ahuyentar el regusto a bilis, miró fijamente una masa de color que había ante sus ojos. La visión quedó enfocada al mismo tiempo que cesaba el monótono zumbido de sus oídos. El calendario de una joven desnuda con grandes pechos, y el estruendo de un tocadiscos y, a su derecha, la voz conocida y ronca de un valentón de taberna:

—¿Que lo haga salir? No saldrá si no quiere ¿Han visto lo que parece? ¡Diablos! ¡Si a esto sólo puede quererlo una madre!

CORRER

George R. R. Martin

Una de las más eficaces técnicas revulsivas de la SF consiste en plantear una situación angustiada en términos aparentemente "irreales", para luego mostrar que la situación descrita está mucho más cerca de la realidad de lo que parece a primera vista. Como este estremecedor relato, en el que es inevitable ver un trasfondo alegórico.

Había ocasiones, según los distintos casos, en que Colmer se sentía extrañamente inquieto. Pero nunca sabía exactamente el motivo. Constantemente lindaba en el aburrimiento, pero en lo más íntimo de su ser sabía que había algo más.

Claro que Colmer era un hombre de recursos. Cuando le asaltaba un cambio de humor tenía el remedio a mano. Lo mejor, había descubierto, era volver a la acción. Sus servicios siempre eran muy solicitados. Era un Maestro Sondeador, uno entre el centenar escaso de todo el espacio. A veces, si los clientes no podían abonar sus fabulosos honorarios, aceptaba un pago menor. Esto, si el caso era interesante y él se sentía aburrido.

Colmer tenía aún otros recursos para las ocasiones en que no hallaba ningún caso. A menudo se mantenía ocupado con juegos, con los amigos y con los deportes. Y con la comida, frecuentemente con la comida. Era un hombre bajito, sosegado, a quien le gustaba mucho comer, especialmente cuando estaba de malhumor y no tenía otra cosa que hacer. Colmer estaba seguro de que la comida formaba parte de su propia vida.

Estaba sentado en el Vieja Dama, aguardando su cena en una pausa entre sus casos, cuando le encontró Bryl.

El Vieja Dama había sido una goleta en otros tiempos. Ahora flotaba en el muelle de Sullivan, en el corazón del distrito pescador del Viejo Poseidón. Cerca, las embarcaciones plateadas, de suma elegancia, iban y venían diariamente, dragando las riquezas marítimas del Gran Mar de Poseidón. Las barcas arrastraban enormes redes llenas de sardinas plateadas y otros peces. Otras, asimismo, retenían inmensas cargas de cangrejos salados. Y los barquichuelos, cosa extraña, pescaban los gigantescos peces de aletas en pico y las anguilas vampiro, cuya carne era negruzca y mantecosa.

Todo el distrito olía a pescado, mar y sal, y Colmer lo amaba. Cuando le quedaba algún tiempo libre, se tomaba un día de asueto y paseaba por las calles revestidas de madera. Contemplaba las barcas de pesca al amanecer, y luego bebía hasta mediodía en los bares del muelle, buscando más tarde curiosidades en las tiendas más polvorientas que encontraba. A última hora de la tarde, descubría usualmente que tenía un apetito feroz. Entonces se encaminaba al Vieja Dama. Había varias

docenas de restaurantes marineros en aquel distrito, pero el mejor era el Vieja Dama.

Aquel día acababa de saborear un succulento plato cuando Bryl arrastró una silla y se sentó a la mesa.

–Necesito su ayuda –murmuró rápida y llanamente.

Colmer quería cenar sin compañía. Frunció las cejas.

–Tengo un consultorio –le recordó al otro.

–¿Tiene expedientes de todos sus clientes?

–Naturalmente –asintió Colmer.

–Yo no quiero expediente alguno. Por eso estoy aquí. Me dijeron que Adrián Colmer siempre cenaba en el Vieja Dama y que le encontraría con un poco de paciencia. Ignoraba si podría esperarle mucho, pero he tenido suerte. Ayúdeme, por favor.

Colmer se sintió repentinamente interesado, despertó su curiosidad. Estudió al desconocido que tenía delante. Era un individuo alto, delgado, de rostro moreno enmarcado por el cabello, que le llegaba a los hombros; llevaba un traje anodino, que podían llevar miles de hombres. Pero la cara carecía de edad, el sujeto agitaba nerviosamente los dedos y movía constantemente los ojos. Colmer abarcó todo esto de una sola ojeada.

Claro está, podía sondear. Algunos Talentos lo habrían hecho, sin preocuparse de la ética profesional. Pero Colmer sólo ejercía por dinero.

Le ofreció a Bryl un vaso de vino de la botella que estaba sobre la mesa.

–Está bien –musitó–. Coma, si gusta. Y dígame por qué necesita ayuda.

Bryl aceptó el vino, y lo probó, sin dejar de mover los ojos.

–Me llamo Ted Bryl. Y quiero que me sondee. Me persiguen. Llevan años persiguiéndome. Estoy seguro de que quieren matarme, aunque ignoro por qué. Por lo que recuerdo, toda la vida me han estado cazando y yo he estado corriendo.

Colmer juntó las manos y apoyó en ellas la barbilla.

–Usted parece paranoico –decidió.

No le gustaba andarse con rodeos.

Bryl se echó a reír.

–Sí, lo parezco, claro. Pero no lo soy. He ido a la policía. Me sondearon y saben que tengo razón. A veces, incluso han arrestado a algunos de los que me persiguen. Pero siempre acaban por soltarles. Y no me ayudan en nada.

–Muy paranoico.

–La policía me ha sondeado, repito.

Colmer sonrió con tolerancia.

–La policía siempre sondea –asintió.

Lo dijo como un médico pronunciando quiropracticante.

–Bien –exclamó Bryl–. Sondéeme. Véalo usted mismo.

–No se altere. Sí es usted un paranoico, seguramente podré ayudarle. Un Maestro Sondeador es un psicólogo calificado, entre otras cosas. Sin embargo, usted no ha hablado de precios...

–No puedo pagar nada. Tengo muy poco dinero. Consigo empleos, pero duran poco. He de echar a correr. Nunca están muy lejos de mí.

–Ya –Colmer le estudió un minuto–. Bien, por el momento, no tengo ningún caso. De modo que puedo interesarme por su problema. Si no se lo cuenta a nadie, le ayudaré sin pago alguno. En caso contrario, yo lo negaré, claro.

–Claro –asintió Bryl Colmer le sondeó.

Todo acabó en menos de un minuto; una rápida abertura de la mente de Colmer, un trago, un dragado. Para un espectador ingenuo, una sola mirada vacua.

Luego, Colmer se retrepó en su asiento, se rascó la barbilla y cogió su vaso.

–Es auténtico –murmuró–. Oh, muy extraño.., –Eso es lo que dijeron los policías al sondearme –sonrió Bryl–. Pero ¿por qué? ¿Por qué me persiguen?

–Usted no lo sabe, de modo que yo no lo sé, ni puedo saberlo sin sondear a uno de ellos. A propósito, usted tiene una barrera. –¿Una barrera?

–Un bloqueo mental. Su memoria se remonta sólo a cinco años y unos meses, y después retrocede a la adolescencia. Que pasó hace ya mucho tiempo, claro. Indudablemente, usted sufrió bastante. En su cabeza hay un gran agujero. Y, por algún motivo, alguien lo puso allí.

Bryl pareció asustado súbitamente. –Lo sé –murmuró–. Creo que fue cosa de ellos. Yo debo de saber algo, algo muy importante. Y ellos se llevaron mi memoria. Pero temen que la recobre. De modo que ahora quieren matarme. ¿No es así?

–No –denegó Colmer–, no puede ser tan simple. Si fuesen unos criminales, la policía no les volvería a soltar. Y recuerde que esto ha sucedido ya varias veces. En Newholme, en Baldur, en Silversky. Ha viajado usted mucho. Le envidio –sonrió el Maestro.

Bryl no correspondió a la sonrisa.

–He huido mucho, quiere decir. No me envidiaría de haber sido usted el fugitivo. Mire, Colmer, vivo en un temor constante. Cada vez que miro por encima del hombro, me pregunto si estarán ya muy cerca de mí. Y a veces lo están.

–De acuerdo, ya lo vi. La vez en que la joven gruesa estaba sentada en su apartamento cuando usted entró en él. El individuo que aguardaba en el aerospacio cuando usted regresó de su viaje a los puertos orbitales. La rubia que le siguió en el carnaval. Recuerdos vividos, en abundancia. Muy estremecedor.

Bryl le estaba mirando, con el asombro escrito en su semblante.

–¡Dios mío! ¿Cómo puede usted hablar así? Colmer, usted es un pez de sangre fría.

–A la fuerza. Soy un Sondeador.

–¿Qué más puede decirme?

–Que los tres actúan juntos. Pero usted ya lo sabe, ¿no es cierto? La rubia es telépata. Por eso puede seguirle. El individuo es el guardaespaldas de la rubia. La gruesa... no lo sé. Es muy rara. Sonríe como una idiota. No comprendo su función en esto. Pero parece aterrorizarle a usted.

–Sí –Bryl sintió un escalofrío–. Lo entendería si la viese. Es gorda. Enorme y blanca, como un inmenso caracol. Y siempre sonríe, maldita sea, siempre me

sonríe. Nunca sé cuándo se presentará. Aquella vez en Newholme estaba sentada, sonriéndome... Fue como... como encontrar una cucaracha en un plato de sopa a medio comer. ¡Qué asco!

–Y usted está convencido de que desea matarle –reflexionó Colmer–. Ignoro por qué. Si hubiera que ejecutar un asesinato, el hombre sería el instrumento más lógico. Es muy alto, y parece muy fuerte. Usted ya ha visto la pistola que lleva.

–Lo sé –asintió Bryl–. Pero no sería él el asesino. También lo sé. Por esto la gorda sonríe siempre.

–Puede usted comprar una pistola y matarles a ellos –aconsejó Colmer.

–Nunca... –tartamudeó el cliente muy sorprendido–, ...nunca había pensado en ello.

–Cierto, y es muy extraño. ¿No lo cree así?

–Sí, pero no podría matar. No soy un hombre violento.

–Al contrario, es usted muy violento –objetó Colmer–. Aunque estoy de acuerdo. Usted no quiere usar la fuerza contra ellos por algún motivo que ni usted mismo sabe.

–¿No puede ayudarme? –Bryl agitaba nerviosamente los dedos–. ¿Antes de que me encuentren?

–Tal vez sí. Sin embargo, ya le han encontrado. La rubia acaba de entrar en el restaurante. Y la conducen a una mesa.

Bryl lanzó un gemido sordo y giró sobre sí mismo en su silla. Al otro lado del local, el maitre acompañaba a una joven muy rubia hasta una mesa. Bryl la contempló, boquiabierto.

–¡Dios mío! –murmuró–. ¡No quieren dejarme tranquilo!

De repente se puso en pie y echó a correr. A correr, literalmente, saliendo del Vieja Dama. La rubia ni siquiera le miró.

Colmer le vio irse, y luego se asomó al ojo de buey. Bryl todavía se aterraría más al llegar al muelle. Allí abajo, una chica gorda, con una sonrisa idiota, estaba sentada al borde del desembarcadero, contemplando cómo sacaban la pesca de las barcas.

–Muy dramático –comentó Colmer.

En aquel momento le sirvieron el segundo plato; pescado azul cocido con queso. Sin embargo, se levantó.

–Voy a reunirme con aquella joven –le dijo al camarero, señalando a la rubia–. Lleve allí mi cena.

Atravesó el establecimiento y tomó asiento. El camarero le siguió con el plato de pescado.

La rubia levantó la mirada.

–Adrián Colmer –pronunció–. He oído hablar de usted.

Colmer le dio las gracias.

–Me ha sondeado sin mi permiso. Muy antiprofesional, jovencita. Pero la perdono. Estoy seguro de que no ha visto gran cosa. Mis defensas son excelentes.

—Cierto —sonrió ella—. Supongo que era inevitable, que él solicitase un sondeo privado. ¿Qué es lo que sabe usted?

—Todo lo que él sabe. Lo bastante para hacerla arrestar a usted, a menos que me lo explique todo.

—Él nos ha hecho arrestar de cuando en cuando. Y la policía siempre nos ha soltado. Pero adelante, sondee.

—¿No piensa resistirse?

—No. Me sentiré muy honrada.

Colmer la sondeó.

No llegó muy lejos. Al fin y al cabo, ella era un Talento. Sólo una ojeada, pero fue bastante. Después, el Maestro se retrepó en la silla, parpadeando rápidamente con gran confusión.

—Cada vez es más curioso. ¿Él la contrató?

—No lo recuerda, claro. Fue parte del trato. Pero poseemos todos los documentos. Suficiente documentación para convencer a la policía siempre que nos detienen. Y no pueden decírselo a él. Esto también está en los documentos. De lo contrario, se rompería la barrera y habría una grave demanda judicial.

—Edward Bryllanti —murmuró Colmer—. Sí, ese nombre me suena. Muy acaudalado. Podía permitírselo Pero ¿por qué lo hizo? Una existencia de temor constante, de constantes fugas...

—Fue idea suya —explicó la joven—. Incluso escogió a Freda. Claro está, es idiota. Con el cerebro trastornado. Tenemos que llevarla de la mano y dejarla donde él pueda verla. Pero algo de esa gorda le aterra. Y echa a correr de nuevo.

Colmer empezó a comer. Masticaba lenta, pensativamente.

—No lo entiendo —admitió al fin, entre dos bocados.

—Usted no ha sondeado bastante —sonrió la rubia—. ¿No lo descubrió? Dígame, ¿no se ha preguntado alguna vez si alguna cosa valía la pena? ¿No ha pensado en ocasiones que todo carece de significado, que todo está vacío?

Colmer se limitó a mirarla fijamente, sin dejar de masticar.

—Bryllanti lo pensó muchas veces —prosiguió ella—. También tenía psiquismos, y consultó a Sondeadores. No le sirvieron de nada. Y finalmente hizo esto. Ahora ya no ha vuelto a pensarlo. Vive todos los días plenamente, porque piensa que cada día puede ser el último. Vive constantemente agitado, con un miedo continuo, y no le queda tiempo para pensar si vale o no la pena vivir. Está demasiado ocupado y, así, se limita a seguir viviendo. ¿Lo entiende ahora?

Colmer continuaba mirándola, sintiendo de repente un intenso frío. El pescado en su boca tenía el sabor de aserrín mojado.

—Pero huye —murmuró al fin—. Su vida está vacía. Sólo corre, corre sin ningún sentido, por un sendero de su propia creación.

—Me defrauda usted, Maestro —suspiró la rubia— Esperaba una visión más acertada de un Maestro Sondeador. ¿No lo comprende? Todos corremos.

Después de oír estas palabras, Colmer decidió rebajar sus precios, y conseguir más casos. Pero a menudo todavía cambia de humor.

EL LIGUE

B. L. Keller

Los relatos en que el diablo resulta burlado por un humano ingenioso son bastante frecuentes en la narrativa popular. Algo más insólito es el caso de un Mefistófeles chasqueado por una banalidad tan rotunda y coherente que casi casi entronca con la inocencia bíblica.

Booba Lawson, conocida como la Fabulosa Booba, deslizó sus encantadoras manos por sus costados, con la mirada hipnotizada por el espejo. Cuando saltó sobre sus pies, sus senos recién maduros brincaron alegremente bajo su camisa transparente.

Sintiéndolo un poco, se puso el poncho; pero su momentáneo disgusto por el eclipse del encantador brinco quedó ahuyentado ante el fascinador riel juego de luces sobre los planos de su cara, al volver la cabeza a un lado y a otro.

Sus ojos eran dos pozos gemelos coronados por unas cejas perfectamente curvas; ambas se unieron al creer detectar un barrillo en su barbilla. Incliniéndose hacia delante, frunciendo sus suaves y carnosos labios, se ensimismó tanto en su repertorio de muecas que tuvo que redactar una nota de disculpa, con la caligrafía de su madre, por llegar tarde a la escuela.

Satisfecha por la singular destreza de su falsificación, redactó también excusas para tres amigas que habían pasado el día como petrificadas en el aeropuerto, extasiadas con los reactores. Salió del cuarto de descanso de las chicas con un cortejo adulator y cuatro dólares y medio en el bolsillo.

Todo el día se mostró triunfante en la escuela, con sus braguitas de nilón atrapadas en la hendidura de sus glúteos, y asomando por debajo de su minifalda cada vez que se inclinaba para recoger alguno de los innumerables objetos que encontró o que dejó caer aquel día, promoviendo el derramamiento de más semillas que todos los economistas agrícolas de Washington juntos.

Booba no había oído hablar jamás de Emile Zola.

Por la tarde se marchó a una cafetería cuyos promotores habían obtenido la licencia prometiendo mantener a la juventud apartada del alcohol y las calles. Una taza de café costaba allí más que una dosis, pero lo que importaba era el ambiente que allí reinaba.

No era normal que una muchacha fuese allí sola, por lo que, a falta de alguien mejor, Booba escogió la compañía de su condiscípula Feebie Freen. Feebie tenía unas cualidades que la convertían en la compañía ideal cuando no había nadie más: unos padres ricos, una gran renta y un gran anhelo en comprar amistad.

Tocaban los «Merdé», un conjunto al que no le habían pedido que actuase con los «Stones» en aquel fabuloso concierto al aire libre de Tijuana, que condujo a la ocupación por Estados Unidos de la Baja California y a la colonia donde nosotros

retuvimos Ensenada como base naval y salida de productos manufacturados. Feebie bailó sola hasta que se le unió un joven flaco, pero de ojos brillantes; los dos empezaron a saltar y contorsionarse extasiadamente, pelvis contra pelvis, con las cabezas separadas.

Booba, por su parte, estaba encantada. Alguien le había dicho aquella tarde que iba vestida como una prostituta húngara: y aquel cumplido se le había subido a la cabeza. Provocaba descaradamente a los chicos que se le acercaban, y gozaba ante la confusión que les infundía.

También un viejo la estaba mirando. Un viejo asqueroso, pensó ella sonriendo. Tendría ya los treinta años. Y sin embargo, poseía cierta fascinación. En primer lugar, se parecía a Leonard Nimoy, salvo por las orejas. Alto, pálido, siniestro, pasional, pero frío. Su mirada era más profunda, más oscura y más penetrante que la de Booba; había como una amenaza latente. La muchacha, a falta de mejor comparación, la calificó de lujuria desnuda. Booba experimentó una pulsación nerviosa en su pelvis. No necesitaba preguntar, no necesitaba razonar... Booba confiaba en sus sutiles instintos.

Como atraído por aquellas pulsaciones, el hombre se dirigió a la mesa de Booba.

—¿Otro café?

De cerca, aún parecía mayor. Unos treinta y dos. ¿Era esto lo que le convertía en un tipo de viejo verde? Booba le sonrió con encanto. Feebie se había gastado sus últimos seis dólares en las entradas y dos cafés vascos; por su parte Booba estaba muerta de hambre, después de haberse gastado sus cuatro dólares y medio en incienso y horóscopos.

Se dignó parpadear.

El hombre apenas tenía ninguna arruga. Ni surco alguno. En cambio sí mostraba unos hoyuelos en las mejillas como Johnny Cash... y no es que se le pareciese en absoluto, pero es que uno no podía dejar de pensar en Johnny Cash. Y lucía una barba negra que parecía la del cortesano que rindió su capa ante la vieja reina Isabel. Era alto, delgado; aunque el cabello no le llegase hasta el cuello de la camisa, tampoco era excesivamente corto. Además, la camisa era tremendamente rara, con colores extravagantes y dibujos como pinceladas sobre una tela tambaleante.

Se veía diferente. Los muchachos siempre parloteaban alocadamente en su afán por entretenerla y ella se divertía perversamente frunciendo el ceño, mientras les veía sudar. Pero aquel hombre la contemplaba de manera muy distinta a la de los demás viejos verdes. Le recordaba a su gato «Genghis» mirando la pecera. Pero el hombre no se curvaba ni siquiera como su gato; parecía más divertido que hambriento. La pelvis de Booba volvió a estremecerse.

Sonriendo y con la mirada tan inocente como la de la Doncella Lirio, se sumió en fantasías de violación.

En realidad, a Booba nunca la habían violado; pero tenía dos amigas que afirmaban haberlo vivido.

Él le hablaba.

Caramba. Le decía que si se marchaban ahora mismo podrían asistir al concierto de la Madre del Mono. Los asientos más baratos valían 8,50 dólares. La joven nunca los había visto, puesto que su vocalista había llegado al sùmmum al desnudarse ante el auditorio del estudio en el programa de Ed Sullivan.

Pero ¿de veras quería que la viesen en público con un hombre tan viejo? ¿Cómo resultaría a su lado? Sí, j era un hombre alto, delgado y hasta parecía malvado, j pero ella no se decidía.

Entonces vio, realmente vio, sus ropas, como si un rayo súbito hubiese deslumbrado la mesa. Su camisa, su fantástica camisa prismática, estaba desabrochada hasta la extraña y maciza hebilla de plata forjada que sostenía sus pantalones de pana, muy ceñidos a las caderas, dejando al descubierto algo del vello púbico por la parte inferior. Sus pantalones opalescentes, como látex vertido sobre la mitad inferior de su cuerpo, destacaba cada uno de sus músculos, cada una de sus protuberancias. No iba descalzo, sus botas eran muy adecuadas. Fue la capa lo que la decidió. Una capa enorme, negra –¿de seda, de satén, de terciopelo?–, con un forro seguramente tejido con un monstruoso ácido. Con tal capa resultaba ciertamente el conjunto de vestir más extravagante que ella había visto nunca.

Booba comprendió de pronto que la maravillosa barba hacía imposible calcular exactamente su edad. Y con aquellas ropas, ¿quién pensaría en eso? Lo esencial era que nadie dejaría de fijarse en ella, cuando entrara en cualquier sitio con tal acompañante.

–¿Puedes prestarme una moneda para llamar a mamá? –preguntó.

Le dijo a su madre que Feebie la había invitado a pasar la noche con ella, invitación calurosamente secundada por los padres de su amiga. Booba había empleado su propaganda más sutil y certera para convencer a su madre de que Feebie era amiga de influencia muy sana, y que el único motivo de que no estuviera en un convento era porque las demás novicias podrían sentirse un poco cohibidas ante su enorme sensibilidad. El hecho de que los Freaan tuviesen dinero hizo mucho más sencillo que la madre de Booba se tragase sus mentiras respecto a Feebie.

Feebie le prometió dejar abierta la ventana de su dormitorio, ya que sus padres estarían entregados a su dosis de ginebra, según costumbre, sin preocuparse por la hora de su regreso.

El hombre poseía el coche más lujoso que Booba había visto en su vida. De repente empezó ella a comprender lo interesantes, viriles e inteligentes que son los hombres maduros. Rodando por la autopista a una velocidad suicida, la pequeña pelvis de Booba vibraba como una estrella.

–¡Uau! Tú debes de ser fabulosamente rico –exclamó.

Bueno, una cosa lleva a la otra; y allí estaba ella con el tipo rico, gozando de un verdadero paseo. El estéreo del coche casi la volvió loca. El sacó un poco de hachís traído de Hong Kong, y entonces Booba se preguntó qué habría visto antes en los jóvenes.

«Como vuelva a decir una vez más "fabulosamente" le haré brotar una plaga de granos.»

Booba se hallaba entregada en un monólogo imbécil. Referente a unas dudas psicodélicas, al oro de Acapulco, a Jim Morrison, a Mick...

El hombre se reprimió. Con la cara desencajada, la joven no le serviría de nada. ¿Y no era, al fin y al cabo, su falta de sentido, su lujuriosa inmadurez, lo que la hacía tan enloquecedora? ¿No era exactamente eso lo que él buscaba hoy día en las chicas?

Booba seguía charlando, extrayendo de alguna minúscula célula cerebral profundidades respecto a la alienación, a al establishment y a Huey, conocimiento sensible, verdadero y de significado. «Mi querido Belial –pensó el hombre–, ésta debe de ser la generación más pedante desde Cromwell.»

Sus extremos nerviosos silbaban y crujían como en un cortocircuito; huyó a su cocina, donde mezcló para la joven un Mai Tai, pensando que lograría embriagarla a fin de que se comportase como una mujer ya madura, tremendamente borracha. Con malicia, arrojó a la mezcla una pulgarada de acónito, un centímetro de raíz de mandrágora y unas gotas de varios horripilantes elixires.

¡ ¡ ¡ ¡BRAAOOOUUUMMM...!!!

El Mai Tai explotó en el fregadero, disolviendo la porcelana en una cegadora ebullición.

Booba había puesto en marcha el estereofónico.

Temblando, él mezcló de nuevo un brebaje repugnante, y lo azucaró con zarzaparrilla.

Booba estaba bailando. Se había quitado el poncho y sus diminutos pezones se marcaban firmes bajo su camisa.

Bajó el volumen del tocadiscos, y la inundó de licor y de halagos, sin pensar que la joven estaba ya muy familiarizada con ambas cosas.

Finalmente, mirándola fijamente con todo el poder de su insondable mirada, se le acercó.

Mientras, ella se arrimó a él, jugando inocentemente con la hebilla de su cinturón. El hombre profirió su discurso. Que estaban destinados a encontrarse... Que él había reconocido sus dotes potenciales desde el momento en que la vio... De qué forma exquisita viajarían psicodélicamente... Lo que él daría para que ella se uniese a su ya extensa familia... Ella podría fijar sus horas, dormir hasta tarde... dinero, pieles, diamantes, coches, yates, adoración, ácidos, hachís, sesiones en casa, cantantes de rock, actores, productores... Y un contrato garantizando que él cuidaría de ella para siempre, eternamente... como un interminable viaje hacia la eternidad.

Booba le escuchó solemnemente, con sus grandes ojos, tan luminosos, casi nublados por un apetito que él no había visto nunca desde la noche que consiguió la firma de Thais.

Pero Booba no era una simple cortesana oriental. Tampoco era una impulsiva Borgia, ni una apasionada DuBarry. Aquella joven era Booba, una hija de su tiempo. Y Booba sabía que podía conseguir todo lo que el hombre le ofrecía, y aún más, sin

hacer nada, sólo por la magia de desearlo, porque ella era la encantadora, la enloquecedora, la irresistible Booba. Y como no podía pensar en sí misma más que como adorable, llena de jugos y estrógeno, Booba no pensaba en la vejez, y la eternidad no le interesaba ni un comino.

Entonces le ofreció poderes terribles, ciencias ocultas que ningún mortal conocía aún. Llegó a rebajarse hasta el punto de suplicar a la joven.

Y de pronto surgió el gran, insalvable obstáculo.

Booba no confiaría nunca en una persona de más de treinta años.

Desmoralizado y exhausto cogió de la mano de la muchacha la bebida que de modo tan irresponsable le había preparado y la apuró de un trago; porque en su interior aquella chiquilla había despertado tal furor, que él, él, se sintió atacado por lo que reconoció como el tormento que había sabido dar a los demás, pero nunca había conocido por sí mismo.

Sabía qué era...

¡LUJURIA!

La primera regla de su existencia era No Complicarse Jamás. Agonizando, saboreando todo el horror de su desdicha, sabiendo que iba a corromper su profesión, su alma, su estilo, cogió a la encantadora ninfa en un abrazo más terrible que el de cualquier leopardo, cualquier pitón, cualquier Tarquino.

Lucharon. Podía haberla violado, con su colaboración espontánea; pero ella se sentía terriblemente curiosa..., pero por una sola cosa.

—¡Oh, uau! —exclamó ella, presionando con su mano delicada su entrepierna—. Me gustaría. Sí, opino que eres un tipo fenómeno. Pero mañana tengo sesión de fotografía y Feebie dice que esto te hace salir granitos y barrillos, y si me han de fotografiar...

—¿Que te hace salir qué? —chilló él, ya loco, pero incapaz de abstenerse a querer comprender lo que aquella mocosa tan especial le decía.

—Feebie afirma que los barrillos fastidian mucho el cutis.

Tras esto, alargó la mano libre hacia él tocadiscos y...

"This is the dawning of the age of aquarius..." (1).

Ciento ochenta decibelios destruyendo todos los siglos de sabiduría negra entronizados en su cabeza.

Trastabilló hacia su dormitorio, increpando a todos los fuegos, inundaciones, plagas y autopistas el gran tormento para aquel planeta, y apagando la electricidad del edificio.

Más tarde, en la obscuridad y el silencio, volvió junto a Booba.

—¿Sabes qué pensaba? —susurró ella—. Pensaba que me gustaría comerme una hamburguesa de MacDonald. El ejercicio siempre me abre el apetito.

Devoró dos hamburguesas, una bolsa de patatas fritas y un batido de fresa, mientras él estaba sentado desdichadamente detrás del volante del «Maserati», aumentando indolente el número de bacterias coliformes de las hamburguesas, a pesar de saber que esto era indigno de él. Su insondable mirada estaba fija y desolada al contemplar el estrecho túnel del tiempo, imaginándose las

generaciones futuras... y dio gracias a su archienemigo por no haberle maldecido con la luz de la adivinación.

(1) Principio de la letra de la canción Aquarius de la ópera Hair: "Este es el comienzo de la Edad de Acuario.."

La dejó delante de la casa de Feebie Freat, contemplando cómo columpiaba su trasero mientras se alejaba, sin parecer impresionada por la magnitud de su triunfo.

Quemándose, degradado, con todo su orgullo quintaesenciado en ruinas, de pronto lo comprendió. Comprendió que Dios le había ayudado. Tenía que fracasar.

Porque aquella chiquilla carecía del concepto del mal.

Casi mortalmente herido, volvió al local donde todo había empezado, como si presintiese que esta vez todo sería distinto.

Se sentó en la misma mesa de antes.

Los jóvenes estaban bailando; eran como unos veinte. Los músicos no tocaban, ya que estaban en el descanso, pero los muchachos seguía contorsionándose. Entonces, ¿eran todos completamente incapaces de comprender el mal? ¿Acaso era esto lo que les hacía inocentes?

Por un momento, volvió a experimentar el fiero impulso que había atraído sobre él la peor derrota de su carrera. Porque era él, él mismo, el que se había degradado, derrotado...

Se había abandonado, se había esclavizado a la falta de cerebro, al egocentrismo, a la banalidad... Aquella chiquilla... estos jovenzuelos...

FWAAANNNGGGG.

Acrogénicos, carnales y andrógenos, los «Merdé» volvieron a tocar. El vocalista, con una peluca Dynel resbalando locamente sobre su cabeza, asió resueltamente la guitarra eléctrica, y adelantó sus húmedos labios hacia el micrófono...

Unnh... UH... UH... Bu... aybiii... UNNH... UNNH... UNNH...

Como un remolino negro y escarlata la presencia demoníaca huyó.

No se habría entregado a ninguna de aquellas muchachas. Eran imposibles. Eran capaces de, antes de una semana, hacer subir a una región más celeste a las almas condenadas para la eternidad.

Al salir de la cafetería, en un ataque de histerismo incontrolable, maldijo con la más espantosa calamidad sobre aquel lugar, para que cuantos estaban dentro quedaran sobrios y contemplativos como viejos, hasta el fin de sus vidas naturales.

Voló a Washington. Tras unas semanas de recuperación secreta, se marchó a Londres, París, Berlín, Moscú, Pekín... el viejo territorio.

«Por todos los diablos –pensó–. ¿Acaso hubo una época en que todo esto significaba algo?»

Generaciones... generaciones... ¡Cómo despreciaba aquella autocompasión!

Aceptó otro vaso de la azafata, que le abrumaba con sus atenciones. Todas lo hacían. Respirando estros y Binaca en su rostro. Esta sería fácil.

Demasiado fácil.

Estaba sudando bajo la camisa. Una camisa gris Hathaway. Un hombre gris con un traje gris. Las grises alas del avión cortaban la lluvia. La ginebra sabía a gris.

Le olían mal las axilas. Sentía el cabello lacio.

Se vio a sí mismo dentro de un enorme pájaro, en medio de una borrasca gris. Volaba completamente solo. Volaba sobre unas brillantes botas y una sonrisa.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>